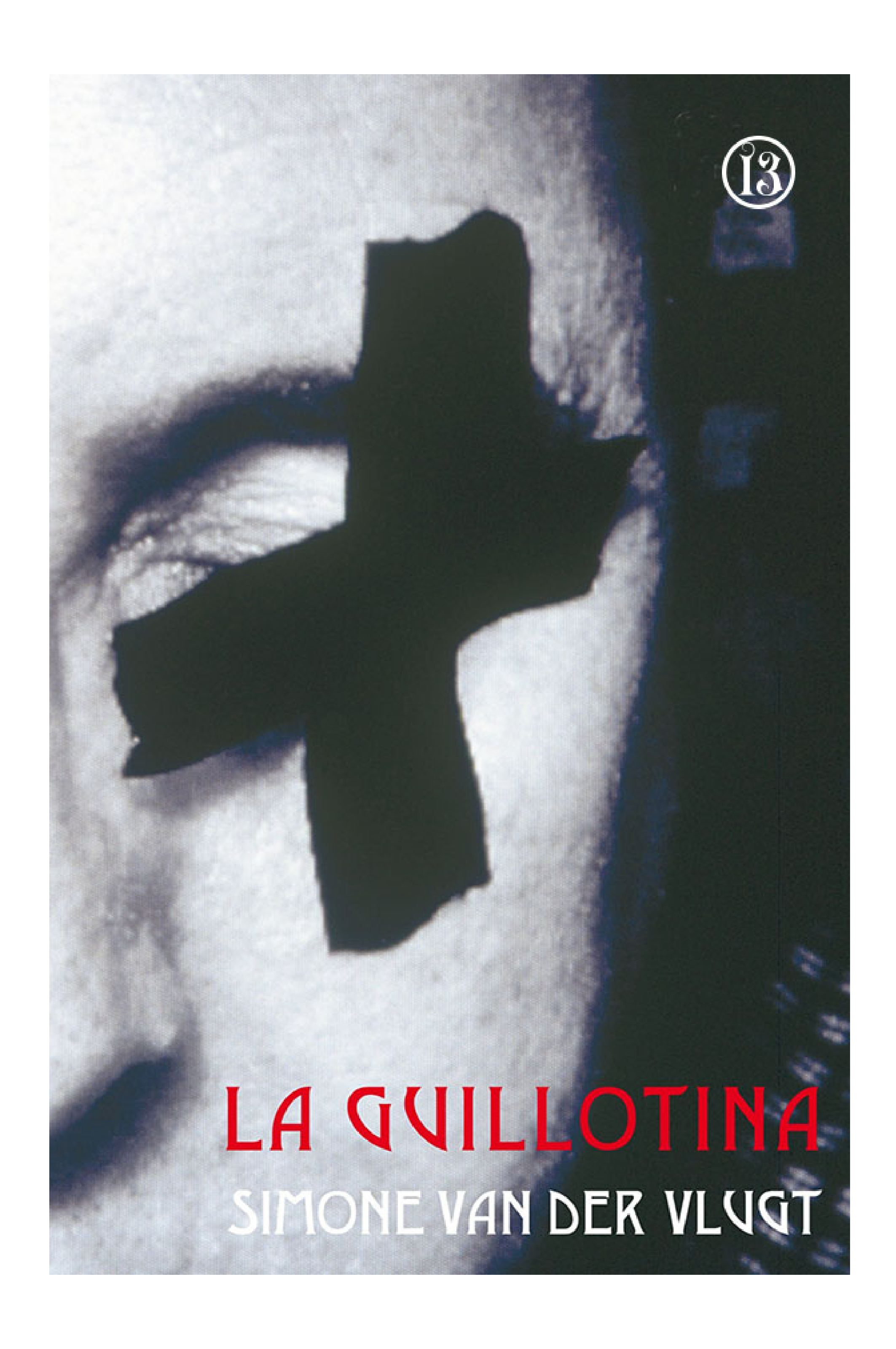

13
LA GUILLOTINA
SIMONE VAN DER VLUGT

París, 1789. Sandrine de Billancourt ve como todo su mundo se desmorona con el estallido de la Revolución Francesa. De privilegiada hija de una familia aristocrática pasará a conocer la injusticia, el hambre, el miedo y la enfermedad, pero también el calor de una familia, los lazos indestructibles de la amistad y el amor verdadero. Una novela histórica que nos descubre las luces y sombras de la ciudad de París, donde seremos testigos de las tremendas injusticias y diferencias sociales que marcaron los años de la Revolución.

Simone Van der Vlugt

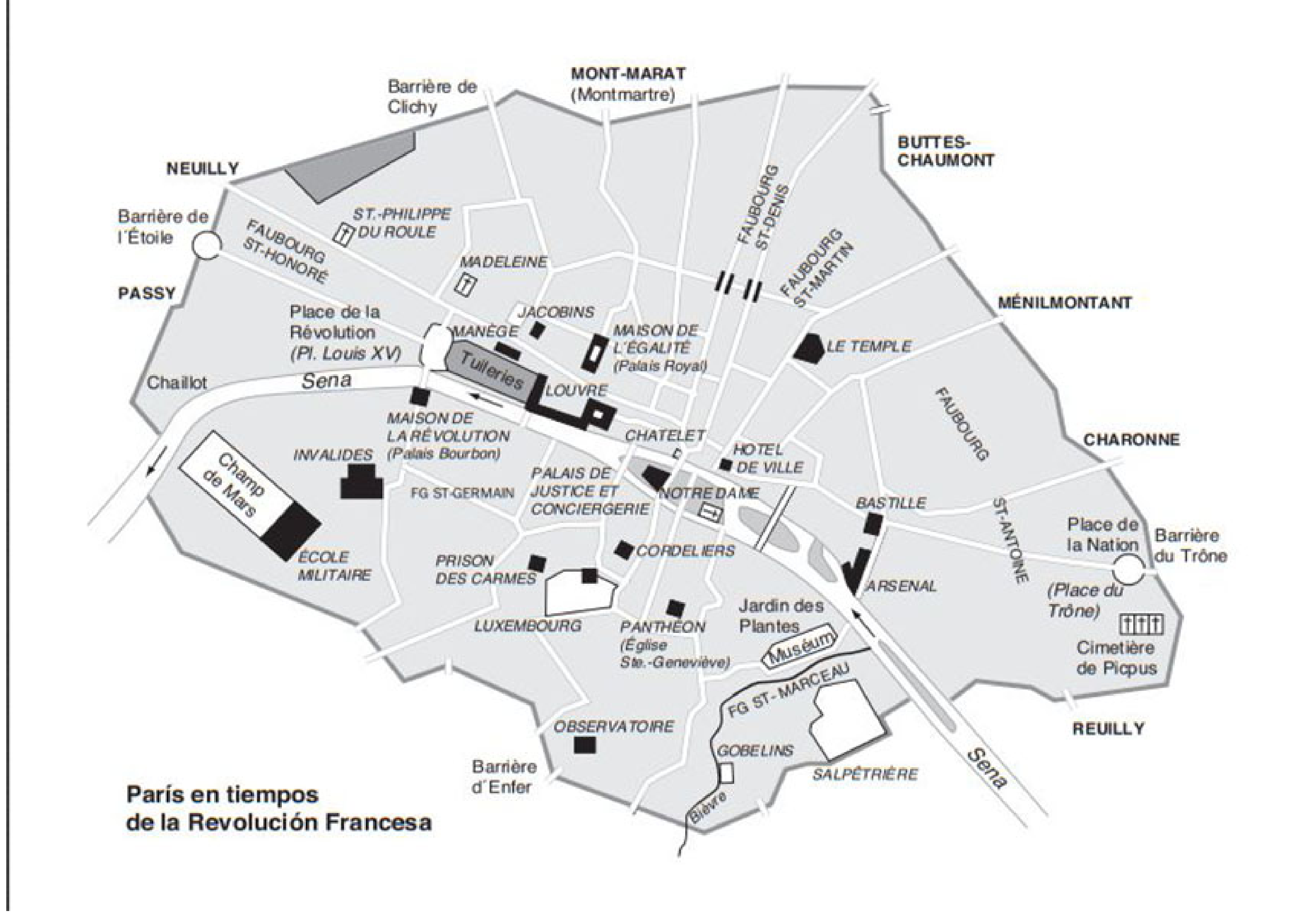
La guillotina



Título original: *De guillotine*
Simone Van der Vlugt, 1999
Traducción: Christel A. Coolen, 2001

-

Revisión: 1.1
17/03/2021



París en tiempos de la Revolución Francesa

PARTE PRIMERA

1789

1

EN algún lugar, no muy lejos de la calle de Faubourg Saint-Antoine, se escucha un tumulto. Sandrine de Billancourt asoma su cabeza por la ventanilla del carruaje y contempla la muchedumbre inquieta. Julie, su doncella, está preocupada. Incorporándose, observa la calle.

—Oh, no, una revuelta —dice.

Sandrine siente curiosidad y sigue mirando. Los rumores acerca de los disturbios en París habían llegado incluso hasta el interior de los sólidos muros de su colegio, donde la acaban de recoger. El colegio de monjas está en el Marais, un barrio antes acomodado, pero ahora popular y turbulento.

—No se asome tanto, *mademoiselle*. No deberíamos llamar la atención —insiste Julie.

Sandrine retira la cabeza.

—No nos harán daño, ¿verdad?

—No estoy tan segura, hoy en día todo es posible.

—Entonces, dile a Bernard que dé la vuelta —sugiere Sandrine.

Con cuidado, Julie saca la cabeza por la ventanilla.

—¡Bernard, da la vuelta! —grita.

Sandrine oye que el cochero le contesta algo, pero no entiende lo que dice. El carruaje empieza a dar la vuelta. A lo lejos se oyen gritos.

Sandrine observa cómo Bernard grita a los caballos. Los animales están agitados y retroceden un poco. El látigo cimbrea en el aire, el carruaje se zarandea.

—¿Pero qué hace este hombre? —pregunta Julie inquieta.

—Supongo que es imposible dar la vuelta sin maniobrar —comenta Sandrine.

Tras moverse hacia delante y luego hacia atrás por fin avanzan.

—Gracias a Dios —murmura Julie.

Cuando solo habían avanzado unos pocos metros, de pronto el carruaje se detiene. Sandrine está a punto de preguntar qué está pasando, cuando Bernard abre la portezuela.

—También están al otro lado de la calle, *mademoiselle*, estamos rodeados.

Sandrine respira hondo.

—No deberíamos haber venido al Marais —se lamenta Julie como si ella tuviera la culpa de lo que ocurre.

—Pues qué remedio si el colegio está allí —contesta Sandrine.

—Quiero decir que deberíamos haber escogido una ruta alternativa —contesta Julie.

—Con permiso, *mademoiselle*, tenemos que actuar rápidamente —apremia Bernard.

—¿No podemos seguir hacia delante, como si nada? —Pregunta Sandrine—. Supongo que se apartarán.

—No estoy tan seguro, *mademoiselle*. Normalmente sí, pero esto parece una revuelta.

Sandrine echa una mirada a una callejuela estrecha.

—¿Cabríamos por allí?

Bernard sigue la mirada. Su rostro refleja dudas.

—Inténtalo —insiste Sandrine—, tampoco tenemos mucho donde elegir.

Bernard cierra la portezuela y se sienta en el pescante. Grita, los caballos relinchan y se ponen en marcha. El carruaje da media vuelta. Se dirigen a la travesía. En el momento en que el espacio reducido de la callejuela se traga el carruaje, Sandrine ya sabe que no podrá pasar. Abre las cortinas estrepitosamente y ve cómo las

paredes se acercan.

Preocupada, Julie dice que lo que están haciendo no sirve para nada.

Casi enseguida el carruaje se detiene.

—Es imposible, *mademoiselle* Sandrine —suena la voz de Bernard.

—Vamos hacia atrás —contesta Sandrine.

Bernard lo intenta, pero los caballos se han puesto nerviosos y no entienden que tienen que retroceder. Los gritos de la alborotada multitud se oyen cada vez más cerca.

—Tardamos demasiado —dice Julie nerviosa—. Tenemos que salir de aquí antes de que nos acorralen.

Su preocupación es contagiosa.

—¿De verdad crees que van a atacar nuestro carruaje? —pregunta Sandrine con mayor inquietud.

—No lo sé, *mademoiselle*.

Sandrine y Julie cruzan una mirada.

—¡Entonces salgamos!

—¡*Mademoiselle*!

—Julie, tú misma acabas de decir que tenemos que salir lo antes posible.

—Sí, ¿pero cómo? No puede salir así a la calle.

—Quizá, si no llamáramos tanto la atención… —dice Sandrine, comparando el sencillo vestido gris de su doncella con el suyo de brocado.

—Ayúdame, Julie.

Sandrine se incorpora un poco y, haciendo un esfuerzo, logra quitarse su falda de amplio vuelo. Se quita los zapatos y deshace su peinado. Sandrine mira su enagua. Aún demasiado delicada, pero qué remedio. Arranca el borde de encaje.

—¡*Mademoiselle* Sandrine!

Bernard intenta meterse entre la pared y la portezuela, pero su barriga se lo impide.

Sandrine abre la portezuela y se apea del coche. Desconcertado, el cochero observa su aspecto andrajoso.

—Salgamos —indica Sandrine.

—*Mademoiselle*, eso es imposible. Usted llama demasiado la atención.

—¿Y en el carruaje no? Dame tu abrigo, Julie.

Sin decir palabra, Julie obedece. Sandrine se echa el abrigo oscuro sobre los hombros y se dirige a Bernard, que no cesa en su intento desesperado de pasar al lado del carruaje.

—Intenta llegar a casa, Bernard. Y avisa a mi padre.

Se da la vuelta y se dirige a la calle de Faubourg Saint-Antoine a través del oscuro callejón. Julie la sigue muy de cerca. Se unen a un grupo de personas. Sus gritos resuenan en las paredes de las casas altas.

—¡Queremos comer! —gritan múltiples gargantas roncas.

—¡Dennos pan!

Sandrine mira a su alrededor y le invade el miedo. Rostros desencajados junto al suyo. Le gritan al oído, el aliento apesta a ajo y cebollas. Julie no le suelta la mano. De vez en cuando tropiezan, se manchan de lodo. Con una mano embarrada, Sandrine aparta un mechón de pelo de su cara; al oír gritos mira atrás. La gente se concentra ahora en el carruaje atascado en la travesía. El techo ya está repleto de golfillos.-

Sandrine se tropieza con un hombre. La empuja bruscamente, y se cae. Tarda un poco en darse cuenta de que echa en falta la mano de Julie.

Agitada, escruta las caras a su alrededor. Se pone de puntillas y casi la derriban. A su alrededor solo hay un mar de gorras, gorros y cabellos grasientos. Sandrine da vuelta tras vuelta.

Julie ya no está.

El pánico dispara los latidos de su corazón. Abre la boca para llamar a Julie, pero cambia de idea. Sin parar de mirar a su alrededor, se deja llevar por la muchedumbre por la calle de Faubourg Saint-Antoine.

Sandrine apenas se atreve a mirar las caras tan cerca de la suya. Cada vez que alguien abre la boca para gritar apesta a ajo.

A escondidas observa a una mujer, que marcha a su lado puño

en alto. Su rostro, bajo el gorro descolorido, es pálido. La toquilla gruesa que lleva en los hombros apesta.

La mujer mira a Sandrine a los ojos. Su cara muestra asombro.

Insegura, Sandrine devuelve la mirada y después se cuela entre las robustas espaldas de dos hombres.

—¡Eh! —grita la mujer.

Sandrine se abre paso a codazos. Mira hacia atrás por encima de su hombro. Parece que no la sigue. Intenta no apartar su mirada de la espalda que tiene delante y aparta el pelo con una mano.

Por el rabillo del ojo mira a su alrededor. Miradas curiosas, cejas fruncidas en señal de desconfianza…

Avanza rápidamente, haciendo caso omiso a los puñetazos y maldiciones.

Unos pasos más adelante una mujer pierde su gorro. Rápidamente Sandrine intenta hacerse con él y lo recoge antes de que sea pisoteado.

Se coloca el gorro maloliente y mugriento, tapándose la cara.

No suelta el abrigo de Julie. Unos muchachos armados con grandes piedras la empujan y la adelantan. Mujeres con miradas furiosas empuñan hachas y palos puntiagudos. Sandrine sigue buscando a Julie.

—¡Anda, muchacha, vamos!

Un empujón en su espalda. Casi se cae; se agarra a un jirón de una camisa delante de ella. La tela se desgarra, pero el hombre alto y rubio a quien pertenece ni siquiera se da cuenta.

—¡Allí, al lado de la panadería! —grita.

Inmediatamente el grupo alborotado gira hacia la tienda.

—¡Adelante, vaciad el local! —grita el hombre alto. Se agacha y poco después una piedra atraviesa la ventana del establecimiento. Era la señal que estaban esperando. Llueven piedras. Entre tanto griterío Sandrine se encuentra desamparada. La empujan de un lado para otro y por mucho que lo intenta no logra zafarse de la muchedumbre. A su lado la gente la contempla con desdén. Una mujer la escruta de arriba abajo. Sandrine se agacha y coge una piedra del adoquinado ya suelto. Al azar la lanza hacia la tahona.

El hombre alto entra seguido por muchos otros. Arrastran sacos llenos de harina hacia la calle. Chillando, la gente se abalanza sobre ellos. Desgarran los sacos y con las manos llenan sus gorros y delantales de harina. La harina se dispersa por el aire; enseguida toda la calle se cubre de harina. Sandrine es la única que no forcejea por llegar a uno de los sacos. Horrorizada, observa que dos mujeres se meten los dedos en los ojos para llegar primero. Un hombre derriba a otro; los demás se suben encima de él para poder hurgar en el saco de harina. Los gemidos ahogados del hombre caído se van extinguiendo.

Sandrine ve a una mujer totalmente emblanquecida por la harina, tanto su cara como sus vestidos están embadurnados. Los sacos quedan casi vacíos. Mujeres y niños están de rodillas sobre los adoquines para poder coger tanta harina como les sea posible.

Sandrine sigue su ejemplo. Hace acopio de harina en su falda y pasa sus manos sucias sobre su abrigo y su cara.

Una calle más arriba la gente desvalija una armería.

Chillando, la multitud corre por la calle de Faubourg Saint-Antoine, blanca de harina y armada. Más adelante los aguardan los soldados de la Guardia Real. Los rebeldes los saludan con gritos y una lluvia de piedras. Agitada, Sandrine mira a su alrededor. Estallan tiros de escopetas robadas y un oficial cae herido de su caballo.

De repente, el miedo paraliza a la muchedumbre. Tanto los oficiales como los soldados, que al principio habían retrocedido al encontrarse con la cólera del pueblo, han alzado sus sables.

Los oficiales a caballo atacan, seguidos por los soldados. Suena un grito de espanto. Ahora todos intentan salvar el pellejo. El grupo se desbarata entre empellones. Sandrine cae. Rápidamente se levanta, pero enseguida se tropieza de nuevo con el cuerpo de una mujer. Temblando, intenta levantarse. Su falda esta manchada de sangre.

Y entonces ve a Julie.

Allí está, justo en este momento atraviesa la calle, cabizbaja y con los hombros encogidos. Sandrine reconoce su manera de andar

rápida y decidida.

—Julie! —grita—. Julie!

Julie no la oye. Sandrine se arremanga la falda y empieza a correr. Choca con varias personas y vuelve a perder de vista a Julie.

—Julie!

A codazos se abre camino. Allí. Allí está Julie. Debe de haberla oído, porque ahora se detiene y parece estar buscando a alguien.

Sandrine se lanza sobre su doncella y la coge del brazo.

—Julie —jadea sin aliento.

—¡*Mademoiselle*!

El alivio reflejado en el rostro de Julie es evidente. Al mismo tiempo no deja de mirar a los soldados de la Guardia Real, que siguen cabalgando lanza en ristre.

—Venga conmigo, rápido —la apremia Julie.

Se alejan corriendo.

—Por aquí —jadea Julie, arrastrando a Sandrine hacia una travesía. Una vez recuperado el aliento, Julie escruta a Sandrine.

—¿Se encuentra bien, *mademoiselle*? ¿No está herida? Su mirada se posa en una gran mancha marrón en la falda de Sandrine. —¿Qué es eso? ¿Sangre?

—No es mía —contesta Sandrine con un hilo de voz.

—Gracias a Dios. No sé cómo hemos salido vivas.

Julie se apoya en la pared y cierra los ojos. Sandrine no contesta. Observa el espectáculo que se desarrolla en la calle de Faubourg Saint-Antoine. Un grupo de hombres hace una barricada con enseres que sacan a la calle a toda prisa. Por todos lados aparecen barricadas. Vociferando, algunos tiran botellas y adoquines del pavimento hacia los soldados de la guardia. Las campanas tocan a rebato sin cesar. Se prende fuego a las barricadas y todo se llena de humo, gritos y llantos.

Una vez recuperado el aliento, Sandrine y Julie escapan a través de la callejuela.

—¿Sabes dónde estamos? —pregunta Sandrine.

—Sí, conozco el barrio —responde Julie—. Pero vamos a tardar por lo menos una hora en llegar a casa. Sus padres estarán muy

preocupados. *Mademoiselle*, ¿qué sucede?

Antes de que se caiga, coge a Sandrine por el brazo.

—Aquí hay alguien —dice Sandrine, jadeando asustada.

—Es un niño —dice Julie.

Se arrodilla junto al pequeño cuerpo y observa al chico.

—Le conozco.

Sandrine también se arrodilla en el barro. La manga del niño está teñida de rojo y la pierna tiene un aspecto muy extraño.

Cuando le toca la pierna, el niño grita.

—Tranquilo —le consuela Julie—. Te ayudaremos. ¿Nos puedes decir dónde vives?

Solo se oye un gemido como contestación. Sandrine se inclina sobre el muchacho hasta estar muy cerca de su cara.

—Bourgeois —es lo único que escucha.

Sandrine mira a Julie, interrogándola.

—Es la calle de Francs-Bourgeois. Antes vivía muy cerca de allí —y entonces pregunta al niño—: ¿Cómo te llamas?

—Pierre —susurra.

—Pierre, ¿y qué más?

—Lambertin…

—Pierre, Pierre Lambertin —repite Julie asombrada. Su voz suena sorprendida.

—¿Lo conoces? —quiere saber Sandrine.

—Conozco a sus padres —aclara Julie—. Te llevaremos a tu casa, Pierre, no te preocupes.

Cogen al niño por debajo de las axilas. Jadeando, se lo llevan con ellas al callejón.

—¿Dónde está la calle Bourgeois? —pregunta Sandrine. Su voz produce eco en el callejón. Eso le asusta.

—Muy cerca de aquí —contesta Julie.

Está anocheciendo, pero en el callejón ya reina la oscuridad.

Al final de la calle oscila la tenue luz de una farola. El haz de luz es como un faro hacia el cual avanzan poco a poco. Pero justo antes de llegar a la farola, un tipo fuerte tapa la luz.

Sandrine se para de repente y retiene la respiración. Asustada,

Julie levanta la mirada.

El hombre les cierra el paso. Su cara permanece escondida en la sombra.

Julie se adelanta, interponiéndose entre el hombre y Sandrine.

—Oh, *monsieur*, que bien haberle visto —hace un esfuerzo para que su voz suene valiente—: Hemos encontrado a un niño herido. Su brazo pierde sangre y creemos que se ha roto una pierna.

Los ojos del hombre escrutan rápidamente al niño.

—Sé donde vive —dice Julie, reconfortada por el interés del hombre—, en la calle de Francs-Bourgeois.

El hombre asiente con la cabeza.

—Ya lo sé.

Sin mediar palabra se hace cargo del niño. Como una autómata, Julie sigue al hombre.

Sandrine mira el laberinto de calles delante de ella. Con desgana sigue a Julie. Unas calles más adelante el hombre se detiene frente a una zapatería y, girando la cabeza hacia Julie, dice:

—Llama a la puerta.

Julie obedece y utiliza su puño para golpear la puerta.

Dentro se oyen pasos apresurados. La puerta se entreabre y se asoma una mujer pálida.

—¿Quién es?

—Gaston —dice el hombre en tono seco—. Margot, abre.

Tengo aquí a Pierre. Está herido.

Gritando de susto la mujer abre la puerta del todo.

—¡Pierre!

Corre hacia su hijo y lo coge de los brazos de Gaston. Solo entonces observa la presencia de Julie y Sandrine. Su rostro muestra sorpresa.

—Hola, Margot —la saluda Julie.

—¡Julie!

—Hemos encontrado a Pierre. Ella es *mademoiselle* De Billancourt —presenta así a Sandrine.

Margot intenta hacer una reverencia con su hijo en brazos.

De repente Sandrine se siente avergonzada. Se dirige a Margot

con una sonrisa rápida y reconfortante. Detrás de Margot aparece un hombre con barba de varios días. Él también observa a Julie con sorpresa.

—Maurice, Julie ha encontrado a Pierre —dice Margot—. Y eh…, *mademoiselle* De Brancourt.

—De Billancourt —dice Julie.

—¡Oh!

—Me alegro de haber traído a su hijo —dice Sandrine rápidamente—, espero que no sea nada grave.

—Gracias por su ayuda.

Maurice hace rápidamente una reverencia a Sandrine. Sus palabras son educadas, pero suenan como si le costara creer que haya podido hacer algo para salvar a Pierre.

Maurice se ocupa del niño y lo lleva adentro. Los demás le siguen. Entran en un local que sirve de taller de zapatería y tienda. Uno tras otro avanzan por un pasillo estrecho y oscuro hacia una salita. Después, acuestan a Pierre en un banco de madera cubierto con almohadones cerca de la chimenea.

Sandrine mira a su alrededor. En la sala solo hay lo imprescindible: una mesa con un mantel desteñido, un banco y unas sillas, un armario lleno de platos. En la repisa de la chimenea se ven algunos candelabros de estaño cuyas velas dispersan una luz oscilante.

—Siéntese aquí, *madame* —dice Maurice incómodo, apuntando a una silla en la esquina de la habitación.

Sandrine se sienta cuidadosamente en el borde de la silla. No corrige lo de «*madame*», aunque no sea correcto.

—Pierre —Margot se inclina sobre su hijo—. Pierre, háblame. ¿Te duele?

Sandrine observa la cara de Pierre, pálida como la muerte. Su brazo sigue sangrando y el niño ha perdido la conciencia.

Gaston estudia atentamente el brazo herido de Pierre.

—Parece un corte de sable. Hay que vendar esa herida inmediatamente, y la pierna tampoco tiene buen aspecto. Tiene que verle un médico.

Margot desaparece rápidamente. Vuelve con agua limpia y vendas. Julie la ayuda a limpiar y a vendar la herida.

Sentada y muy derecha en la silla, tal y como la enseñó su madre, Sandrine lo observa todo. De vez en cuando su mirada se cruza con la de Margot, pero cada vez que eso ocurre la mujer aparta su mirada, girando la cabeza hacia otro lado.

—¿Qué haces tú aquí? —Sandrine oye a Margot hablar con Julie sin levantar la voz.

—Venía de recoger a *mademoiselle* Sandrine del colegio, pero no pudimos continuar a causa del revuelo —replica Julie.

—¿Y a ella, a *mademoiselle*, no le hicieron nada? —Margot no se lo puede creer.

—Enseguida se quitó sus ropajes, se puso mi abrigo y se soltó el pelo. Pero creo que nos salvamos por la aparición de unos soldados de guardia. De repente todo el mundo tenía otras cosas de que ocuparse.

—Y Pierre estaba allí en medio… ¿Cómo es posible que fueras tú quien le encontró?

—En realidad fue *mademoiselle* Sandrine quien le encontró.

—Pero fuiste tú quien le ha traído a casa.

—Margot, le hemos traído juntas.

Sandrine no se mueve en su silla, la espalda sigue recta. Actúa como si no oyera la conversación. De vez en cuando Julie la mira como para disculparse.

Cansada, Sandrine se apoya en el respaldo de su silla. Siente que sobra en la habitación.

Mira a Gaston, que a su vez observa a Pierre con las cejas fruncidas.

—Intentaré encontrar a algún médico —dice.

Maurice le da una palmada en el hombro en señal de agradecimiento.

Gaston saluda tocándose la boina y sale inmediatamente. En la puerta tropieza con un chaval alto y moreno.

—¿Qué ha pasado?

Se abre camino hacia dentro, empujando a Gaston. Sus ojos

pasan rápidamente por las caras que hay reunidas en la sala hasta detenerse en Pierre.

—¡Pierre! ¿Qué le ocurre?

—Le han herido durante la revuelta —explica Margot—. Tranquilízate, ya sangra menos.

Mientras tanto, Pierre se ha despertado. El joven se inclina sobre él.

—¿Pierre?

—Tenían sables —suspira el niño—. De repente el brazo me dolía mucho. Me caí y un caballo me pisó la pierna.

—Tranquilo. Todo saldrá bien.

El joven desliza su mano por el pelo de Pierre. Se levanta y echa una mirada escrutadora a Julie y a Sandrine.

—Hola, Philippe —le saluda Julie— ¿Qué tal estás?

—Julie, ¿qué haces tú aquí?

«No suena muy amable», piensa Sandrine.

—¡Philippe! —le advierte Margot, censurando el tono empleado por su hijo.

—Hemos encontrado a Pierre. Gaston nos ha echado una mano.

Julie se dirige entonces a Sandrine.

—Esta es *mademoiselle* Sandrine de Billancourt. Hemos quedado atrapadas en la revuelta.

Ahora todos miran a Sandrine. Sandrine está incomoda, pero devuelve las miradas.

—Estamos muy contentos de que Pierre haya llegado a salvo a casa —dice Margot para romper el silencio tenso que reina en la habitación.

—Si está a salvo o no, no se sabe todavía —dice Philippe. Y, un poco más amable, le pregunta a Julie—: ¿Qué tal está tu madre?

—Bien. Ahora gano lo suficiente para poder cuidar de ella —contesta Julie.

—Pero no tendrás mucho tiempo para hacer visitas, ¿verdad?

—Philippe se dirige a Julie, pero mira a Sandrine.

Sandrine esquiva su mirada.

—Espero que Gaston encuentre un médico rápidamente —

suspira Margot.

—¿Gaston ha ido a buscar a un médico? —Pregunta Philippe—. Pues, ya se puede olvidar de encontrar alguno, todo el mundo necesita un médico.

Margot le mira desesperada.

—Yo también voy a buscar uno —advierte Maurice— Y podéis estar seguros de que vuelvo con él, aunque le tenga que arrastrar de los pelos.

Sandrine mira sus anchos hombros y no duda de sus palabras.

Margot tampoco; y, pálida, sonríe a su marido. Luego vuelve a mirar a Sandrine.

—Maurice, ¿podrías al mismo tiempo llevar a Julie y a…? —entonces duda.

—Sandrine —añade Sandrine rápidamente.

—¿… y a *mademoiselle* Sandrine a su casa?

—Eso le llevará mucho tiempo —dice Philippe—, yo me ocuparé de ellas.

Y señala a Sandrine con tanta falta de respeto que, de nuevo, se quedan todos en silencio.

Maurice carraspea, Margot mira fijamente a su hijo.

—Gracias —dice Sandrine de forma tranquila.

Philippe asiente con la cabeza y, sin contestar, sale del salón.

Después de más agradecimientos por parte de los padres de Pierre, Sandrine y Julie cruzan el pasillo hacia el taller, donde Philippe las espera. Abre la puerta y salen a la calle. Hace frío comparado con el calor que hacía en el salón. La noche es muy oscura y Sandrine está nerviosa. Philippe camina a grandes pasos delante de ellas y tienen que darse prisa para poder alcanzarle.

Tras pasar por callejones oscuros y sucios, entran en calles amplias y cruzan algunas plazas. Caminan por la orilla del Sena hasta encontrar un puente que les lleva al otro lado del río. Finalmente llegan al barrio de Faubourg Saint-Germain.

Aliviada, Sandrine mira a Julie, pero en la oscuridad es imposible distinguir la cara de su doncella. Solamente escucha su voz, dando instrucciones a Philippe para indicarle el camino.

Al pasar por la elegante calle de Bac, Sandrine se detiene de pronto. Philippe contempla la fachada de la casa señorial con elegantes verjas forjadas delante de las ventanas.

—¿Es aquí? —pregunta.

—No, aquí vive el doctor Rigal —dice Sandrine.

La cara de Julie muestra una expresión de haber comprendido su intención.

—¿Usted cree que él…?

—Claro que sí, si se lo pido —dice Sandrine.

Julie golpea la puerta con el llamador. Esperan un momento, pero la casa permanece en silencio.

—A lo mejor le han llamado para una visita —opina Sandrine.

—Pero no al Marais —replica Philippe.

Julie vuelve a tocar el llamador.

—¿No pensareis de verdad que un boticario de este barrio se dignará a visitar el nuestro? —dice Philippe con menosprecio.

Ni Sandrine ni Julie le contestan. Simplemente esperan. Sandrine coge el llamador y golpea la puerta con violencia.

Cuando están a punto de darse la vuelta, oyen unos pasos.

—Está en casa —dice Sandrine triunfante. Acto seguido se da cuenta de lo absurdo de la situación; tantos heridos en el Marais y en Faubourg Saint-Germain los médicos duermen tranquilamente en sus camas calientes.

El propio doctor Rigal abre la puerta. Lleva gorro de dormir.

Sin gafas no parece tan erudito y, medio dormido, observa por una rendija.

—Buenas noches, *monsieur* —saluda Sandrine—. Disculpe que le despertemos a una hora tan tardía, pero necesitamos su ayuda.

El médico le echa una mirada turbia.

—Soy Sandrine de Billancourt —le dice Sandrine para refrescar su memoria.

—¿*Mademoiselle* De Billancourt?

Al oír su nombre el médico se despierta de golpe.

Con asombro mira a Sandrine.

—¿Y qué hace usted a estas horas en la calle? ¿Le pasa algo a su

padre o a su madre?

—No, doctor. Se trata de un niño pequeño. Le han herido durante la revuelta de esta tarde en el Marais. Ha perdido mucha sangre y creo que se ha roto una pierna.

—¿Un niño pequeño? ¿De quién se trata?

—Pierre Lambertin. Vive en la calle de Francs-Bourgeois.

—¿Francs-Bourgeois? Pero es en…

—Sí, en el Marais.

El médico mira fijamente a Sandrine. Está claro que no entiende cuál es la relación entre un niño del Marais y esta señorita de tan noble cuna.

—Este joven es Philippe Lambertin. Él le indicará el camino, doctor. Si nos permite entrar un momento y esperarle mientras se viste —dice Sandrine resuelta.

—Sí… pero… no sé…

Sandrine mira al doctor.

—No le supone ningún problema, ¿verdad doctor?

—No, no, por supuesto que no. Por favor, pasen. Voy a por mí maletín. Ahora mismo vuelvo.

Está claro que al médico no le apetece nada el encargo.

Sandrine y Julie cruzan una sonrisa.

—Cree que me ha mandado mi padre —susurra Sandrine.

Philippe la mira como si no se estuviera creyendo lo que está pasando. Pero no dice nada.

Un poco más tarde el médico baja vestido con su maletín negro en la mano.

—Anda —dice secamente a Philippe y a Sandrine—, primero la llevaremos a su casa.

Sin decir palabra salen de la calle de Bac. Doblan una esquina, entran en la calle de Varenne y finalmente se paran delante de un alto muro con un portal de doble puerta de madera. Lejos del muro se ven los grandes ventanales y las ventanas de las mansardas de la casa señorial.

—Es aquí —dice Sandrine— Puede mandar la factura a mi padre, doctor.

El médico asiente con la cabeza.

Sandrine mira a Philippe. La mira fijamente durante un instante. Después se da la vuelta y a grandes zancadas adelanta al médico.

Sandrine hace sonar la campanilla al lado de la puerta, hasta que Jules, el portero, sale de la caseta situada en el patio para abrirla.

2

GRACIAS a Dios que no te ha pasado nada.

El barón Sébastien de Billancourt permanece de pie en el salón, en bata, sin siquiera haberse quitado su peluca de coleta. Su cara está pálida, su mirada preocupada. A su lado se encuentra la madre de Sandrine, todavía vestida como si fuera de día. Se ha quitado su peluca blanca y así, con su pelo castaño y su cara humedecida por las lágrimas, parece una madre, y no la dama aristocrática que suele ver Sandrine.

Sandrine se ha desplomado en el sofá. Su hermana Michelle, que tiene tres años más que ella, se acerca a abrazarla.

—Me alegro tanto de que hayas vuelto a casa —le dice muy bajo —. Cuando Bernard nos contó que os habíais perdido en la revuelta, nos asustamos mucho. He estado despierta toda la noche. Y no veníais…

—Es un milagro que no pasara nada —dice el barón, moviendo la cabeza.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? ¿No hace falta llamar al médico?

Madelon de Billancourt está preocupada por la palidez de su hija.

—Es solo el susto, mamá —dice Sandrine—, esa gente era horrible.

—Ya me lo imagino. Solo pensar lo que te podrían haber hecho…

Su madre se estremece.

—Estaban tan delgados —dice Sandrine de forma apenas audible—, tan extremamente delgados… Había una mujer a mi lado y veía cómo sus huesos salían por su piel.

—No volverás a salir a la calle —dice el barón con determinación—. Cada vez es peor. Uno ya no puede salir en su propio carruaje sin correr peligro. El marqués de Castries y su hijo Charles-Armand fueron atacados con piedras cuando iban al bosque de Boulogne. No hay derecho.

—Se peleaban por un puñado de harina —dice Sandrine—. Se pisoteaban sin escrúpulos.

—Qué miedo habrás pasado.

Michelle observa a su hermana con los ojos como platos.

Lentamente Sandrine aparta un mechón de pelo de su cara.

Sigue viendo la imagen de esas dos mujeres que lucharon como fieras sobre un saco de harina.

—¿Por qué no te acuestas? —Sugiere su madre—. Ya ha pasado todo. Estás en casa.

Sandrine se levanta y lentamente sube las escaleras. Le cuesta cada paso que da, cada peldaño. Julie la sigue hasta llegar a su dormitorio. Con sus manos hábiles no tarda en desvestir a Sandrine y ponerle el camisón. Recoge la ropa sucia y rota del suelo, le desea buenas noches y se dirige a su propia habitación, entre la de Sandrine y la de Michelle.

Descalza, Sandrine pasea por la habitación, siente la suavidad de la alfombra bajo sus pies. Toca sus cosas. Después se mete entre las sábanas y cierra los ojos con un profundo suspiro. Efectivamente, ya está en casa. Todo está en orden.

Sin embargo, no consigue dormir. Los acontecimientos de la tarde no la abandonan. Finalmente, conciba el sueño casi al amanecer y duerme unas pocas horas. Cuando abre los ojos lo primero que ve es

la agradable luz del sol en su habitación e, inmediatamente después, aparece otra vez la cara desencajada de una mujer pidiendo pan.

Sandrine salta de la cama. Abre la ventana de su habitación y se asoma para respirar el olor dulce de los árboles cargados de flores. El jardín, que parece un parque, está lleno de estos árboles.

A sus espaldas, Julie entra en la habitación.

—Buenos días —dice—, ¿ha podido dormir un poco?

—No —contesta Sandrine.

Julie la entiende perfectamente.

—Yo tampoco.

—Afortunadamente, mañana nos vamos a la Touraine —dice Sandrine. Nota unas cosquillas de excitación en su estómago pensando en su palacio de verano, el castillo de Poissy, cerca de Tours. Dentro de poco podrá montar de nuevo a caballo junto al río Loira, y pasear por pueblos tranquilos y amplios viñedos.

Y después de todo lo que pasó anoche, está ansiosa por salir de París. Pero sus pensamientos también están con la familia Lambertin.

—Julie, ¿conocías bien a esa gente? —pregunta.

Julie sabe inmediatamente de quién está hablando.

—¿La familia Lambertin? Sí, yo soy de ese barrio, el Marais.

Pasaba mucho tiempo en la tienda de Maurice.

—¿Tu familia vive todavía allí?

—Mi madre vive en la calle de San Paúl.

—Nunca me has hablado de tu madre.

—Bueno, no sé, tampoco tenía nada que contarle. Es mayor y tiene problemas para andar.

—¿Y tu padre? —pregunta Sandrine.

Julie le coloca una saya de encaje y cierra la hilera de botones en la cadera.

—Mi padre murió hace años. Desde que puedo trabajar he mantenido a mi madre.

—Oh, entiendo —Sandrine observa su imagen en el espejo grande de pie, mientras que Julie cierra los pequeños botones en la espalda. Cuando termina, Sandrine se da la vuelta y pregunta—:

¿No te preocupa que tu madre esté completamente sola allí?

Julie la sonríe.

—En mi día libre siempre voy con ella.

—Pero nosotros en verano pasamos varios meses fuera de París.

—Sí —dice Julie—, entonces los vecinos tienen que ocuparse de ella. Venga, bajemos.

Abajo huele a bollo recién hecho. El olor le trae otra vez el recuerdo de las dos mujeres metiéndose los dedos en los ojos para conseguir un puñado de harina.

Sus padres y Michelle ya están sentados a la mesa. Los tres levantan la mirada cuando entra Sandrine. Una criada le sirve rápidamente una taza de café y un huevo pasado por agua.

—¿Has dormido bien, cariño? —Pregunta la baronesa—. Pensaba que te quedarías un rato más en la cama.

—No podía dormir más.

Sandrine dirige la mano al bollo, que huele a gloria.

—Sin embargo, tienes aspecto de cansada. Tienes ojeras —dice la baronesa con preocupación.

—Ya descansará en Poissy —apunta el padre de Sandrine—. El cambio de aires le sentará bien. Y, probablemente, al final del verano habrán acabado con esas revueltas.

Ensimismada, Sandrine observa el bollo que tiene en el plato.

—Papá, ¿sabíais que la madre de Julie está sola todo el verano?

—¿Julie tiene madre? —pregunta Michelle.

Sandrine asiente con la cabeza.

—Es mayor y está inválida. Julie la cuida.

—¿Ah sí? ¿Y qué sucede cuando nos vamos a Poissy? —Michelle frunce ligeramente el ceño.

—Seguro que Julie se ha ocupado de eso —la tranquiliza la baronesa—. Vosotras no tenéis por qué preocuparos.

El barón, pensativo, toma su café. Por encima del borde de su taza observa a Sandrine.

—¿Por qué no ordenasteis a Bernard que diera la vuelta? Lo que habéis hecho, el salir del carruaje, es muy peligroso —exclama de repente.

—No pudimos dar la vuelta. Detrás de nosotros también había gente. Y cuando intentamos escaparnos por una callejuela, tampoco pudimos hacer nada porque el carruaje se quedó atascado. Bernard ni siquiera pudo pasar al lado de la portezuela.

—Sí, ya lo sé, es lo que me ha contado —le contesta su padre furioso.

De repente, Sandrine se imagina cómo fue recibido Bernard cuando llegó a casa sin ella. Le asalta un mal presentimiento.

Examina la cara de su padre. Tiene aspecto de enfado y esquiva su mirada.

—¿Padre?

—Le he despedido —anuncia el barón.

—¿Qué? ¿Pero por qué?

—Porque es su deber traerte sana y salva a casa. ¿De qué me sirve un cochero que solo se preocupa de su propio pellejo?

—¡Pero no fue culpa de Bernard! No podíamos ir ni atrás ni adelante. Y él no podía pasar al lado de la portezuela, así que yo le dije que intentara llegar a casa para avisarle.

—¡Nunca debería haberte dejado sola! En todo caso podría haber pasado por encima del carruaje, pero no debió dejarte sola.

Abatida, Sandrine mira su plato. De repente el olor del bollo le marea. Bernard ha estado con ellos desde que tiene memoria.

Cuando era pequeña la dejaba montar a caballo en el patio dando vueltas. Y cuando creció, la llevaba a todas partes en el carruaje. Y ahora ¿qué va a hacer? Sabe que tiene una familia numerosa que mantener.

—¿Cómo ha podido hacer eso? —susurra Sandrine.

Mira a su madre, que parece pensativa.

—Sí —la baronesa apoya a su hija—. Eso no ha sido muy prudente, Sebastien. Mañana no tendremos cochero.

Al día siguiente muy temprano, la carroza de viaje está en el patio de la casa señorial en la calle de Varenne, lista para salir.

Cuatro caballos están enganchados, resoplando intranquilos y

rasgando el suelo con sus pezuñas. André, el nuevo cochero, ata el equipaje en el techo.

Sandrine le observa. Este es el trabajo de Bernard. Debería ser él quien estuviera atando las maletas silbando.

Édouard, el criado, ya se ha subido al estribo detrás de la carroza. Allí puede vigilar las maletas y con su látigo apartar a ladrones y mendigos. Es un chaval alegre, pero hoy su cara muestra enfado. Saluda con respeto a la familia, pero Sandrine nota que en su boca no se dibuja más que una tenue sonrisa.

Rápidamente Sandrine sube a la carroza. Michelle y Julie se sientan a su lado.

—Qué cara de enfado tiene Édouard —dice Sandrine en voz baja.

—¿Ah sí? —pregunta Michelle.

Julie no dice nada.

Ahora solo faltan el barón y la baronesa. André los ayuda a subir al carruaje. Entonces el cochero se sube al pescante y hace cimbrear el látigo. Las ruedas altas de la carroza tabletean sobre el patio, el carruaje pasa por el portón y entra en la calle de Varenne hacia las puertas de la ciudad.

Es un día bonito para viajar. La carroza pasa por el bosque de Fontainebleau. Al salir del bosque ven cómo el trigo verde y los campos llenos de retama y de botones de oro relucen bajo la dorada luz del sol.

El barón mira el campo por la ventanilla y suspira satisfecho.

Si en primavera van contentos a la Touraine, también regresan aliviados a París al final del verano. Pasar el invierno en un castillo húmedo, que además es difícil de calentar, no le apetece a nadie.

«En realidad, así es perfecto», piensa Sandrine. «En invierno vamos a los teatros de París, y en verano estamos en el campo, lejos del calor y del ajetreo de la ciudad».

Viajan durante horas. Poco a poco el paisaje va cambiando.

Abundan las colinas y entre los árboles se adivinan cada vez más torres de monasterios y castillos.

Al ponerse el sol se acercan a Orléans. Sandrine y Michelle se

encuentran muy cansadas. Sus músculos están tensos y doloridos, se apoyan la una en la otra.

La carroza les sacude, dando tumbos en los adoquines desiguales. Se detiene en una plaza donde hay una posada decente y donde siempre hacen noche camino de Poissy. A cierta distancia. Los habitantes de Orléans miran cómo se descarga la carroza.

Sandrine se atreve a echar una mirada fugaz a un grupo de mujeres reunido unos pasos más allá. Sus caras son inexpresivas…

Sandrine busca a Julie, pero ya ha entrado en la posada, así que la sigue sin entretenerse.

—¿Has visto cómo miraba esa gente? —pregunta Sandrine.

—Sí —dice Julie.

—¿Qué les pasa? —quiere saber Michelle.

—Están tan delgadas… —dice Sandrine—. Y no dejaban de mirar.

—Siempre es igual —dice Michelle, sin entender muy bien qué le pasa a su hermana—. Siempre hay gente mirando.

Sandrine se pone delante de la ventana de la sala de la taberna y observa la calle. El cochero sigue luchando con el equipaje. Édouard mira hacia delante. Parece como si no reparara en cómo uno de los niños pequeños intenta coger un pequeño maletín de cuero.

—¡Niño! —grita André.

El chico se asusta tanto que deja caer el maletín. La cerradura se abre de golpe y todas las cremas de la baronesa ruedan sobre los adoquines. Entonces se forma un barullo. Una mujer se agacha y agarra rápidamente unas tenacillas de rizar pelucas. Riéndose, lo enseña a su vecina, hasta que André se las quita de la mano. Otra mujer esconde un bote de perfume entre los pliegues de su falda y una muchacha joven se refresca con un abanico pintado de la baronesa.

Édouard se apoya en la carroza y observa el espectáculo como si lo que está pasando no fuera con él. André le ladra. Cuando Sandrine se da la vuelta, ve que la rayita rígida de su boca se ha convertido en una amplia sonrisa.

Esa noche Sandrine tiene la misma pesadilla una y otra vez: delante de la posada se reúne un grupo numeroso de personas.

No gritan, ni agitan sus puños, no hacen ruido. Callados, se quedan allí y miran hacia arriba. Al ser de noche Sandrine no puede ver sus caras, pero siente como la amenaza de estas personas calladas.

Al amanecer Sandrine se despierta de golpe y se incorpora.

Con el corazón en la garganta inspecciona el cuarto. Todo está tranquilo. Michelle está todavía dormida. La primera luz de la mañana intenta entrar por una rendija de las contraventanas.

Sandrine se levanta y las abre. Forcejea un instante con la vidriera hasta que se abre, ya que no encaja bien. Entonces se asoma a la calle. Todo está en calma. No hay nadie delante de la puerta. Sandrine respira hondo para dejar entrar el aire fresco de la mañana. Reconfortada, cierra la ventana.

Su padre quiere salir cuanto antes. Mientras la familia De Billancourt desayuna en la fonda, André y Édouard vuelven a colocar el equipaje en el techo de la carroza. Cuando todo está asegurado, la familia se sienta y Édouard sube al estribo detrás de la carroza.

Dejan atrás Orléans y durante un buen rato siguen un camino empedrado junto al Loira, que se desliza brillante entre orillas llenas de viñedos y bosques.

Sandrine estira la nuca, la nariz pegada contra la ventanilla.

Disfruta de los castillos de ensueño que, de repente, aparecen al borde del río. Dentro de poco estarán en casa. Pero, de pronto, la carroza se detiene y Sandrine se asusta.

—Vamos a estirar las piernas un momento —dice su padre.

Sandrine ya ha abierto la portezuela. Entumecido por estar tantas horas de pie, Édouard desciende y la ayuda a bajar. También ayuda a Michelle y a la baronesa y luego estira la espalda.

Sandrine le observa. Sí, no es de extrañar que le duelan los músculos después de tanto tiempo de pie, agarrado a la carroza sin poder soltarla para no caerse.

Va hacia la orilla, donde Michelle y su padre están

contemplando el paisaje por encima del agua.

—¿Dónde estamos? —quiere saber Michelle.

—Hemos pasado Blois —contesta su padre—. Mira, allí está el castillo de Amboise.

Y entonces señala al otro lado del Loira, donde en lo alto de una roca se aprecian los muros grises de un castillo.

—Me gusta ese edificio, aunque es muy sombrío —dice Michelle—. Poissy es mucho más bonito.

—Papá, ¿por qué Édouard no puede sentarse con nosotros en la carroza? —pregunta Sandrine.

Tanto su padre como Michelle la miran asombrados.

—¿Con nosotros?

—Sí, Julie también está con nosotros, ¿o no?

—Julie es una doncella, que es muy diferente. Édouard es solo un criado.

—¡Pero cuando llueve se empapa!

—Pero es que no está lloviendo, hace un día estupendo.

—Pero no siempre es así. Y también podría sentarse con André en el pescante.

—No, eso no es posible. Édouard tiene que estar atento para que no perdamos el equipaje. Y eso es imposible si este está a sus espaldas. Y ahora déjalo estar —contesta su padre impaciente.

—A ver si te va a oír —dice Michelle avergonzada, y después se dirige a su madre—: Mamá, tengo hambre. ¿Vamos a comer algo?

—Sí, yo también tengo hambre.

Su madre avisa a Édouard. Édouard saca la cesta de provisiones: un pollo frío y una botella de vino tinto. La baronesa se vuelve a sentar en la carroza y se hace servir allí dentro un poco de pollo y un vaso de vino. Sandrine y Michelle se sientan en un murete bajo, disfrutando del aire fresco y de las vistas sobre la corriente lenta del Loira. Su padre las acompaña.

—Sigamos el camino —les llama la baronesa desde la carroza.

—Ay, no —dice Michelle.

Pero su padre se levanta.

—Venga, damas. Hay que aguantar un poco más. Esta noche

podremos disfrutar de un buen fuego en el salón y de una buena cena.

En Amboise cruzan el río a través de un viejo puente de Piedra. La mayor parte del camino de tierra los conduce por un bosque, donde grandes claros se abren entre el verde fresco de los árboles. De repente el bosque se abre y delante de ellos aparecen grandes viñedos ondulantes. Durante un rato el paisaje no cambia. Entonces aparece el borde de un nuevo bosque y junto a este las altas torres de un castillo.

—¡Ya hemos llegado!

Sandrine y Michelle se asoman por la ventanilla, pero su madre les ordena que se comporten.

Tanto el parque como el castillo detrás de la gran verja de hierro tienen aspecto de abandono. Cuando pasan por debajo de los castaños que bordean el camino de entrada, una liebre huye asustada delante de la carroza. Van en línea recta al castillo, dando tumbos por los adoquines, pasando por un paso abovedado hacia el patio central.

Cuando Michel, el viejo administrador, oye el traqueteo de las ruedas sale a recibir a la familia. También su mujer, Corine, se apresura para saludarlos.

—¡Buenas tardes, *monsieur* barón, *madame*! ¡Qué alegría volver a verlos! Y a ustedes, *mademoiselle* Michelle, *mademoiselle* Sandrine…

Michel hace una reverencia.

Los barones inclinan la cabeza amable pero formalmente.

—Entremos, estoy cansada —dice la baronesa.

—Ya les estoy preparando la cena. ¿Prefieren tomar primero un café? —pregunta Corine.

—Por favor, Corine —la baronesa asiente con la cabeza.

Sandrine y Michelle entran corriendo detrás de Michel, Sandrine sube las escaleras hacia su habitación. Abre las cortinas alrededor de su cama de columnas y se sienta en el borde. Édouard sube sus maletas. Julie le sigue de cerca y enseguida empieza a deshacer el equipaje. Después va a la habitación de Michelle.

Sandrine abre la ventana de su habitación y se asoma. Desliza su

mirada disfrutando del paisaje conocido: el parque arbolado, los campos ondulantes y las vides detrás, y, a lo lejos, la torre puntiaguda de la iglesia del pueblo. Una suave brisa le trae olor a flores. En el foso, las ranas croan sin parar. Sandrine respira hondo y sonríe, se siente feliz.

Al día siguiente Sandrine se despierta con el sonido de las palomas, que arrullan en los árboles. Se restriega los ojos y se incorpora. A lo lejos, en algún lugar abajo, en el castillo, oye cómo las criadas que han venido del pueblo esta mañana abren y cierran puertas. Un perro ladra, en el patio principal suenan pasos.

Sandrine aparta las cortinas alrededor de su cama y saca las piernas. Está impaciente y no le apetece esperar a Julie, así que escoge un vestido cómodo, se viste rápidamente y baja por la amplia escalera de caracol. Echa un vistazo en el comedor. Ni sus padres ni Michelle se han levantado aún.

Sandrine entra en el salón y mira la hora en el reloj de péndulo que hay sobre la chimenea. Son las siete. ¡No es de extrañar que sus padres estén dormidos aún! Pensaba que era mucho más tarde.

Pasa por la cocina. A través de la pesada puerta cerrada se aprecian risas y cuchicheos. Entre las voces agudas de las criadas Sandrine reconoce la voz más baja de Édouard. Justo cuando alcanza el picaporte, oye mencionar el nombre de su padre, seguido por algunas risas.

Sandrine empuja la puerta y entra en la cocina. Todos se callan inmediatamente. Édouard tiene aspecto de haber sido sorprendido. Tanto él como las criadas se levantan y hacen una reverencia. Una de las muchachas dice tímida:

—Buenos días, *mademoiselle*. ¿Quiere café? ¿O le apetece comer algo?

—No, no, todavía no. Voy a montar a caballo primero. Pídele al mozo de cuadras que ensille mi caballo, ¿de acuerdo?

La muchacha asiente con la cabeza y desaparece.

Sandrine se pone su abrigo y atraviesa la cocina hacia el patio.

El aire fresco y estimulante de la mañana hace que desaparezca su irritación. Claro que es consciente de que de vez en cuando les toman el pelo a sus espaldas. Tampoco le preocupa. Pero lo que le chocó fue la mirada fría de Édouard.

Sandrine se da la vuelta al oír el ruido de unos cascos. Un mozo le trae un caballo marrón con la crin negra.

—¡Florie!

Sandrine se acerca al caballo y le acaricia el lucero blanco.

Mete el pie en el estribo y desestima la ayuda que le ofrece el mozo.

—Cuando se despierten mis padres, diles que me he ido a dar una vuelta.

Sandrine espolea a su caballo para cruzar el patio hacia el pasillo abovedado que da acceso al camino de entrada. Los castaños la saludan con estilo. Atraviesa la verja de entrada al parque y entra en un camino de tierra que lleva al bosque. La arena amortigua el ruido de los cascos del caballo. De vez en cuando un conejo o una ardilla asustada cruza el camino. A estas horas ríe la mañana todavía hay niebla pegada al suelo del bosque.

Después de un rato, los árboles se abren para dar paso a campos ondulantes y vides. Aquí y allá se ven granjas y detrás de los campos empieza el pueblo. Sandrine sigue el camino de tierra a campo través. Los campesinos ya han empezado a faenar. Es como si no la vieran. Sandrine va al paso y observa las espaldas encorvadas de la gente, que no cesa de trabajar. Más adelante mira por encima del hombro y ve cómo la observan.

«Aquí también», se le ocurre de repente.

Lentamente se acerca al pueblo. Solo cuenta con unas pocas calles y con casas humildes. En el centro del pueblo hay una plaza con un castaño centenario y un pozo en el centro. Alrededor de la plaza hay una taberna, una curtiduría, un establo para cambiar los caballos, una tahona y una carnicería.

Delante de la panadería se ha reunido un grupo de gente.

Al pasar Sandrine se callan, se inclinan, pero no bajan la mirada. De repente Sandrine se pregunta cuál sería el objeto de su

conversación. ¿Qué sabe ella de esta gente? Los ve todos los veranos, pero en realidad no conoce a nadie.

Sandrine abandona el pueblo al trote, deja atrás los campos, de vuelta al bosque. El sol desaparece detrás de una nube. El bosque la traga y de repente el ruido de los árboles le parece terrible. Ha escogido otro camino. Es más estrecho y la lleva bosque adentro. Más de una vez tiene que inclinarse sobre la cabeza de Florie para esquivar las ramas bajas.

En el matorral se oye un crujido.

Sandrine escruta los árboles pero no ve nada. Detiene a Florie y escucha.

Allí, allí está de nuevo. El crujido de unas ramas, seguido por unos pasos amortiguados. Florie resopla. Asustada, Sandrine pone la mano en el cuello del caballo. Los pasos cesan.

Con las rodillas temblando, Sandrine espolea a Florie. Siguen el camino prácticamente invisible, pero en un momento dado debe de haberse equivocado, porque de pronto la senda desaparece. Agitada, Sandrine mira a su alrededor. Un pájaro levanta el vuelo graznando desde el matorral. Por lo demás solo se oye el murmullo del viento en los árboles.

¿Hacia dónde ir? Apuesta por la izquierda. Casi recostada sobre su caballo, Sandrine hace que Florie pase por los matorrales.

Qué alivio, allí está el camino. En ese mismo instante nota cómo el vello de su nuca se eriza. Gira la cabeza.

No muy lejos hay un chico. Es mayor que ella, alto, moreno y de espaldas anchas. Su cara tiene una expresión enconada. La mira fijamente y Sandrine le devuelve la mirada. Luego el muchacho gira la cabeza con desapego, como si su presencia no tuviera más importancia que la repentina visión de una liebre o de un ciervo.

Sandrine baja los ojos. Dos conejos muertos cuelgan del cinturón del chico. Conejos cazados furtivamente. Es un crimen capital…

El muchacho le resulta familiar. Sin decir palabra observa su mirada hostil. Aparte de ellos dos no hay ni un alma.

Tiene que decir algo. Demostrar que no tiene miedo.

—Buenos días —saluda fingiendo aplomo.

—Buenos días, *mademoiselle* —suena hosco.

De repente, Sandrine recuerda quién es. Es Nicolas Bailly, el hijo de uno de los quinteros de su padre. Le ha visto alguna vez cuando acompañaba a su padre para inspeccionar las fincas arrendadas. Sin embargo, este chico que se ha puesto delante de ella, recto y ancho, no se parece en nada al hijo sumiso que recuerda de sus visitas. Que no piense que está impresionada por su comportamiento. No se atreverá a hacerle nada. Sandrine mira de nuevo los conejos.

—Corres un gran riesgo —dice.

Nicolas se ríe con desprecio.

—¿No te importa sabiendo que pueden ahorcarte por ello?

Nicolas le echa una mirada furibunda.

—¿Y qué sabe usted del hambre? Me pregunto si se ha privado de alguna comida en toda su vida.

Asustada, Sandrine espolea a Florie hacia atrás.

—No tenga miedo, no le haré daño.

Nicolas la mira despectivamente.

—Claro que no me harás daño —dice Sandrine con firmeza—. Mi padre…

—Su padre —le interrumpe Nicolas— ha matado a mi madre.

Sandrine abre la boca de la sorpresa. Enrojece de indignación.

—Murió el invierno pasado. Enferma de hambre, de frío y de preocupaciones. Cuando murió no era más que un saco de huesos cubierto de piel.

—Lo siento —dice Sandrine—. Pero no le puedes echar la culpa a mi padre por eso.

—¿Ah no? ¿A quién entonces?

Sandrine busca palabras, pero Nicolas no las espera. Se da la vuelta y se marcha. Sandrine espolea a Florie y le sigue al paso.

Nicolas no gira la cabeza ni una sola vez.

Sandrine vuelve a ver las imágenes de la gente que se peleaba por conseguir harina en la calle de Faubourg Saint-Antoine.

«¿Cómo será que tu madre se muera de hambre, teniendo

ademas un bosque repleto de animales?».

En el borde del bosque, Sandrine adelanta a Nicolas. Frena un momento a Florie.

—No diré nada.

Nicolas se encoge de hombros. Le da la espalda, pero después de haber avanzado unos pasos se da media vuelta. Es como si quisiera decir algo, pero se lo piensa dos veces. A grandes pasos coge el camino con los conejos colgados de su cinturón.

3

—DESDE que estamos aquí no pego ojo —refunfuña el padre de Sandrine durante la cena—. Estas malditas ranas no paran de croar en toda la noche.

—A mí no me molestan —dice la baronesa.

—Pues a mí sí. Voy a enviar a unos chavales para que las atrapen —se propone el barón.

—¿Sabíais que Jeannette Bailly había muerto, papá? —dice Sandrine de buenas a primeras. Abre su servilleta y la pone en su regazo. Por encima de la mesa, cubierta con un mantel de damasco y con cubertería de plata, observa atentamente a su padre.

—¿Jeannette Bailly? ¿La mujer de Leon Bailly?

Su padre se sirve una pieza de caza de una fuente sostenida por una criada.

—Sí, murió de frío y de hambre —añade Sandrine.

Sus padres levantan la cabeza de los platos con asombro.

—¿Muerta de frío y de hambre? —repite el barón incrédulo—. Me parece un poco exagerado.

—Está muerta —repite Sandrine con tono amargo.

—Es verdad, papá —interviene Michelle—. Michel me contó que el invierno pasado murió mucha gente. Incluso muchos niños.

El barón levanta su copa cogiéndola por el pie. Con cara pensativa hace que el oscuro vino tinto se mueva en su vaso.

—Ya lo sé y lo lamento. Ha sido un invierno extremamente duro.

—Nos echan la culpa a nosotros —añade Sandrine—. Todo el mundo nos odia.

—Ya pasará.

—No debes prestarles demasiada atención —opina también su madre.

—Oigo algo… —Michelle inclina la cabeza y escucha atentamente.

Desde fuera les llegan unos gritos amortiguados. En ese mismo instante entra Édouard. Se indina ante el barón y dice:

—*Monsieur* barón, perdone que le moleste…

—¿Qué pasa, Édouard? —pregunta el barón.

—Hay un grupo de personas delante de la puerta, *monsieur*. Exigen pan.

—¿Exigen pan?

—Es lo que dicen, *monsieur*.

—¡Tonterías!

—Padre, déselo —le ruega Sandrine.

—No tengas miedo, hija. La puerta está bien cerrada —contesta su padre para tranquilizarla.

—No tengo miedo, simplemente me gustaría que tuvieran algo que comer.

—¿Desde cuándo nuestros quinteros vienen a exigir algo? —pregunta la baronesa indignada—. Si hiciéramos lo que nos piden, se presentarían aquí todas las noches. Acabarán exigiendo sentarse a nuestra mesa.

A Michelle le entra la risa.

—Padre… —insiste Sandrine.

—Procura que les lleven los restos de la cocina —ordena el barón a Édouard.

El criado asiente con la cabeza, se inclina fríamente y abandona el comedor.

Unas semanas más tarde la sequía azota la región. A mediados de junio el sol castiga los magros cultivos. Hace tanto calor que el suelo reseco se agrieta. Una buena tarde cae una tremenda tormenta que sorprende a los campesinos de improviso. Sandrine no sale de casa en todo el día. Tiene miedo de las tormentas desde que vio cómo un árbol grande, que formaba parte del borde del camino de la entrada, fue derribado por el impacto de un rayo. Ni siquiera dentro de los fuertes muros del castillo está del todo tranquila. Cuando se sientan a la mesa para cenar todavía se oyen algunos truenos lejanos; pero, afortunadamente, luego se acallan.

—Esta noche cenaremos ancas de rana —dice el barón con alegría.

—Oh —exclama Michelle—. ¿Ha hecho cazar las malditas ranas? Anoche no me dejaron dormir. Además, hacía mucho calor.

—Sí, ordené que las cazaran. Esta noche dormiremos bien.

Sandrine coge el cuchillo y el tenedor y empieza a comer las ancas de rana.

«¿Qué cenará Nicolas esta noche? ¿Volverá a cazar furtivamente?». A lo mejor ahora considera que el riesgo es demasiado grande, estando ellos tan cerca. Mira a su padre disfrutando visiblemente de las ancas.

—¿Sabe lo que no entiendo, padre? —dice.

—¿Qué?

—Por qué no nos quedamos aquí siempre, quiero decir en invierno.

El padre de Sandrine levanta la mirada y limpia su boca con la servilleta.

—¿Durante el invierno? ¿Y por qué tendríamos que quedarnos aquí durante el invierno?

—Bueno, para poder vigilar.

—¿Vigilar qué? El trabajo se hace en verano. En agosto se cosecha.

—Sin embargo, la vendimia empieza más tarde.

—Para eso tenemos a Michel. Él se encarga de la vendimia desde hace años.

—Ya lo sé, ¿pero no es más bien una tarea que corresponde al señor? O sea, a vos.

El barón abre la boca y está a punto de decir algo, cuando Sandrine toma otra vez la palabra.

—¿Y no es deber del señor ocuparse de sus quinteros?

Furioso, su padre tira la servilleta.

—No es asunto tuyo, Sandrine.

—Pero solo creo que…

—¡Sandrine! —le advierte su madre.

Indignada, Sandrine mira a su alrededor.

—¿Y por qué no puedo decir lo que pienso?

—Porque no es asunto tuyo, como ya te ha dicho tu padre. Ahora come.

—Ya no me apetece. Padre, madre, discúlpenme…

Sin esperar la respuesta, Sandrine mueve su silla hacia atrás y abandona el comedor. Cuando entra en el pasillo ve cómo Édouard se apresura a salir. ¿Ha estado escuchando tras la puerta?

Extrañada, sigue al criado con la mirada.

Sandrine sube a su habitación. Desde el banco situado delante de la ventana contempla el jardín. Cuando un poco más tarde llaman a la puerta cree que es Julie, pero resulta que es su hermana Michelle.

—¿Por qué te has comportado de esa manera tan extraña? —quiere saber Michelle.

—¿Extraña? Solo he hecho una pregunta.

—Sí, pero preguntas unas cosas muy raras. Nunca nos quedamos, aquí en invierno.

—Entonces, ¿a ti no te parece mal? —le pregunta Sandrine—. Papá es el dueño de todo esto. Tiene sus responsabilidades aquí.

No en París. Los quinteros dependen de él, y el invierno pasado murió mucha gente.

—¿Qué culpa tiene papá de que el invierno fue tan infernal? —contesta Michelle.

—No es eso. Si se hubiera quedado aquí, podría haber dado permiso para cortar leña y para cazar. De todas maneras no entiendo

por qué no está permitido.

—¡Venga! Imagínate que todo el pueblo pudiera coger lo que quisiera. ¡Vaciarían el bosque por completo! —dice Michelle.

—No, si les indicas dónde pueden cazar o cortar madera para poder sobrevivir durante el invierno. En cambio papá tiene unos vigilantes que pueden matar a cualquiera que no respete la prohibición.

—Oh, Sandrine… —dice Michelle suspirando.

—¿O no es verdad? ¿Por qué no puedo decirlo?

—Puedes decirlo, pero… ¿Te imaginas a papá y mamá aquí todo el invierno? ¿Y qué haríamos nosotras? ¡Lo más divertido de Poissy es la taberna del pueblo!

Sandrine mira fijamente a su hermana.

—No estaba hablando de divertirme.

—¿De qué entonces? ¿Querrías labrar la tierra o qué?

Sandrine se calla. La verdad es que tampoco sabe muy bien lo que quiere. Pero la idea de que aquí hay mucho que hacer se hace cada vez más evidente.

Al día siguiente, Sandrine lleva a Florie al camino vecinal que conduce a la finca de Nicolas. De sus alforjas salen un par de panes, un bollo y un gran jamón que había cogido de la cocina.

La paja extendida en el campo sigue estando muy mojada después de la tormenta del día anterior y desprende un olor dulce.

El solar delante de la finca permanece solitario, con la excepción de la presencia de una niña pequeña. Está sentada en el vano de la puerta cortando una cebolla sobre un perol. Cuando se da cuenta de la presencia de Sandrine, se levanta rápidamente y hace una reverencia.

Sandrine se baja del caballo y sonríe a la niña.

—Buenos días.

—Buenos días, *mademoiselle* —dice la niña con respeto.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Sandrine.

—Estoy preparando una sopa, *mademoiselle*.

Sandrine mira dentro del perol. El fondo está cubierto por unas hojitas y hierba. Sandrine se da media vuelta y saca el bollo de su alforja.

—Te he traído algo.

—Gracias, *mademoiselle*.

La niña coge el bollo. Sandrine se apoya en el marco de la puerta y sin decir palabra observa la vivienda. En una esquina hay un montón de ropa sucia y el suelo es un batiburrillo de trastos. Hace tiempo que no se he limpiado la chimenea, así que hay carbonilla por toda la casa.

León Bailly, el padre de Nicolas, está sentado a la mesa con los codos apoyados en el tablero. Tiene el pelo canoso, mal cortado y la barba toda enredada. Cabizbajo, con una mano abraza una botella.

Sandrine no sabe qué hacer. Es como si el padre de Nicolas no se hubiera percatado de su presencia. No le apetece mucho acercarse ni dirigirse a él.

—Buenos días, *monsieur* Bailly —dice, y su voz suena más valiente y más amable de lo que realmente se siente.

No hay reacción.

Sandrine no sabe qué hacer y da un paso adelante.

—Le he traído un bollo a su hija, y también he traído algo para usted, mire…

Rápidamente deja el jamón y los panes en la mesa y retrocede. El padre de Nicolas mira fijamente el jamón. Aparece una mirada extraña en sus inexpresivos ojos hundidos.

Mueve su silla hacia atrás y se levanta. Aunque es muy delgado, su estatura es impresionante. Y sus manos son grandes. Sin decir palabra mira a Sandrine.

Sandrine se esfuerza por sonreír. Lentamente, León Bailly se acerca a ella. Sandrine empieza a tener miedo. No sabe si quedarse o salir corriendo.

Debería haber salido corriendo.

Lo sabe cuando los ojos grises se clavan en los suyos.

Sandrine da media vuelta e intenta llegar a la puerta. Dos grandes manos rugosas salen impetuosas y la cogen por la garganta.

Aprieta fuerte, cada vez más fuerte.

Sandrine abre la boca, pero no sale más que un gemido penoso. En vano sus manos intentan retirar los dedos alrededor de su garganta.

¡Aire, aire!

La sangre zumba en sus oídos. ¡Aire, aire!

Su boca está abierta de par en par. Manchas negras bailan delante de sus ojos. Percibe cómo su garganta produce unos ruidos muy extraños.

De repente alguien grita detrás de ella y luego se abalanza sobre ellos, caen y las manos alrededor de su garganta desaparecen. Inspira hondo, pero le duele mucho. Jadeando y gimoteando, se cae sobre el sucio suelo. Detrás oye cómo dos personas se pelean; después nada, silencio.

—¿*Mademoiselle*?

Alguien la ayuda a incorporarse para sentarse después, Es Nicolas. Sandrine solo piensa en una cosa: ¡salir de allí! Se levanta apoyándose en una silla y Nicolas se apresura para ayudarla. Se tambalea, pero no la suelta.

Un sollozo rompe el silencio.

Los ojos de Sandrine escrutan la vivienda. El padre de Nicolas está sentado en una esquina en el suelo, su cabeza contra la pared. Tiene sangre en la boca y está llorando.

Sandrine se libera de un tirón de los brazos de Nicolas y se precipita hacia la puerta.

—¡*Mademoiselle* Sandrine!

No le hace caso. A trompicones llega a su caballo y con un último esfuerzo se levanta apoyándose en su silla de montar.

—¡*Mademoiselle*!

Sandrine no le echa más que una mirada fugaz a Nicolas.

Quiere marcharse cuanto antes.

En unos pasos Nicolas está a su lado. Coge las riendas de Florie y el muchacho le suplica encarecidamente:

—¿Qué va a hacer? ¿Va a denunciarle? ¡*Mademoiselle*, le ahorcarán!

Sandrine espolea a Florie, pero Nicolas no suelta las riendas.

Sandrine aprieta las espuelas con más fuerza contra los flancos de Florie. El caballo relincha nervioso, echa la cabeza hacia arriba y a Nicolas no le queda más remedio que soltar las riendas. Al galope, Sandrine se aleja.

—¡Es lo único que me queda! —le grita Nicolas a su espalda.

Sandrine se aleja a toda prisa. La sangre zumba en sus oídos.

De forma temeraria lleva a Florie de vuelta al castillo por el camino rural, atravesando el bosque. Solo al llegar al camino de la entrada a la finca frena al caballo. Así no pueden llegar al patio central. Los criados no tienen por qué saber lo desquiciada que está.

Tras tranquilizarse un poco, entra al patio, se deja caer de Florie con las piernas flojas, tira las riendas a un mozo de establo que acude deprisa y rápidamente entra en casa. El mozo y una criada que pasaba por allí la siguen con la vista, extrañados.

Sandrine sube corriendo la gran escalera de la entrada y cierra la puerta de su habitación estrepitosamente. Sus dedos tiemblan cuando la cierra con llave.

—¿*Mademoiselle* Sandrine?

Allí está Julie.

—¿Qué le ocurre? Lucille me ha dicho que estaba llorando. ¿*Mademoiselle*?

La mano de Sandrine se acerca a su garganta. Tanto respirar como tragar todavía le duele.

—¡*Mademoiselle*, abra la puerta, por favor! Si no, llamaré a su padre —oye decir a Julie.

Sandrine levanta la mirada.

—¡No, por favor!

Lo que menos aguantaría ahora sería la cólera de su padre y la preocupación nerviosa de su madre. En el fondo, Julie es la única que no pierde la calma cuando algo sucede.

Sandrine se acerca a la pesada puerta de madera y gira la llave.

Inmediatamente Julie abre la puerta. Sus ojos se abren como platos.

—¡*Mademoiselle*! ¿Qué ha pasado?

Horrorizada, mira el cuello de Sandrine.

—Me duele —susurra Sandrine.

—Es como si… —Julie no termina su frase. Empuja suavemente a Sandrine hacia la cama, abre las cortinas del dosel y la sienta en el borde—. ¿Qué ha pasado? Su cuello está cubierto de moratones.

Sandrine coge un espejo de plata del mueble al lado de su cama. Julie tiene razón. Las huellas se ven claramente. Se estremece.

—¿Quién ha hecho eso? —pregunta Julie con insistencia.

Sandrine mueve la cabeza.

—¿No lo sabe? ¿Un desconocido? ¿Un vagabundo tal vez? —pregunta Julie.

¿Se lo dirá? Pero entonces Julie estará obligada a contárselo a su padre. Y este no dudará en ordenar que se ahorque al padre de Nicolas. Las últimas palabras que gritaba Nicolas al huir siguen zumbando por su cabeza.

—Ahora me gustaría estar sola —dice afónica.

Julie no sabe qué hacer.

—Por favor, Julie —suplica Sandrine—. Luego te lo contaré todo. Ahora no.

Su voz suena amable pero decidida.

Julie asiente con desgana. Recoge sus faldas y se acerca a la puerta. La voz afónica de Sandrine la detiene.

—¿Julie?

Julie se da media vuelta.

—No digas nada a mis padres, por el momento.

Julie asiente con la cabeza. Abandona la habitación y cierra la puerta. Sandrine se levanta y se acerca a la ventana. El bosque oculta la finca de Nicolas. Sin embargo arriba, desde la torre, podrá verla.

Abandona su habitación y camina por los pasillos hasta llegar a la estrecha escalera de caracol de una de las torres. Lentamente sube los peldaños desgastados. Llega arriba falta de aliento y se asoma por la barandilla. La altura le marea. De niña lo encontraba aterrador pero atractivo al mismo tiempo. La entrada a aquel lugar estaba terminantemente prohibida. Aunque Michelle y ella siempre se escondían allí y jugaban a ser nobles damas. O saludaban a los

quinteros, que trabajaban la tierra con sus familias.

Sandrine mira hacia donde vive Nicolas. ¿Qué ocurrirá en esa asa? ¿De qué estarán hablando ahora su padre y él?

Durante un buen rato se queda allí. Luego se da media vuelta y baja.

4

¿UN vagabundo? —repite el padre de Sandrine.

El barón está en el centro del salón, entre sillas de estilo renacentista y tapices. Su mujer está pálida, sentada con la espalda recta en el sofá. A través de la ventana la luz del sol ilumina su peluca empolvada.

«Incluso en plena conmoción, mamá sigue siendo una dama», piensa Sandrine.

—Un vagabundo —afirma.

Su madre suspira.

—Nunca me ha gustado que fueras sola a montar a caballo.

—¿Entonces no has reconocido a ese hombre? —pregunta el barón.

Sandrine dice que no.

—Todo pasó tan deprisa. Me asaltó, me tumbó y entonces…

—Sandrine se estremece.

—Haré rastrear toda la zona —se propone su padre decididamente—. ¡Ese bastardo será castigado, te lo prometo!

Por la noche Sandrine sueña con unas manos grandes que se acercan a ella; revive una y otra vez el intento de estrangulamiento. Los moratones tardan una semana en desaparecer. Pasa el tiempo entre

juegos de tablero con su hermana Michelle y haciendo bordados con su madre. La prohibición de su padre de salir sola era innecesaria; ni siquiera se atreve a salir acompañada.

Hay un ambiente extraño y sofocante en el pueblo.

Una mañana les llega la noticia de que la Bastilla ha sido asaltada y tomada por los parisinos. ¡La Bastilla! La prisión más temida de Francia. Esa impresionante masa de piedra ha sido asaltada por el populacho. En el pueblo hay un sentimiento de fiesta después de la noticia. Y la hostilidad hacia el señor y su familia aumenta.

Una semana más tarde Sandrine vuelve a ver a Nicolas. Acompañada por su padre cabalga por el camino rural que pasa por delante de la finca de Nicolas. Nicolas está labrando la tierra muy cerca del camino. En vez de hacer una reverencia se yergue en toda su longitud.

—Grosero impertinente —masculla el barón mientras le adelantan.

Sandrine mira atrás por encima de su hombro. Nicolas no se mueve. Les sigue mirando.

—¿Por qué está prohibido cazar? —pregunta Sandrine.

—Porque la caza no pertenece a los quinteros. Solo reducirían la población de animales.

«¿Y sus cacerías?», piensa Sandrine. De repente se siente cansada.

—¿Podemos volver? —propone.

Una mañana calurosa, a finales de julio, Sandrine está sentada en el salón grande. Toca distraídamente el clavicémbalo, más por aburrimiento que por placer. Su padre lee el periódico; su madre está inclinada sobre sus bordados. Entra el frescor por las puertas abiertas y los pájaros gorjean en el jardín.

La tranquilidad es turbada por un creciente ruido de cascos.

La baronesa levanta la vista de sus bordados. Echa una mirada llena de sentido hacia su marido. El barón baja el periódico.

—Será André —dice.

Sandrine deja de tocar.

—¿André? —dice— ¿Dónde ha estado?

—Tu padre lo mandó a París —le contesta su madre.

—¿A París? ¿Por qué?

Sus padres no la contestan.

Sandrine aguza el oído. Alguien acaba de entrar en el recibidor Un poco más tarde escucha pasos y luego se abre la puerta del salón. Entra André haciendo una reverencia.

—Es verdad; ha estallado la revolución, *monsieur* barón. El rey reconoció a la milicia civil. Ahora ya no puede decidir nada sin consultar primero a la Guardia Nacional.

El barón De Billancourt frunce las cejas.

—Eso es imposible. El rey siempre tiene la última palabra.

—La última palabra sí, pero ya no puede ignorar la voluntad del pueblo. Tiene que actuar con mucha cautela, porque París está furioso. Foulon y su yerno fueron asesinados en una revuelta y se rumorea que el pueblo está tramando un ataque contra el palacio de Versalles.

«¿Foulon?», se pregunta Sandrine. «¿Quién será?».

—Un gran número de nobles que residía en la corte de Versalles ha huido, *monsieur*. Si quisiera hacer lo mismo, ahora es el momento.

El barón De Billancourt sopesa la situación.

—¿Y qué hace el rey?

—El rey se ha negado a abandonar el país. Espera apaciguar al pueblo dándole lo que pide y reconociendo la Asamblea Nacional.

«El rey Luis nunca permitirá que esa Asamblea Nacional tenga poder de decisión», piensa el barón.

—Si el rey no considera necesario huir, yo tampoco.

—Sebastien… —le interrumpe la baronesa— Tendrán sus razones para huir, ¿no crees?

Dirigiéndose a André, el barón le pregunta:

—¿Han huido todos?

—No, señor, ni mucho menos.

El barón asiente con la cabeza como si con eso bastara. Con la mano indica a André que puede irse. André se indina y desaparece.

—La situación empieza a preocuparme —comenta la baronesa.

—Hay cierto tumulto, pero ya pasará. El rey ha decidido escuchar las quejas del pueblo. Dándole algo de lo que pide, conseguirá satisfacerlo —le contesta su marido—. Créeme, cuando volvamos a París, todo volverá a estar tranquilo.

—No estoy tan segura. Ya dura mucho tiempo, y tampoco me gusta el ambiente que reina en el pueblo.

Sandrine se levanta del clavicémbalo y se va a su habitación.

Se sienta en el nicho de la ventana y mira hacia fuera. Si sigue revuelta la situación en París, a lo mejor se quedan. Pasarían el invierno aquí. Pero todo el invierno en el castillo, con solo el parque para darse paseos… Y fuera, las miradas hostiles de los aldeanos… ¿Qué está pasando? ¡Aquí siempre había sido feliz!

Pero últimamente se levanta por las mañanas con un sentimiento extraño.

Piensa en lo que ocurrió la semana pasada, cuando fueron los cuatro a Tours en la carroza. Los aldeanos se pararon al lado de la carretera como siempre y los siguieron con la mirada. Pero sus miradas eran hostiles y nadie hizo una reverencia.

En los días siguientes llegan más rumores a través de diligencias y mensajeros. Cuentan que en la Touraine muchos castillos han sido asaltados. Se ahorcaron también a algunos alcaldes en las farolas, delante de sus propias casas. Y si hay que creer los rumores, en Tours asaltan las casas de los aristócratas y se asesina a sus propietarios.

—Es como si hubiera un ejército de vagabundos y ladrones recorriendo el país para saquear todo lo que encuentran por el camino —comenta la baronesa preocupada.

Esa tarde hace calor. Están sentados en el jardín a la sombra de

unos árboles. Sandrine lee por enésima vez Robinson Crusoe, su libro favorito. El sol espía entre las hojas y hace un juego de luces y sombras en la página. Una criada sirve el té.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con nosotros? —pregunta Michelle asustada.

Su madre no la contesta.

—Aquí estamos seguros —dice el barón sin rastro de preocupación—. Este es un castillo construido para evitar que entren intrusos.

Sandrine y Michelle cruzan la mirada. El agua en el foso no es muy profunda. Y son conscientes de que el castillo no fue construido como defensa ante un ataque.

Nada interrumpe la hora del té. Cuando lo considera oportuno, Sandrine se disculpa, mueve su silla hacia atrás y sube la escalera de la torre. A mitad de camino se detiene de repente.

¡Pasos!

Curiosa, aunque tímida, su mirada sigue las vueltas de la escalera, pero todavía no ve a nadie. ¿Quién está allí? ¿Debería volver? No, será alguien del servicio. Pero… ¿qué hace allí, en la torre?

Los pasos se acercan rápidamente. El ruido retumba en los gruesos muros. Inesperadamente, Édouard aparece delante de ella. Casi se chocan, tanta es su prisa por bajar.

Sorprendido, mira a Sandrine, pero enseguida se corrige.

—Perdone, *mademoiselle* —dice mirándola desde arriba.

—No importa.

Antes de llegar a la curva de la escalera, Sandrine se vuelve de nuevo. Su mirada se cruza con la del criado. Édouard, desafiante, no baja la suya. Sandrine está extrañada. El criado se da media vuelta y entonces Sandrine continúa su camino.

Sin aliento llega al parapeto. Entre las almenas contempla el apacible paisaje. No ve ninguna banda de desvalijadores por ninguna parte. Nada interrumpe el silencio. Aun así, Sandrine no se queda tranquila. ¿Qué es lo que buscaba Édouard por ahí? No hay absolutamente nada, excepto las vistas. ¿Era eso tal vez? ¿Estaba de

guardia? Entonces, ¿por qué?

Sandrine se queda allí durante un largo rato, convencida de que a lo lejos aparecerá una gran nube de polvo en cuanto se dé media vuelta.

Finalmente, baja las escaleras suspirando.

Durante el resto del día, Sandrine no es capaz de quitarse de encima un desagradable sentimiento de opresión. Se pelea con Michelle sin motivo aparente y le molesta el comportamiento distraído de sus padres. Es como si hasta las criadas percibieran la extraña atmósfera que reina en el castillo. Cumplen con sus deberes rápida y calladamente.

Durante toda la tarde, Sandrine no consigue apartar de su cabeza la cara sorprendida de Édouard.

Y ahora, ¿dónde estará?

Sandrine se da cuenta de que no le ha visto hace tiempo, mientras que normalmente no suele alejarse mucho de ellos.

Con recelo va hacia la cocina. Allí reina el silencio. Sandrine empuja la puerta.

La cocina está vacía.

Es tan extraño, que Sandrine se queda anonadada.

¿Dónde está la cocinera? ¡Debería encontrarse en plena faena preparando la cena como es su costumbre a estas horas!

Deprisa, Sandrine camina por el pasillo buscando a los sirvientes. Pero no ve a nadie. Las criadas también han desaparecido de repente. Aparte de su familia, todos han abandonado el castillo.

Consternada, vuelve al jardín.

—¡Papá, mamá! —grita—. ¡Todo el mundo ha desaparecido!

—¿Desaparecido? —repite su padre—. ¿Cómo que desaparecido?

—La cocinera, las criadas… Deberían estar trabajando en la cocina, pero no hay absolutamente nadie. ¡Y en casa tampoco hay nadie!

El barón frunce el ceño. Entonces cruza el césped hacia el patio.

—¡Édouard! —le escucha gritar Sandrine. Y después otra vez—: ¡Édouard!

Édouard no aparece, a pesar de las llamadas del barón.

Solo Julie se acerca deprisa.

—¡*Monsieur*! ¿Qué está pasando? ¿Dónde está todo el mundo? —pregunta preocupada.

Tan deprisa como se lo permiten sus faldas largas, tanto Sandrine como Michelle corren hacia el patio. La baronesa las sigue más dignamente.

—¿Julie? —pregunta.

—No sé lo que está pasando, *madame*. ¡De verdad! Temo que…

—¿Qué? —insiste la baronesa.

—No lo sé, *madame* —susurra Julie—. Pero no me gusta nada.

—¿Qué es lo que oigo? —pregunta entonces Michelle.

Todos se callan a la vez.

Y cuando ya no habla nadie, todos oyen lo mismo. A lo lejos se aprecia el bullicio.

Un ruido que va creciendo lentamente y que procede de un grupo de personas que se acerca.

Sandrine se precipita hacia dentro. Arremanga sus faldas y sube corriendo la escalera de la torre. Lo ve inmediatamente: a campo través un grupo numeroso avanza hacia el castillo. Muchas más personas de las que viven habitualmente en Poissy.

Sandrine empalidece. Baja apresurada la escalera de caracol, y ya de vuelta al patio el corazón le late con fuerza. Allí están sus padres, Michelle y Julie hablan entre ellos. También está André.

—¡Papá! Tenemos que salir de aquí lo antes posible. ¡Van a atacar el castillo! —grita Sandrine.

Todos se dirigen hacia ella.

—¿Pero qué dices?

—¿Atacar?

—¿Quién?

—¡Todo el pueblo! ¡Y muchos más! —grita Sandrine.

En ese mismo instante, el viejo administrador se acerca corriendo.

—¡*Monsieur* barón! ¡Huya! Tienen antorchas para prender fuego al castillo. ¡Y picos y pistolas! ¡Tiene que salir de aquí con su familia!

¡Deprisa!

Michelle se tapa la boca con la mano.

De repente, el barón se da la vuelta.

—André, engancha los caballos. Michel, atranca todas las puertas. ¡Julie, recoge nuestro equipaje!

—No hay tiempo, *monsieur* —dice Michel con la voz temblorosa —. Están muy cerca de aquí. Es mejor que salga inmediatamente.

Julie se va corriendo a la cocina y vuelve con una cesta llena de provisiones.

Michel ayuda a André en los establos. Nunca antes ha visto Sandrine enganchar tan deprisa los caballos. Un momento después la carroza entra en el patio.

—¡Rápido, subid! —dice el barón—. Michel, acércate a la puerta y mantente preparado. En cuanto pasemos la puerta, la cierras, y tú y Corine subís a la carroza.

—Con todo mi respeto, *monsieur*, no dejaré el castillo sin vigilancia.

—¡Idiota! —exclama el barón, molesto—. ¿Qué piensas hacer contra una banda así?

—No nos harán daño, *monsieur*. Tenemos familia y amigos en el pueblo. Y además, tal vez podamos evitar que prendan fuego al castillo…

El barón mira al viejo durante un instante. Luego asiente con la cabeza.

Sandrine, Michelle y la baronesa ya se han subido a la carroza. Julie había cogido algo de equipaje y quiere dárselo al cochero. Pero André no pierde el tiempo. En cuanto están todos sentados en la carroza, la pone en marcha, dejando el equipaje en el patio. A gran velocidad pasan el camino de la entrada. Los cantos rodados hacen mucho ruido bajo las ruedas. Ahora se escuchan bien los gritos de la multitud.

Michel abre la puerta. Los primeros asaltantes entran en el camino de tierra hacia el castillo. En cuanto se dan cuenta de que el señor y su familia se escapan, empiezan a correr.

Pero las altas ruedas de la carroza ya repiquetean sobre el puente

levadizo, y el carruaje sale por la puerta. Michel la cierra deprisa. La carroza gira a la derecha y se precipita sobre el camino de tierra, perseguida por piedras y maldiciones.

5

LA carroza sigue el camino a toda prisa, tambaleándose y chocando contra cada bache que encuentra. Dentro del coche los pasajeros se sujetan mutuamente para evitar chocar contra las paredes. Sandrine tiene miedo. A esa velocidad podrían sufrir un accidente en cualquier momento. Se podría soltar una de las ruedas o volcar al tomar una curva a toda marcha. Por fin, cuando va puede verse el Loira, André frena los caballos. Reduce la velocidad y durante horas siguen el camino hacia París.

Al anochecer, el barón De Billancourt saca la cabeza de la ventanilla y ordena a André detenerse en la primera posada decente que encuentre. El cochero para finalmente cerca de Amboise.

Bajan de la carroza. André abandona el pescante de un salto y precede a la familia al entrar en el albergue.

Una vez dentro, Sandrine mira a su alrededor. En una esquina de la sala de la taberna se ha encendido un fuego reconfortante, Las velas en las mesas y las lamparillas de aceite en las paredes iluminan el ambiente. No son los únicos huéspedes. Aquí y allá hay grupos de gente vestida de postín. Están callados y pálidos.

Son aristócratas, como ella. No miran a nadie y procuran no llamar la atención.

Mientras la mujer del posadero prepara sus habitaciones, la familia De Billancourt se sienta en una esquina de la sala de la

taberna. André y Julie están sentados en otra mesa hablando bajo.

—¿Y ahora? —pregunta la baronesa sin apenas levantar la voz —. ¿Volvemos a París?

—¿Adónde si no? —contesta su marido.

—Podríamos huir al extranjero.

—¿Y dónde en el extranjero? ¿Vivir sin nada, como unos exiliados o como desterrados?

El barón niega con la cabeza.

—No hay motivo para hacer tal cosa. En nuestra casa de París estaremos a salvo. Lo que está pasando es una vergüenza, pero allí los soldados de la Guardia Real nos protegerán.

La mujer del dueño de la taberna baja las escaleras.

—Sus habitaciones ya están preparadas —anuncia.

La familia se levanta enseguida. Pagando más pueden dormir en habitaciones separadas, en vez de compartir el espacio que ocupan los huéspedes menos adinerados.

Sandrine y Michelle comparten una cama. Se acuestan acurrucadas una contra otra.

—¿Crees que también atacarán los albergues? —susurra Michelle.

Sandrine no contesta. Es lo que ella misma teme también.

Aquí, en la posada, son una presa fácil.

—Mañana por la noche estaremos en casa —dice también susurrando.

Al día siguiente salen en cuanto amanece. André arrea los caballos. Al lado de la carretera hay carrozas dañadas y saqueadas.

Nerviosa, la baronesa pregunta si no se puede ir más deprisa.

Sandrine mira a su madre. Está pálida, y su vestido arrugado.

Pero, como todas las mañanas, también hoy se ha colocado su alta peluca empolvada. Se ha sentado en la carroza con la espalda recta, sin perder la compostura.

Sandrine mira por la ventanilla. A lo lejos aparecen monasterios y castillos. Pero cada vez que pasan cerca de ellos, observan que los

muros están chamuscados y las puertas astilladas. En los jardines ven cuadros pisoteados, restos de muebles y jirones de ropa.

—Dios mío —murmura el barón.

Michelle y Sandrine, asustadas, observan a sus padres con asombro.

—La mayoría habrá huido —tranquiliza el barón a sus hijas.

Sandrine mira por la ventanilla y ve desfilar un monasterio destruido, medio escondido detrás de unos grandes árboles. Entre las ramas de los árboles cuelgan siluetas oscuras.

Sandrine aplasta su nariz contra la ventanilla. El hábito marrón de un monje pasa ante ella como una exhalación.

Asustada, mira hacia otro lado y cruza la mirada con la de su padre. Este no quita la suya y lentamente, pero con decisión, mueve la cabeza.

Sin llamar la atención mira a Michelle, que está sentada inmóvil a su lado con los ojos cerrados.

Pálida, Sandrine se queda absorta con la vista clavada en los pies. Apenas se atreve a mirar por la ventanilla. Solo de vez en cuando mira de reojo.

Sin embargo, no todo el viaje son horrores. Entre los castillos, los campesinos están trabajando la tierra tranquilamente, como si no reparasen en lo que está ocurriendo a su alrededor.

Viajan todo el día casi sin detenerse, pero avanzan poco. En Cada ciudad, por pequeña que sea, y en cada puente, tienen que parar por orden de los soldados de la Guardia Nacional que los patrullan. Los soldados de la guardia civil detienen gritando a todos los transeúntes.

—Otra vez —suspira el barón De Billancourt.

Una cara sucia y enfadada, huraña, se asoma a la ventanilla de la carroza, y descaradamente mira hacia dentro.

—¡Aristócratas! —grita, y escupe contra la puerta.

Sandrine coge la mano de Michelle. Solo la suelta cuando los soldados indican con un gesto que pueden seguir el camino.

—¿A qué nos va a conducir todo eso? —murmura la baronesa horrorizada—. Me pregunto por qué el rey no interviene.

—Tendremos que esperar tranquilos a que todo haya terminado —dice el barón resignándose—. Si verdaderamente fuera necesario, seguro que el rey tomaría medidas.

—Ya es necesario —contesta la baronesa.

Al atardecer llegan finalmente a París, totalmente agotados.

También en las puertas de la ciudad hay soldados, aunque más parecen vagabundos. Son voluntarios que apoyan la revolución, vestidos con uniformes muy sucios y con altos sombreros negros decorados con una escarapela tricolor. Se gastan bromas groseras hablando un dialecto casi incomprensible; y al padre de Sandrine le sacan de quicio con su tuteo grosero. A la baronesa le quitan la peluca y la empolvan de nuevo con el polvo de la calle. Un «gracioso» orina encima y la arroja de nuevo dentro de la carroza. La baronesa calla con arrogancia.

Las miradas que dirige Sandrine a su padre muestran su miedo. Su cara está roja de ira.

Los soldados no parecen estar dispuestos a dejarles pasar sin más. Deambulan alrededor del carruaje y se gritan unos a otros cosas que para Sandrine son imposibles de entender. Al otro lado de la muralla, ya dentro de la ciudad, los transeúntes se paran.

Y detrás de la carroza una cola de gente curiosa se agrupa como si de un espectáculo se tratase. La mayoría ha venido a pie, otros están sentados encima de unos carros destartalados. Sandrine los observa mientras señalan el escudo familiar grabado en la puerta de su carruaje. Ve cómo rostros toscos se asoman a la ventanilla.

La gente hace comentarios, grita. Y, de repente, alguien abre la puerta estrepitosamente.

—¡Fuera!

Y antes de darse cuenta sacan a Sandrine de la carroza por el brazo. Julie hace un amago de retenerla, pero llega demasiado tarde. Sandrine no para de chillar. Del otro lado de la carroza sacan a sus padres y a Michelle. A Julie no la dejan salir. Sandrine se apresura hacia su padre, que la abraza. Su madre y Michelle se acercan todo

lo que pueden.

Asustada, Sandrine mira a los hombres y mujeres hostiles agrupados alrededor de ellos. Manosean el fino tejido de su vestido, señalan las mangas con bordes de encaje del barón y sus zapatos de brillantes hebillas. Sandrine observa que su padre abre la boca para dirigirse a ellos encolerizado, pero un hombre de anchas espaldas le da un empujón. Su mano deja una marca sucia en la chaqueta del barón.

—¡Maldito aristócrata! —le grita el hombre a la cara.

A André le han hecho bajar del pescante y le empujan hacia el interior de la carroza, al lado de Julie. Riéndose y gritando, el público corre hacia el carruaje, se suben a él o al pescante.

—¡Adelante! —grita el hombre fortachón.

Bajo las exclamaciones salvajes del gentío que se ha congregado, la carroza se pone en marcha y pasa la puerta. Los guardianes observan el espectáculo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ahora pueden ir ustedes un ratito a pie, para variar! ¡Encantados de acompañarlos a su casa! —se burla el hombre fuerte, haciendo una reverencia y saludando con la boina.

El barón quiere darles el brazo a sus hijas, pero Sandrine y Michelle son empujadas por una multitud de manos ásperas hacia la puerta. Inmediatamente detrás siguen los barones. A la sombra de los edificios se apresuran hacia su casa, seguido por un grupo creciente, en su mayoría formado por mujeres. El sonido de sus zuecos y de sus canciones, entonadas con voz chillona, rebota contra las fachadas de las casas:

Ça ira, ça ira
les aristocrats
on les pendra
à la lanterne!

Sandrine intenta mirar solo hacia delante. Cada vez que aprecia la silueta de una farola, siente un miedo feroz. Sin embargo, las

canciones de las mujeres acerca del ahorcamiento de los aristócratas en las farolas suenan más alegres que amenazadores.

Aun así, no se atreve a mirarlas a la cara. La imagen de tantas mujeres de ojos hundidos, vestidas con harapos y con los mechones de pelo grasiento sueltos debajo de sus gorros, le estremece. Hace como si no oyera los insultos, no protesta cuando alguien le arranca un trozo de encaje de su manga y solo se encoge un momento atando unos asquerosos excrementos lanzados por el aire aterrizan en su pelo. Discretamente observa a su padre, que tiene la cara enrojecida pero no dice nada. Su madre camina lo más digna que puede, barbilla en alto. ¿Es que no entiende que es justamente eso lo que enfurece a estas mujeres sucias? Sandrine se lo querría gritar a la cara.

El paseo es interminable y cada vez hay más personas que se unen al cortejo. Se ríen y apuntan hacia esos «aristócratas» tan importantes que se tropiezan en el barro y la suciedad.

De repente, al doblar una esquina, ven el carruaje, esperándolos. Los últimos agitadores están saliendo en este mismo momento. Ya a distancia Sandrine ve que la carroza está muy dañada: el escudo familiar arrancado de la puerta, los cristales rotos y las cortinas hechas jirones.

Impaciente, André hace señas a la familia y se apresuran hacia él, subiendo a la carroza. Antes de poder salir, son rodeados por la gente que no para de insultarlos.

—¡Si, sal ya! —grita el barón por la ventanilla.

André utiliza el látigo y el carruaje da un salto hacia delante.

Sorprendentemente, la gente los deja pasar sin más. Ya se han divertido bastante.

Sandrine apenas se atreve a mirar a sus padres. Inmóviles, están sentados encima de los almohadones hechos jirones, sus rostros desencajados por el enfado y la humillación. Julie está muy afectada. Avergonzada, masculla algunas disculpas, pero nadie le hace caso.

Pasan delante del Hotel des Invalides, entran en la calle de Varenne, y un poco más tarde la carroza se detiene ante una puerta. Cuando esta se abre y entran en el patio, su casa señorial está tal y

como la dejaron antes de salir. Sandrine suspira aliviada.

Jules, el portero, sale al encuentro de la familia. Asustado, mira los vestidos rotos y sucios de la baronesa y de sus bijas. Al entrar en la casa tiene que sujetar a la baronesa.

Más tarde, después de haberse refrescado, Sandrine se sienta en uno de los nichos de las ventanas de su habitación. Sin parpadear, mira el jardín ya oscuro. En casa reina el silencio. Su madre se ha acostado con un dolor de cabeza espantoso, Michelle se ha retirado y su padre se ha recluido en su biblioteca, donde sin duda estará bebiendo demasiado.

París.

Están en casa. Pero la sensación que tiene es otra.

PARTE SEGUNDA

1792-1793

6

SIN motivo aparente, Sandrine está pensando en Nicolas. Hace ya tres años que lo vio por última vez y tres años también que estuvo en Poissy. Pensar en Poissy significa pensar en aquel asalto. En todo lo que podría haber ocurrido. Y pensar en Nicolas.

¿Participaba en la marcha hacia el castillo? ¿Iba armado con un hacha o llevaba una antorcha?

¿Y Édouard? ¿Marchaba contra ellos? Nunca más supieron de aquel criado.

Más tarde, ya de vuelta en París, se enteraron de que los pobres campesinos habían perdido la cabeza haciendo caso a todo tipo de rumores. Había rumores acerca de tropas austríacas y prusianas, de las que se decía que acudirían para castigar a los campesinos revoltosos con ayuda de los nobles franceses que habían huido. Falsa alarma, pero para entonces muchos castillos y monasterios en Francia ya se habían convertido en escombros humeantes. Porque el odio no solo se dirigía contra los aristócratas sino también contra el poderoso clero. Así, el gobierno revolucionario no tardó en abolir la religión, provocando el abandono de todos los monasterios e iglesias.

El padre de Sandrine volvió al castillo solo una vez. No lo habían destruido, pero muros adentro todo lo que tenía algo de valor había desaparecido. Los grandes retratos de muchas generaciones de

los De Billancourt habían sido quemados y sus restos estaban amontonados en el patio.

Normalmente Sandrine impide que los recuerdos de Poissy invadan su mente. Pero ahora, de repente, al tropezarse con una cola interminable de gente esperando delante de la panadería, piensa en Nicolas. ¿Qué estará haciendo? ¿Tendrá más comida ahora que han saqueado el castillo? ¿Habrá cogido algunos objetos de valor para cambiarlos por pan? A lo mejor ha entrado en su habitación y se ha llevado sus joyas…

—Venga, *mademoiselle* —la anima Julie.

Sandrine se sobresalta.

—Has dicho *mademoiselle* —avisa.

—No logro acostumbrarme —dice Julie suspirando—. No puedo llamarla a usted por su nombre.

—Yo que tú lo haría en la calle —contesta Sandrine—. Ya sabes que a mí no me importa.

—No, a usted no, pero a *madame*… Me es imposible llamarla ciudadana a la cara. Imagínese. Soy incapaz. No, no lo haré…

Aunque me arresten por ello. Este gobierno nuevo puede dictar tantas cosas… Abolir los títulos nobiliarios, llamar a todo el mundo ciudadano… Está bien que consideren a todos los hombres iguales, pero encerrar a alguien en la cárcel por el mero hecho de querer ser educado… Eso me parece una exageración.

Sandrine sigue su camino. A menudo tiene la sensación de que le cuesta más a Julie adaptarse a los cambios sociales que a ella misma. En el fondo le atrae la idea de que todos tengan los mismos derechos. Por lo menos significa que la gente de Poissy puede volver a cazar y a cortar leña en el bosque. Sin embargo, su padre se agita mucho solo de pensarlo. Hace como si fuera partidario de la revolución, pero solo para evitar problemas con el nuevo gobierno. Y con su propia servidumbre, que ahora simplemente se queja cuando considera que el barón la ha tratado injustamente. Y precisamente para esos nobles injustos, el nuevo gobierno ha habilitado los monasterios que ahora les servirán de cárceles.

Desde el día en que fue saludada jovialmente en la calle y

alguien se dirigió a ella como ciudadana, su madre solo sale al jardín. A menudo pasa el día entero en la cama con dolor de cabeza Ahora empolva sus pelucas con harina de trigo, ya que es imposible conseguir polvos normales. Y hasta para ellos cada vez es más difícil conseguir harina. Gastan casi todo su dinero en comida y no en artículos de lujo, que hace tiempo son imposibles de adquirir. Solo en la calle de Saint-Honoré Sandrine conoce una tienda importante donde apenas los más ricos entran. Su madre y Michelle no se atreven a salir a la calle; pero Sandrine se agobia en el jardín trasero. Hace un verano precioso y le gusta caminar por las calles, incluso hasta la calle de Saint-Honoré en la otra orilla del Sena. Hace poco compró allí unas tiras de encaje para sustituir las mangas desgastadas de sus vestidos.

La carroza, reparada ya, lleva dos años inutilizada en la cochera. No hay ningún noble a quien se le ocurra salir en un carruaje caro a la calle, donde por todos lados deambulan miembros de la Guardia con amenazadoras picas.

Sandrine se lleva la mano al pecho. La escarapela grande y blanca está bien pegada a su corpiño con una aguja. Mientras la lleve, ningún soldado de la Guardia le molestará.

Entran en la calle de Varenne. El barrio elegante de Saint-Germain ha cambiado. La mayoría de las casas señoriales ha quedado abandonada. La pintura en las puertas y marcos está desconchada.

—Me parece sorprendente que lleve usted esa cosa como si nada —dice Julie—. Nunca he visto a su madre o a Michelle con ella.

Sandrine no puede evitar reírse. Su madre con la insignia de la Revolución en el pecho… Antes permitiría que la encerraran en la cárcel.

—Yo sí creo en la Revolución —responde Sandrine—. Creo que está bien que las cosas cambien. Estoy de acuerdo en que todo el mundo tenga derecho a suficiente comida. Si pienso en lo que se devolvía a la cocina después de cada comida en nuestra casa… Y en lo que se tiraba…

—No se tiraba —le contesta Julie—, las criadas lo llevaban a sus

casas.

—Oh —dice Sandrine.

Se para delante de la puerta de su casa paterna. El portero la abre y Sandrine cruza el patio hacia la escalinata ancha. Abre la puerta y entra en el fresco pasillo. Desde el salón se aprecia la voz aguda y sobreexcitada de su madre.

—¿Por qué no salimos de aquí? —la oye decir Sandrine—. Estoy tan harta de que me traten como a basura. ¿Por qué no nos vamos a Koblenz?

—¿Y dejar que la escoria revolucionaria se apodere de nuestras pertenencias? —contesta la voz grave del barón—. Ni pensarlo. Ya han ido demasiado lejos. Encerrar al rey como si fuera un criminal… En vez de huir debería haber reprimido esa revolución. Todos esos bocazas que le llaman por su apellido sin más.

¿Cómo se atreven a llamarle Capeto en vez de majestad? ¡Debería haberlos ahorcado en la plaza de Gravé! El rey manda, no el pueblo, y eso lo debería haber dejado muy claro. ¿Y qué hace? Huye con toda su familia en plena noche… y luego lo atrapan.

Ahora es demasiado tarde. Es prisionero en su propio palacio y ya nadie le toma en serio. Mientras que esos fanfarrones bocazas de la Asamblea Nacional están sentados en el palco real del teatro, la gente se muere de hambre en la calle. Hablan de igualdad para todos, ¡qué asco!

Sandrine se asoma por la puerta a escondidas. Furioso, su padre saca su tabaquera de plata, esnifa y estornuda. Su madre está sentada en una silla y se masajea las sienes con los dedos. Sin hacer ruido, Sandrine se retira y sube la escalera hacia su habitación. No puede negar que su padre tiene razón: hasta ahora la igualdad no ha dado ni una miga más de pan al pueblo. Peor aún, ahora también ha estallado la guerra. Los nobles franceses emigrados han organizado un ejército. Los apoyan monarcas extranjeros temerosos de que la chispa de la Revolución salte a sus países si no la apagan a tiempo.

Sandrine se acerca a la ventana y contempla el jardín soleado. Michelle está leyendo a la sombra de un árbol. Sus amplias faldas extendidas tapan por completo el banco en el que está sentada.

A su lado hay una mesa con una tetera y un cuenco lleno de exquisiteces, que come casi con indiferencia.

Sandrine se da la vuelta y se tumba boca arriba en la cama.

Es septiembre y hace calor. Sandrine se ha sentado a la sombra de un castaño y se refresca con su abanico. Desde la calurosa y maloliente ciudad le llega un zumbido de mal agüero. Durante todo el verano persistía la amenaza de guerra, pero ahora la propia ciudad está en peligro y la tensión ha subido al máximo.

Hasta Sandrine tiene miedo. Hace dos semanas los prusianos entraron en Francia bajo el mando del duque de Brunswick. Esta semana han tomado Verdón y ahora avanzan hacia París para terminar con la Revolución.

Sandrine ya no se atreve a salir a la calle. El odio hacia la nobleza ha arreciado en las últimas semanas. La gente cree que el duque de Brunswick cuenta con espías entre los grandes que todavía viven en París, y que tienen intención de liberar al rey de las Tullerías y devolverle al trono.

Esa noche la familia De Billancourt cena en silencio. Fuera, las calles están desiertas y no se oye un ruido. Es precisamente ese silencio lo que alarma a Sandrine. Pincha la comida en su plato de forma desganada y aguza el oído. Muy a lo lejos un tamborileo interrumpe el silencio.

—¿Qué es eso? —Michelle levanta la mirada.

Sandrine ve cómo sus padres intercambian una mirada de preocupación. A lo lejos se oye un chillido agudo.

—Voy a ver lo que pasa.

Su padre deja la servilleta en la mesa y sale del comedor, tarda mucho en volver. Fuera, los gritos se repiten cada vez más fuertes y más cercanos. La baronesa aparta la silla de la mesa y abandona precipitadamente el comedor. Michelle la sigue. En ese mismo instante empiezan a sonar las campanas de alarma.

Sandrine corre hacia la ventana del comedor, pero lo único que ve es el jardín oscuro. Abre las puertas de la terraza. Un siniestro

toque a rebato resuena en sus oídos.

Siente cómo se eriza el vello de su nuca.

—¡*Mademoiselle* Sandrine! ¡Venga, rápido!

Julie ha entrado, pálida y con los ojos desencajados.

—¿Qué? ¿Qué está pasando?

Sandrine permite que Julie la lleve a rastras. En el vestíbulo están sus padres y su hermana. Su madre se frota las manos. Se acerca a Sandrine y la aprieta contra su pecho.

—Suélteme, madre, ya no soy una niña pequeña. ¿Qué está pasando? —insiste Sandrine inquieta.

—Vienen a por nosotros —susurra su madre.

Sandrine mira a Jules.

—Es verdad, *mademoiselle* —confirma Jules temblándole la voz —. André ha ido a investigar. Por todos lados los aristócratas son sacados de sus casas y los llevan a no sé dónde en carros —se dirige entonces al padre de Sandrine—. Tiene que huir barón, todos ustedes. ¡Rápido!

El barón mira hacia el patio a través de la ventana. Detrás de la puerta de entrada oyen voces. Alguien golpea la puerta con un objeto pesado.

—¡Por el jardín, señor! ¡Por la portezuela del jardín! —insiste Jules.

En el patio se oyen pasos apresurados. Acto seguido golpean la puerta principal.

—¡Abran, en nombre del pueblo! —gritan desde fuera.

La Guardia Nacional.

—¡Deprisa!

Madame De Billancourt empuja a Michelle hacia el comedor, donde las puertas de la terraza permanecen abiertas, y mira por encima del hombro para saber dónde está su hija pequeña.

—¡Date prisa, Sandrine! —exclama agitada.

Sandrine está a punto de correr detrás de su madre y de su hermana, cuando Julie se lo impide. Con un dedo en los labios, apunta hacia el armario debajo de la escalera.

—¡Rápido, *mademoiselle*! No tiene ninguna posibilidad de

escapar si ahora corre hacia el jardín —le susurra Julie—. No tenga miedo, el armario tiene una trampilla en un sitio muy poco usual. Nadie va a encontrarla.

Abre la trampilla sujetándola para que Sandrine pueda meterse dentro del espacio oscuro que hay allí. Solo hay sitio para una persona. Temerosa, Sandrine levanta la mirada hacia Julie.

—No se preocupe, *mademoiselle*. Cuando se hayan ido, vaya a ver a la gente de la calle de Francs-Bourgeois, la familia Lambertin —le dice Julie suavemente—. Dígales que la envío yo.

La trampilla se cierra de golpe y Sandrine se queda completamente a oscuras; tanto, que ni siquiera entra el más mínimo rayo de luz.

Atemorizada, Sandrine gira la cabeza hacia los lados, pero no ve más que un vacío negro.

Sobre su cabeza la puerta de la entrada se rompe con un enorme estallido. Botas pesadas suenan en el vestíbulo y suben las escaleras. Fuerzan las puertas. Sandrine oye las protestas de su padre cuando lo arrastran a la calle. Sus gritos enfadados resuenan en el patio, pero también observa un matiz de miedo en su voz.

Desde el jardín le llegan los gritos de su madre y de Michelle. Oye cómo las arrastran a través del vestíbulo hacia el patio.

Sus voces temerosas son apenas audibles entre las órdenes que les espetan.

Sandrine empieza a temblar. Mete el puño en su boca para evitar gritar. Después de un rato, oye el traqueteo de las ruedas del carro cuando abandona el patio.

—¡Tiene que haber uno más! —grita alguien—. ¡Busca por toda la casa!

Durante un largo rato resuenan pasos por todo el palacio. Después, silencio. ¿Se habrán ido?

Sandrine empieza a tener calambres en las piernas. Intenta cambiar de postura, pero se da un golpe con el codo, lo que provoca un fuerte ruido. Escucha el sonido de tacones sobre los baldosines del vestíbulo que se acercan a su escondite. La puerta del armario debajo de la escalera se abre. Las bisagras chirrían.

Sandrine se encoge, muerta de miedo.

Ahora verán la trampilla. Ahora la encontrarán.

Cierra los ojos con fuerza. Por encima de su cabeza oye cómo la puerta se vuelve a cerrar de golpe.

La calma vuelve a la casa. Sandrine está sentada en cuclillas en la oscuridad y no para de temblar. Nada la puede empujar a que abandone su escondite, tirita y sus dientes no cesan de castañetear.

Finalmente hace un gran esfuerzo para levantarse. Empuja la trampilla hacia fuera, se incorpora con ayuda del borde y consigue salir. Tiesa y crispada sale del armario e, insegura, entra en el vestíbulo. Está muy oscuro, pero no se atreve a encender la luz. Las campanas de alarma han dejado de sonar. Sus pasos sobre las baldosas suenan mucho, demasiado. De puntillas, Sandrine cruza el recibidor. La puerta del salón está abierta.

Sandrine echa una mirada adentro. Las cortinas se han abierto bruscamente y a la luz de la luna ve los muebles arrumbados por el suelo. La plata ha desaparecido; los cuadros han sido arrancados violentamente de las paredes.

Sandrine ve que el sillón favorito de su padre todavía está en pie. La araña de cristal tintinea suavemente, mecida por el aire que se desplaza cuando Sandrine traspasa las puertas correderas que conducen al comedor. Se detiene en el umbral. Se siente como una intrusa que se ha quedado mirando cómo se desbarata la vida de una familia.

Encima de la mesa ve vasos y platos vacíos. Cuando estaban en la mesa aún estaban llenos. Una mancha roja causada por un vaso de vino que se había caído afea el mantel. Las sillas están muy apartadas de la mesa.

Sandrine mira a su alrededor. ¿De verdad hace apenas unas horas estaban aquí, tranquilamente, sentados todos juntos? Le duele la garganta de las lágrimas no derramadas. Pero si empieza a llorar ahora, perderá el control, y eso lo debería evitar a toda costa. Tiene que reflexionar. Y rápido, porque podrían volver en cualquier momento.

Apresuradamente, vuelve al vestíbulo y sube las escaleras hacia el

ático, donde se encuentran los cuartos de las criadas. Aquí arriba no hay ventanas, así que se atreve a encender una vela.

Sandrine investiga el cuarto de una de las criadas. Nunca había estado aquí. Qué pequeño y qué oscuro…

Abre un pequeño armario y rebusca entre cofias, lencería y faldas. Con dificultad, abre la hilera interminable de botones que hay en su espalda hasta poder quitarse el vestido. Los metros de muselina caen susurrando y quedan a sus pies. Suelta las piezas de las caderas y las tira en una esquina. También se quita su combinación de encaje y se pone una sencilla falda gris. Es su talla. El corpiño recoge bien su pecho. La falda es un poco corta, pero no importa. Además, así es como lo llevan las criadas.

Baja las escaleras y se dirige hacia la biblioteca de su padre.

Detrás del gran retrato de su madre hay un hueco en la pared, donde se encuentra un cofre chapado de hierro. Sandrine lo abre y saca todos los ahorros y joyas que encuentra. Luego coge dos bolsas del armario de su dormitorio, las ata con una cuerda alrededor de sus caderas y coloca allí el dinero y las joyas. Llega a ellos a través de un pliegue abierto en la falda.

Ahora tiene que darse prisa. Rápidamente, se pone su abrigo y se acerca a la puerta grande que da acceso al patio.

En ese mismo instante escucha los cascos de un caballo y el crujido de un carro.

¡Han vuelto!

Sandrine palidece. Presa de pánico, retrocede, entra en el comedor y se desliza entre las puertas de la terraza hacia fuera.

Corriendo, cruza el césped hacia la pequeña puerta al fondo del jardín. En la casa alguien abre y cierra las puertas bruscamente.

Aterrorizada, Sandrine tira del picaporte. ¡Está cerrada! Suenan voces en la terraza.

Nerviosa, mira por encima del hombro. Corre hacia un árbol grande situado en la esquina del jardín: el único al que sabe trepar desde muy pequeña sin ayuda. Con cuidado, coloca un pie en una rama gruesa y cambia el peso. Cruje, pero la rama no se rompe.

El sonido amortiguado de unos pasos apresurados sobre el

césped; la luz de unas linternas escrutando los rincones del jardín… Unas voces que se acercan…

Sandrine sube rápidamente a otra rama. Con cuidado, sube cada vez un poco más. A través de las hojas ve cómo los soldados de la Guardia Nacional inspeccionan cada árbol. El árbol al lado del banco es investigado a fondo con las linternas.

La garganta de Sandrine está seca del pavor que siente. Su corazón late tan fuerte y dolorosamente que casi le impide respirar.

Los soldados siguen paseándose un rato por allí abajo. Hablan entre ellos, miran debajo de los arbustos, hacen sonar la puerta cerrada y, finalmente, abandonan su búsqueda. Uno tras otro vuelven a entrar en la casa.

Durante mucho tiempo Sandrine no se mueve de su árbol.

¿Se irán de verdad? ¿Se habrá librado una vez más? Baja con mucho cuidado. Tiene que sujetarse bien, todo su cuerpo tiembla.

Cautelosamente se acerca a la casa, eligiendo siempre los rincones más oscuros del jardín. La luna ilumina la terraza por completo. Sandrine duda mucho antes de atreverse a dar unos pasos.

Aguza el oído, pero solo oye el zumbido del viento en las copas de los árboles.

Los soldados no han cerrado las puertas de la terraza. Sandrine atraviesa rápidamente la terraza, entra con el corazón en un puño y se apoya en una pared. Otra vez aguza el oído. La casa parece estar vacía.

¡Fuera! ¡Tiene que salir!

Corriendo, Sandrine cruza el vestíbulo hacia la puerta principal y salta sobre los peldaños de la escalinata hacia el patio. La puerta está cerrada, pero no con llave. Sandrine entreabre una de las puertas de doble hoja. De un rápido vistazo escruta la calle.

Todo parece tranquilo. Abandona la casa tan pegada como puede a la pared. Entra en la calle de Bac y en otra lateral, cruza una plazuela, pasa por otras calles pequeñas hasta perder por completo la orientación. De vez en cuando mira asustada hacia atrás por encima del hombro. Es de noche, pero en las calles aún hay bullicio. Cabizbaja, pegada a las paredes, Sandrine sigue su camino.

A lo lejos se escuchan unos chillidos agudos. Al final de la calle de Sainte-Marguerite, delante de la Abbaye, la cárcel municipal, hay gran agitación. El sombrío edificio cuadrado es iluminado por muchas antorchas. Con cierta regularidad se escuchan tremendos gritos.

Sandrine está empapada en sudor. Sin embargo, sus pies no se detienen y la llevan hacia la Abbaye. Cuando está lo suficientemente cerca como para poder distinguir las caras de la gente, ve que la mayoría lleva armas. Palos se alzan. Las antorchas iluminan sus caras, sus miradas furiosas van dirigidas a la puerta de la prisión. Por todos lados hay botellas vacías y rotas.

Sandrine intenta hacerse invisible contra un muro a la sombra de una casa. Entonces estalla un griterío salvaje. Se abre una pequeña puerta lateral de la prisión y la calle se llena de un vocerío sanguinario. El gentío levanta las hachas. La muchedumbre se lanza sobre un prisionero que es expulsado a la calle por la puerta lateral. El grito prolongado de un hombre agonizante retumba entre las fachadas de las casas.

Espantada, Sandrine retrocede, abriéndose paso entre la gente, chocando contra ellos. Tendidos en el suelo hay muchos cadáveres, unos encima de otros, sangrando por múltiples heridas.

Algunos han sido decapitados.

Sandrine se tapa la boca con una mano y aprieta el vientre con la otra. Avanza, chocándose con la gente. Se tropieza, entra en una calle oscura y vomita encima de sus zapatos.

Abandona la calle de Sainte-Marguerite con un olor nauseabundo de sangre en la nariz. Ve cómo se acerca la gente hacia ella y, sin mirar siquiera, entra en una callejuela totalmente a oscuras. No para de andar hasta oír el ruido de una corriente de agua.

Jadeando, Sandrine se detiene al borde del Sena. Las lucecitas del otro lado bailan por encima del agua negra y se reflejan en los barcos atracados en la orilla. Dando traspiés, Sandrine se acerca a la primera barcaza que encuentra y levanta la lona que protege la carga. Mira rápidamente a su alrededor y sube a bordo.

A tientas encuentra su camino. Se da un fuerte golpe en el codo contra una caja, después sus manos encuentran un trapo viejo, y con él se tapa tumbándose sobre el duro suelo de madera de la barca. Así permanece toda la noche, temblando y llorando en silencio.

7

SANDRINE se despierta muy temprano hecha una piltrafa. Le duele tanto la espalda que se tiene que apoyar para incorporarse.

Sale a gatas por debajo de la lona y se asoma al borde de la barca.

Acaba de amanecer. Una neblina espesa flota en el Sena ocultando parte de Notre Dame. A lo lejos distingue las torres de la Conciergerie, que destacan por encima de los jirones de niebla.

La prisión…

Sandrine hace un gran esfuerzo para no pensar en los horribles acontecimientos de la noche pasada. La niebla fría y húmeda la hace temblar. Entumecida, sube hasta la orilla, escurriéndose en el barro y la suciedad. Abrazándose a si misma para protegerse del frío vuelve hacia el Pont Neuf, que conduce a la Ile-de-la-Cité.

No recuerda dónde vive la familia Lambertin, pero sí que era al otro lado del Sena.

Sandrine cruza el Pont Neuf. En los bancos de piedra situados en los nichos del puente duermen unos mendigos, que en esos momentos se desperezan. Sandrine acelera el paso. En la Ile-de-la-Cité se detiene en un puesto que vende pasteles calientes rellenos de carne. Son carísimos, pero tiene hambre. Sandrine coge algunas monedas de la bolsa que esconde bajo su falda y compra cuatro hojaldres que huelen a gloria. Se los come sentada en un banco de madera junto al río.

Poco a poco la ciudad se desperezа. Las campanas de la iglesia de la abadía de Saint-Germain-des-Prés repican una tras otra.

Ahora, en el Pont Neuf, en vez de mendigos hay carruajes de alquiler que pasan tableteando. Las lavanderas se instalan en los bancos de arena a lo largo del Sena. Por encima del agua se oye a las mujeres golpear la ropa. Sandrine regresa al puesto de hojaldres.

—¿Ciudadano? Busco la zapatería del ciudadano Lambertin —dice tímidamente—. Creo que está en la calle de Francs-Bourgeois.

El hombre levanta la mirada.

—Eso es en el Marais, ciudadana —contesta.

—Sí —afirma Sandrine.

—Tendrás que ir por la margen derecha.

Sandrine percibe que el hombre la observa con recelo. Su mirada se clava en su pecho.

—Sí. ¿Me podría indicar el camino, ciudadano? —pregunta Sandrine.

—Sí que puedo —contesta el vendedor, pero no suena muy dispuesto.

Sandrine ve al hombre apuntar con el dedo al otro lado del Sena, dando largas y complicadas explicaciones, de las cuales Sandrine solo retiene el principio.

—Gracias —le interrumpe rápidamente, y se marcha.

Cuando se ha alejado unos metros Sandrine mira por encima de su hombro. Ve que el hombre, desconfiado, la sigue con la mirada. Y no solo es él, hay más personas que la observan. Sandrine inspecciona su sencilla falda gris, nada de particular. ¿Qué es lo que está mal, por qué me miran?

¡Usted! De repente se da cuenta de que siempre habla de usted, probablemente con demasiada educación. Como alguien de buena familia.

Para no llamar la atención, Sandrine camina por calles estrechas con casas altas procurando parecer tranquila.

Tal vez la familia Lambertin esté al tanto de lo que les ha pasado a los aristócratas detenidos. Necesita saber si sus padres y Michelle están sanos y salvos, necesita verlos.

Los vendedores de periódicos vocean las noticias de los arrestos. Están haciendo un buen negocio. En las largas colas que se forman delante de las panaderías se lee «El Amigo del Pueblo» en voz alta. Una mujer esquelética grita:

—¿Y de qué nos sirven tantas detenciones? Aún no hay pan.

Sandrine cruza al otro lado de la calle. Entra rápidamente en una bocacalle para evitar la mirada de tanta gente hambrienta.

En cada esquina, en cada escalera, hay mendigos harapientos que la observan maliciosamente. Huelen que apestan y Sandrine acelera el paso.

Dobla una esquina y entra en un callejón maloliente lleno de chabolas desvencijadas. Delante de ellas hay grupitos de mujeres charlando, sus caras desencajadas, su largas cabelleras sucias. Sandrine no puede ocultar su espanto. Parecen fieras salvajes.

Lentamente se da la vuelta volviendo sobre sus pasos. Durante un instante todo permanece en calma, pero justo cuando cree poder respirar hondo, oye un ruido. Al mirar hacia atrás ve que unas mujeres empiezan a perseguirla. Sandrine acelera el paso.

Escucha cómo se acercan y, de repente, está rodeada por esas sucias fieras. Le gritan a la cara, la empujan, la toquetean con sus esqueléticos dedos pálidos cada vez más insolentes.

Aterrorizada, Sandrine aprovecha un hueco inesperado y escapa corriendo. A sus espaldas gritan:

—¡Cogedla! ¡Traidora!

Sandrine casi se escurre, el barro le salpica. Jadeando, dobla una esquina. Allí están los soldados uniformados de la Guardia Nacional.

—¡Una aristócrata! ¡Detenedla! —gritan las mujeres.

Asombrados, los soldados de la Guardia Nacional miran a Sandrine. Ella los adelanta deprisa, desapareciendo en un estrecho callejón. Se esconde en el primer hueco oscuro que encuentra, un pequeño espacio entre dos casas. Cabe justo.

Con los ojos cerrados, espera a sus perseguidores. La Guardia Nacional pasa de largo. La siguen las mujeres, ahora con menos determinación. Algunas ya han abandonado la persecución. Todavía

espetan algunas maldiciones en el callejón antes de darse la vuelta. Sandrine no respira. No se mueve hasta que los pasos y las voces de las mujeres se han apagado por completo.

Con una mano en el pecho, Sandrine se fuerza a caminar con un ritmo más pausado. ¿Por qué la han atacado esas mujeres? Ni tan siquiera había abierto la boca. ¿O será que agreden a cualquiera que tenga mejor aspecto que el suyo? Quizá sí; había entrado en un barrio muy humilde.

Sandrine mira a su alrededor. La sigue una mujer joven. Espera hasta que la adelanta y justo a tiempo se acuerda de no dirigirse a ella como «*madame*».

—¿Ciudadana? ¿La calle de Francs-Bourgeois?

La mujer la escruta rápidamente, su rostro refleja desconfianza. Sus ojos se clavan en su pecho.

La escarapela. Claro. Ha olvidado colocarse una escarapela.

Ya no aguarda la respuesta y sigue su camino. Los ojos de la mujer le queman en la espalda. ¿Cómo va ahora a poder llegar hasta la casa de los Lambertin? Ya no se atreve a preguntar. Perdida, Sandrine se detiene. La gente la adelanta. ¿Es que todos la miran o es solo producto de su imaginación? Sandrine cruza los brazos delante de su pecho. De pronto ve a dos mujeres charlando. Una niña pequeña corretea a su lado.

—Mamá —gimotea la niña—. ¿Cuándo nos vamos a casa?

La madre no le hace caso. Sigue hablando. La niña patea la calle con el zueco y, desafiando a su madre, tira su gorra al barro.

Intenta llamar la atención de su madre, pero esta ni se da cuenta.

Sandrine mira la gorra de la niña, que lleva una escarapela blanca atada con un lazo. Cuando la niña se da la vuelta para tirar de la falda de su madre, Sandrine recoge rápidamente la gorra y se mete en un callejón.

Sale corriendo, dobla una esquina y arranca la escarapela de la gorra. Con el lazo la ata al corpiño de su vestido. Respira aliviada. Para evitarse problemas hay que tener cuidado y dirigirse a todos con «ciudadano» y «ciudadana».

Ahora ha llegado a un barrio mejor, está en una larga calle con

tiendas a ambos lados. Parece la calle de Faubourg Saint-Antoine. Allí es donde Julie y ella se toparon con la revuelta y tuvieron que abandonar el carruaje, hace ahora tres años. Pero la calle es tan larga…

Sandrine observa atentamente. La gente por aquí no va tan mal vestida como aquellas otras mujeres. Tampoco llama tanto la atención con su ropa de criada. Hay muchas chicas como ella.

Solo son diferentes porque están más delgadas.

Sandrine elige a una muchacha de su misma edad para preguntar el camino. Esta le contesta amablemente.

—¿La calle de Francs-Bourgeois? Tienes que coger esa calle, la calle de Biragué. Llegarás a una plaza grande, la plaza Royale. Y detrás de la plaza está la calle de Francs-Bourgeois.

La chica inclina la cabeza como saludo y se pone en marcha.

Sandrine sigue sus instrucciones. Un poco más tarde está en la calle de Francs-Bourgeois. Es una calle larga, llena de vida, con muchos talleres y tiendas. Es como si todo el mundo se conociera, le basta preguntar una sola vez para saber dónde vive la familia Lambertin. A mitad de la calle, Sandrine se detiene frente a una casa de piedra gris de tres plantas, con contraventanas de color azul claro y pequeños balcones de hierro forjado. Sobre la puerta hay un letrero con una bota.

Sí, aquí es.

Sandrine respira hondo y entra en la zapatería. Se acuerda del taller con el techo oscuro. Maurice Lambertin está sentado en la mesa de trabajo, inclinado sobre un trozo de cuero. Levanta la mirada al sonar el timbre.

—¿*Monsieur*, eh…, ciudadano Lambertin? —dice Sandrine Maurice la mira.

—¿En qué puedo servirle?

Sandrine no sabe qué decir.

—Me envía Julie —indica tímidamente.

—¿Julie?

—Sí. Yo, bueno, nosotras trajimos a su hijo herido, le encontramos durante la revuelta, ¿se acuerda? Soy Sandrine de

Billancourt.

Maurice Lambertin intenta recordar.

—¿Sandrine de Billancourt? —repite.

Sandrine asiente con la cabeza.

Maurice abandona el taller dándole la espalda.

—¡Margot! —grita.

Sandrine espera. Se siente muy incómoda. ¿Se habrá equivocado al venir aquí? A lo mejor la delatan. ¿Pero qué podría haber hecho si no?

Se oyen pasos que proceden del interior de la vivienda. Maurice vuelve a entrar, seguido por su mujer. Sandrine la reconoce de inmediato.

La mujer escruta a Sandrine. ¿Acaso no la reconoce? Claro, ha pasado mucho tiempo… La angustia encoge su corazón.

—Soy Sandrine de Billancourt. Me envía Julie —repite.

Margot cierra la tienda. Se da la vuelta y, observando a Sandrine, dice:

—*Mademoiselle* De Billancourt… Ahora la reconozco. ¿Qué le trae por aquí?

—Yo…, no sé. No tenía adonde ir. He estado escondida toda la noche en un armario, en mi casa, y luego ellos volvieron. Y Julie decía, Julie me ha dicho… —tartamudea.

Su garganta se seca y sabe que va romper a llorar en cualquier momento.

Margot deja escapar una maldición. Coge a Sandrine por el brazo y la lleva hacia el salón. La sienta en una silla con delicadeza y la mira fijamente.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con interés.

—Los han detenido —susurra Sandrine—. A mis padres, a Michelle, a Julie… a todos. Ayer por la tarde, de repente, entraron a la fuerza, justo cuando empezábamos a cenar. Julie me ha escondido en una trampilla en el armario. He oído que se llevaban a mi padre, después a mi madre y a Michelle.

Su voz se quiebra. Tiene que esperar un momento para recuperar el control.

—Volvieron más tarde. Creo que para buscarme a mí. Pero yo había huido al jardín y me había escondido en un árbol. Cuando se fueron salí a la calle. Y luego pasé por delante de la Abbaye.

—¿Estuviste allí? —dice Maurice consternado. Las estaba escuchando en el vano de la puerta. Sandrine no se había percatado de su presencia.

—Sí, pensé que podría encontrar allí a mis padres. Fue horrible…, a cada rato echaban a personas a la calle. Fuera había mucha gente esperando, y los mataban sin más. Con hachas, con garrotes, con lo que fuera. Había muchos cadáveres en la calle, uno encima de otro.

La voz de Sandrine suena aguda y nerviosa.

—Oh, Dios mío —dice Margot quedamente.

—Están deteniendo a los aristócratas por toda la ciudad —señala Maurice.

—¿Por qué? —murmura Sandrine.

Maurice alza los hombros.

—He cogido dinero y joyas —dice Sandrine—. A lo mejor puedo pagar un rescate para liberarlos. Si quisierais ayudarme os daría una parte. Mirad.

Sandrine hace ademán de mostrar el dinero, pero Margot se lo impide.

—No creo que sirva de mucho.

—¿Por qué no? Todo el mundo quiere ganar algo de dinero, ¿o no? —pregunta Sandrine nerviosa. Se dirige entonces a Maurice—: Vamos. Cuanto antes los libere, mejor.

—Entonces, ¿sabe usted dónde están? —pregunta Maurice.

—No, pero ya lo averiguaremos.

—¿Por qué está cerrada la tienda? —suena una voz detrás de ellos.

Sandrine se da la vuelta. En el vano de la puerta ve a un muchacho alto y delgado. Sandrine le reconoce de inmediato. Es Philippe, el hijo mayor de la familia.

—Philippe, esta es *mademoiselle* De Billancourt, ¿te acuerdas? —pregunta Margot Sandrine no sabe qué decir, solo le mira. Philippe

le devuelve la mirada con una sonrisa desdeñosa.

—*Mademoiselle* De Billancourt, qué sorpresa. Pensé que habían llevado a todas esas sanguijuelas a la cárcel.

—¡Philippe! —le advierte su madre.

—¿Qué hace aquí? —quiere saber Philippe—. ¿Tienes idea de cómo reaccionaría el barrio si descubre que una aristócrata nos ha «honrado» con su visita?

Margot avanza unos pasos hasta interponerse entre su hijo y Sandrine. Resumiendo lo que Sandrine la acaba de contar, Margot explica la situación a su hijo.

—Tenemos que denunciarla o procurar que abandone la ciudad lo antes posible —dice Philippe—. ¿Y habéis pensado en cómo sacarla de la ciudad?

Maurice se dirige a Sandrine.

—¿Tiene familia fuera de París?

Desconcertada, Sandrine los mira.

—Sí, pero no sé si…, quiero decir, todo el mundo ha huido, O a lo mejor han sido detenidos.

—Claro que sí —dice Margot—, ¿pensabas de verdad que podría recurrir a su familia?

—Mamá, ¿no permitirás que se quede aquí, verdad? —insiste Philippe con recelo.

Reina un silencio tenso. Sandrine hubiera preferido marcharse.

—La envía Julie —dice Margot finalmente.

—¿Y qué? —responde Philippe.

—Julie tendría sus motivos —contesta su padre.

—Exactamente —afirma Margot—. Creo que apreciaba mucho a *mademoiselle* De Billancourt.

—Y por eso la escondió y después ella misma fue detenida.

—Está loca —les espeta Philippe con amargura.

—Pensaría que ella no corría peligro —responde Maurice.

—Y a lo mejor ya la han liberado —añade Margot.

Sandrine la mira llena de esperanza. Sí, a lo mejor Julie viene a buscarla. Esa debe de ser la razón por la que la habrá enviado a casa de los Lambertin.

—Vamos a ver qué pasa. Es posible que hayan liberado a Julie.

—Hasta que no sepamos más, es mejor que se quede aquí —decide Margot mirando a Sandrine.

Sandrine asiente con la cabeza.

Philippe se va hacia la puerta riéndose despectivamente.

—Si Julie viniera a buscarla, estaría todavía más loca de lo que creía.

Margot va detrás de su hijo. Sandrine escucha cómo hablan en voz baja en el pasillo.

—¿No te acuerdas que fue *mademoiselle* De Billancourt quien envió a un médico para que viera a Pierre? ¿O acaso se te ha olvidado?

—¿Y qué más da?

—¿Cómo que qué más da? Pierre se habría muerto si no hubiera venido ese médico tan caro. Y nunca vimos ninguna factura.

—No, faltaría más.

—Philippe, le debemos mucho a *mademoiselle* De Billancourt.

—No, mamá. No les debemos nada a los aristócratas. Ellos nos lo deben a nosotros. Desde hace años.

Se alejan. Siguen susurrando algo, pero Sandrine no puede oírlo. Desconcertada, no sabe muy bien qué hacer. Su mirada se topa con la de Maurice. Este le pide perdón con los ojos y sigue a su mujer y a su hijo hacia el taller. Margot vuelve un poco más tarde, los labios apretados.

—Puede usted quedarse aquí hoy —dice, y desaparece en la cocina.

Sandrine está incomoda y se pasea por el sobrio salón. Aquí las paredes no están decoradas como las de su casa, están desnudas, los pesados muebles son de roble, el suelo es de baldosas y el techo oscuro. Sin embargo, brilla el cobre encima de la repisa de la chimenea y en el alféizar de la ventana hay algunas macetas con geranios rojos.

Oye ruidos apagados en la escalera. Un niño moreno entra corriendo. Al ver a Sandrine se para en seco.

—¿Quién eres? —pregunta asombrado.

—Soy Sandrine.

—Hola, yo soy Pierre.

Pierre. Ha crecido desde entonces; se ha convertido en un chico despierto y alegre, con el pelo moreno, tiene una cara amable. Observa a Sandrine pensativo, como si se preguntara qué hace aquí esa chica que no conoce de nada.

Antes de que Pierre empiece a hacer preguntas que no desea contestar, Sandrine se dirige a la cocina y se queda en el umbral de la puerta. Huele a cebollas, que cuelgan en ristras del techo.

Margot está de espaldas a la puerta.

—Tengo que ir a la Abbaye —dice Sandrine.

—¿Qué?

—Tengo que ir a la Abbaye, la prisión. Necesito saber si están allí mis padres y mi hermana. Y Julie.

Margot se da la vuelta.

—Ni hablar —dice con determinación.

Sandrine se pone colorada.

—Usted no tiene derecho a decirme lo que puedo…

—Sí que lo tengo. Si usted saliera ahora nos pondría en peligro a todos. No tiene idea de lo que está pasando allí fuera —dice Margot irritada.

—Pero mis padres…

—Suponiendo que aún vivan, tampoco podría hacer nada por ellos. En cuanto usted se acerque a la cárcel, la detendrán.

—¡Me arriesgaré!

—¡De ninguna manera! —Margot le da la espalda poniendo así fin a la discusión.

Sandrine traga saliva un par de veces para controlar la indignación que la invade. Sin mediar palabra abandona la sala, atraviesa el taller y sale a la calle. Hace como si no viera las caras sorprendidas de Maurice y Philippe.

En las largas calles de casas altas todavía se percibe el ambiente amenazador de las noches pasadas. Hay mujeres hablando en la calle en pequeños corros. Sandrine las adelanta deprisa.

Hay un buen trecho hasta llegar a la Abbaye. Camina a grandes

pasos hacia la calle de Faubourg Saint-Antoine y más allá, hacia el Sena. Después de un largo recorrido llega al Pont Neuf Lo cruza, pero una vez que ha llegado a la otra orilla no sabe muy bien cómo continuar. Cuando llegó aquí era de noche y estaba aturdida. No se atreve a pedirle a nadie que le indique el camino hacia la Abbaye. Pasa por un laberinto de calles pequeñas, hasta que por fin ve las torres de la prisión. Poco después se encuentra frente al amenazador edificio rectangular.

El corazón de Sandrine se dispara. Ahora no hay ruido en la calle. Los charcos de sangre se han fundido con el barro. Alrededor de la prisión huele a hierro. La gente pasa junto al edificio sin detenerse. En su mirada se refleja la vergüenza.

De pronto alguien le pone la mano en el hombro. Gritando de miedo, Sandrine se da la vuelta. Es Maurice.

—Ya imaginaba que te encontraría aquí —dice—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué te has ido corriendo?

Sandrine no contesta. Le tiemblan las piernas.

Maurice la coge del brazo y la lleva a una taberna.

Al entrar suena una campanilla encima de sus cabezas. Maurice saluda al dueño:

—¡Hola, Henri!

Sienta a Sandrine en una silla y le dice:

—Espera aquí.

Luego vuelve a salir.

Sandrine se encuentra incómoda, nunca antes ha entrado en una taberna. Es más, nunca había estado sola en ningún lugar.

En las mesas hay gente fumando en pipa, tomando café, hablando y leyendo el periódico. En una de las paredes, la más grande, estucada en blanco, han pintado un gorro rojo y debajo de él se lee: «Libertad, Igualdad y Fraternidad».

Algunos clientes la miran de reojo. Uno de ellos, un tipo robusto, ni siquiera se molesta en ocultar su interés, y la observa abiertamente, el ceño fruncido. ¿Por ser una chica? No es la única, en la esquina hay una mujer, inclinada sobre la mesa leyendo un periódico con atención.

Nadie está sentado como lo está ella, con la espalda tan recta.

Tal vez debería hacer lo que los demás. Imitando a la mujer, Sandrine coloca un codo en la mesa, apoya la cabeza en su mano y coge el primer periódico que encuentra. Es «El Amigo del Pueblo», de Marat, pero no lo lee. De reojo observa a los demás sin perder de vista la puerta.

Maurice vuelve un poco más tarde. Le hace un gesto a Sandrine y, aliviada, sale a la calle.

—He visto el registro de la prisión —dice—. Tus padres y tu hermana han estado allí.

Sandrine le mira llena de presentimientos angustiosos. No se atreve a formular la pregunta que tanto desea hacer.

—Están muertos —anuncia Maurice.

—No —susurra Sandrine—. No te creo.

—¿Tu hermana se llamaba Michelle? ¿Y tu madre Madelon? ¿Y tu padre Sebastien?

Sandrine está a punto de marearse.

—¿Y Julie? —susurra.

—Su nombre también estaba en la lista —afirma Maurice, su cara blanca como el papel.

—Pero… pero… Julie no había hecho nada malo. Quiero decir, ella no tenía sangre noble —masculla.

—No habrá querido renegar de tu familia.

Aturdida, Sandrine camina como un autómata. La luz no entra en estas estrechas calles. Solo cuando llegan junto al Sena les llega el sol. Sin embargo, Sandrine no para de tiritar.

En la calle de Francs-Bourgeois Maurice pasa de largo delante de la tienda. Abre una pequeña puerta que da a un callejón, a través del cual se accede a la parte posterior de la vivienda. En el patio hay muchas cuerdas donde está tendida la colada. Margot está colgando una sábana al tiempo que maldice a las palomas que no paran de ensuciar la ropa limpia con sus excrementos. Se calla inmediatamente al ver la cara lívida de Sandrine.

Interroga con la mirada a Maurice, que con la cabeza asiente.

—Ven aquí.

Margot abraza a Sandrine y la conduce a la cocina. Philippe entra en el patio y aunque Margot le hace un gesto con la mano para que se vaya, este no le hace caso. Margot sienta a Sandrine en una silla y le sirve un poco de vino con especias.

—Bébete esto.

Sus dientes castañetean en la taza mientras Sandrine se lo bebe, tiritando.

—No todo el mundo está de acuerdo con lo que ha sucedido —dice Margot— Ni mucho menos. Los que estaban en la Abbaye, esperando a los prisioneros, eran pura escoria. La mayoría de los parisinos está avergonzada.

—¿Cómo puedes decir eso? —reprocha Philippe agitado—. Cuando por fin ocurre algo, tú dices eso. Por lo menos los jacobinos se atreven a tomar medidas.

—¿Sí? Pues a mí me da vergüenza —dice Margot.

—Los que estaban en la cárcel lo estaban por su propia culpa —insiste Philippe.

—¿Cómo Julie, por ejemplo?

Philippe no contesta.

—Sandrine se queda con nosotros todo el tiempo que sea necesario —advierte Margot.

Mira a Philippe sin parpadear. Este le devuelve la mirada, pero es el primero en bajar los ojos.

Sandrine contempla las baldosas del suelo y se pregunta si algún día dejará de temblar.

8

DE noche Sandrine se despierta aterrorizada; está empapada en sudor. Todo está a oscuras. Ha tenido una pesadilla espantosa, pero, lo que es peor, todo lo que ha soñado ha ocurrido de verdad. Sus padres y Michelle han muerto. Julie ha muerto. Asesinados por el populacho.

Sandrine empieza a temblar de nuevo. No tiene ni idea de la hora que es, pero no se atreve a quedarse dormida de nuevo.

Después de oír al sereno hacer un par de rondas, acaba dormitando. Cuando de nuevo se despierta, la luz del amanecer ya se filtra a través de las contraventanas.

Sandrine no quisiera abrir los ojos. Nuevamente le invade un sentimiento de la más profunda e interminable miseria. Durante un buen rato se queda inmóvil, mirando las vigas, intentando recobrar el suficiente valor para levantarse.

Ayer, cuando Margot supo que habían asesinado a Julie junto a la familia De Billancourt no dijo mucho. Consolaba a Sandrine con un largo abrazo. Y desde ese mismo instante dejó de dirigirse a ella como *mademoiselle*, llamándola simplemente Sandrine.

Luego subió para arreglar la buhardilla para ella.

Sandrine se quita las mantas de encima y se sienta en el borde de la cama. Su habitación es pequeña y tiene el techo inclinado.

No hay más muebles que la cama y un armario. La cama está

limpia, pero es dura. Le sorprende haberse quedado dormida enseguida.

En una silla hay una falda marrón con un corpiño blanco. Su ropa ha desaparecido.

Sandrine se levanta de un salto. ¿Dónde están las joyas de su madre? Las llevaba en unas bolsas bajo su falda, pero su vieja falda ya no está. Busca las joyas en el armario. No, no están. Un sentimiento de incredulidad y de enfado le invade. «¿Quién lo hubiera dicho de Margot? ¿O habrá sido Philippe…?», piensa, cuando de pronto ve una caja de madera encima de una balda del armario. La abre y allí están: las sortijas y la pulsera de su madre y también el dinero que llevaba consigo.

Avergonzada, saca las joyas de la caja. Se las pone todas. Sandrine contempla las piedras de las sortijas que brillan a la luz que entra por el ventanuco del techo. Hace girar la pulsera en su muñeca. Qué fácil es imaginársela en la de su madre. Luego se pone la falda con el corpiño blanco. Le cuesta cerrarla, aunque finalmente lo consigue. Las joyas desentonan con la sencilla tela marrón y la escarapela blanca que lleva prendida. Sandrine se quita las joyas y vuelve a colocarlas en la caja. Antes de bajar se pone la gorra blanca que encuentra en la silla.

Sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Baja las escaleras despacio. La falda es bastante más corta que de costumbre y deja ver sus tobillos. «Si madre me pudiera ver…».

Sandrine baja los últimos escalones y entra en el cuarto de atrás. Huele a la cena de anoche. No sabe qué hacer. Echa un vistazo en la sala. Philippe está sentado en un banco junto a la chimenea, el pelo lo tiene todo enredado; tiene cara de dormido.

Mira a Sandrine, pero no dice nada.

Maurice aún no se ha quitado el gorro de dormir. No lleva más que unos pantalones largos y un camisón, bosteza y se rasca el trasero a la vez. Sin decir palabra se deja caer en una silla.

—¿Has dormido bien? —le pregunta.

Sandrine no contesta.

—¿Tú qué crees, *pa*? —suena la voz de Philippe, ronca por el

sueño—, ¿qué habrá conseguido pegar ojo?

—Un poco, sí —contesta Sandrine.

Pierre entra en la sala y saluda:

—Buenos días, Sandrine —con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Dónde está mamá? Tengo hambre.

—Ha ido a por pan.

Maurice mira por la ventana.

—Me pregunto por qué tarda tanto. Hace rato que ha salido.

Cuando Margot finalmente vuelve, Maurice y Philippe llevan ya mucho tiempo trabajando en el taller.

—He tenido que hacer cola durante horas —dice entre dientes —. Horas. ¡Esto es lo único que he conseguido!

Coloca un trozo de pan en la mesa.

—Tengo hambre —dice Pierre—. ¿Me das un poquito?

Margot corta una cebolla.

—Toma.

Pierre le hinca los dientes inmediatamente, pero Sandrine lo deja pasar. Pierre observa a Sandrine pensativo.

—¿Quién es? —pregunta.

—Es Sandrine, y se va a quedar a vivir con nosotros durante algún tiempo —indica Margot.

—¿Cómo? —Philippe mira indignado a su madre, y ella le devuelve la mirada.

—¿Sandrine, qué más? —pregunta Pierre.

—Lambertin. Sandrine Lambertin —responde Margot.

—Así que es mi hermana —dice Pierre riéndose.

—Es tu prima, y ha venido desde Tours.

Philippe no da crédito a lo que está oyendo y mueve la cabeza incrédulo.

—Es muy importante que todos digamos lo mismo —dice Margot en serio.

—Claro que sí. Si queremos evitar que acaben paseando nuestras cabezas encima de unas picas —responde Philippe sarcástico.

Sandrine no aparta la mirada del pedazo duro de pan oscuro.

—Puedes mirarlo todo el día, pero no se va a convertir en un

bollo —dice Philippe con odio.

Aparta la silla de la mesa y abandona el cuarto. Cierra la puerta dando un portazo.

Sandrine hace migas del pan. Con sus dedos las mete en la boca y mastica mucho, sin que nadie se dé cuenta. Los demás ya han terminado su ración. Maurice desaparece hacia el taller de la zapatería, Margot hacia la cocina. Más tarde Sandrine ve cómo Margot empieza a cortar leña en el patio.

De repente el cuarto se queda muy tranquilo. Sandrine lo examina y su mirada se cruza con la de Pierre que la estaba observando.

—No eres mi prima, ¿verdad?

Sandrine no sabe qué decir…

—Bueno, no importa. ¿No tienes casa?

—No.

—¿Ni padre ni madre?

—No.

—¿Y hermanos?

—No, tenía una hermana.

—Yo también tenía una hermana —dice Pierre.

Sandrine apenas le escucha. Tiene un dolor de cabeza espantoso. Apoya su codo en la mesa y con sus dedos se restriega la frente. Intenta evitar con todas sus fuerzas ser arrastrada por las oleadas de dolor que la invaden.

—Bueno, ahora sí que tienes un hermano —dice Pierre intentando consolarla.

Sandrine sonríe, a pesar de sus lágrimas.

—¡Pierre! —grita Margot desde el patio—. Ha venido el aguador.

—Tengo que ayudar a mamá, tengo que ir a por agua.

Pierre se levanta y corre hacia la cocina para coger el cántaro.

Sandrine sigue a Pierre con la mirada. De repente se da cuenta de que Pierre ha mencionado haber tenido una hermana. Se levanta y se acerca lentamente al patio donde Margot sigue cortando leña. El ruido del hacha resuena en el patio.

Sandrine mira las altas paredes. En las verjas de hierro forjado de los balcones hay cuerdas donde se seca la ropa. Las contraventanas están cerradas. Es como si las paredes la encerraran.

Cada vez más cerca, y más cerca. Se abalanza sobre ella. Se marea…

He repente siente una mano en su espalda. Se da media vuelta y ve la cara preocupada de Margot.

—Creo que deberías empezar a hacer algo —sugiere.

Sandrine la observa sin comprender lo que dice.

—No puedes estar todo el día sin hacer nada. Ven conmigo.

Le pone un brazo alrededor de sus hombros y la lleva a la cocina. Allí está todo patas arriba. Por todos lados hay ropa que desprende olor a humedad. Jadeando y sudando, Pierre entra con el pesado cántaro lleno de agua.

—Eso es agua potable —indica Margot—. El agua para lavar la recogemos de la fuente municipal.

Margot echa agua a un perol grande colgado sobre el fuego.

—Dime qué quieres hacer, ¿ir a por agua o hacer la colada?

Sandrine supone que Margot está hablando con Pierre. Se sorprende cuando la mira a ella. ¿Tener ella que lavar esa ropa sucia? No hablará en serio.

—Bien, Sandrine va a hervir agua para lavar la ropa —decide Margot—. Pierre, tú y yo vamos a por agua a la fuente.

—¿Y luego puedo ir a ver a Jean?

—Sí, en cuanto hayamos acabado —dice Margot, echando a Pierre de la cocina.

Sandrine mira el perol de hierro. Justo en ese momento el agua empieza a borbotear. Margot vuelve con un cubo de agua y lo añade al caldero. Clasifica la ropa y empieza a meterla en el perol.

—Hiervo lo que está realmente sucio, el resto lo lavo siempre en el Sena —dice, mientras que alcanza un palo gordo a Sandrine—. Lo malo es que hay que hacerlo sin jabón, porque ya no se consigue. Mira, con esto puedes remover la ropa.

Su voz suena igual que la de Corine, el ama de llaves de Poissy dando órdenes a las criadas. En cuanto Margot se da la vuelta,

Sandrine pone el palo en el suelo y abandona la cocina.

Sube las escaleras. Coge su dinero y las joyas y los esconde debajo de su falda.

—Sandrine —la llama Margot desde abajo.

Sandrine no contesta. Lentamente baja las escaleras.

—¿Qué piensas hacer? —los ojos de Margot muestran alerta.

—Me voy a casa.

—¿A tu casa?

—No a la de París, sino a nuestro castillo en la Touraine.

—Y dime, ¿cómo piensas salir de la ciudad?

—Ya encontraré una manera.

—Sandrine, escúchame —Margot la coge por el brazo—. En la puerta de la ciudad detienen continuamente a aristócratas que van disfrazados de mendigos, de criadas, escondidos en carros…

No tienes la más mínima posibilidad.

Sandrine se suelta con fuerza.

—¿Y qué quieres que haga? No me puedo quedar aquí. Soy un riesgo para vosotros.

—¿Es solo por eso?

—Sí, claro. ¿Es que no es así? ¿Acaso no represento un riesgo para vosotros?

—Sí, sobre todo si huyes continuamente de todo lo que no te gusta…

—A mí nadie me trata como a una criada —se le escapa a Sandrine.

—Yo no te trato así. Pero el que vive en esta casa tiene que atenerse a las normas. Y eso significa trabajar. Quien no trabaja no come.

Sandrine saca algunas monedas.

—Puedo pagar.

—Eso no es el problema —dice Margot con calma—. No seas tonta y no vayas ahora a la puerta de la ciudad. Si de verdad quieres salir de París, espera a que se relajen los controles.

No le falta razón y Sandrine se queda pensativa.

Margot vuelve a la cocina y empieza sus tareas. Por la pequeña

ventana del cuarto de atrás Sandrine observa a Pierre, que está cortando leña.

—Mamá —suena la voz de Pierre con orgullo—. He cortado toda la leña. ¡Mira cuánta!

—Eres un muchacho estupendo —le premia Margot.

Haciendo un gran esfuerzo, Pierre lleva la cesta de leña a la cocina y la deja caer en el suelo de baldosas. Sandrine se apoya en el marco de la puerta.

—Cómo pesa —dice Pierre—. ¡Pero puedo yo solo!

Sandrine sonríe. Observa las manos rojas e hinchadas de Pierre.

El agua en el perol está hirviendo. Sandrine se acerca a la chimenea, coge el palo y remueve la ropa una y otra vez.

Margot sigue sin decir palabra. Después de un rato le enseña a Sandrine la forma de sacar la colada del agua sin quemarse las manos.

—Lo peor ya se habrá quitado —dice Margot—. Esta tarde iremos a enjuagar la ropa en el Sena.

Sandrine se queda callada.

Después de comer, Margot pone la colada en una cesta.

—¿Vas a jugar con Jean? —pregunta a Pierre.

—Sí, vamos a jugar a las tabas.

—¡Pórtate bien! ¿De acuerdo?

De un tirón Margot levanta la pesada cesta del suelo. Con la cara roja como un tomate, lleva la colada pesada y mojada. Sandrine la sigue con la mirada. De repente se da cuenta de que Pierre la está observando. Gira la cabeza, pero Pierre no quita los ojos del callejón donde aún se oye el sonido lejano de los zuecos de su madre. Hace ademán de seguirla, pero Sandrine se lo impide.

—Vete a jugar a las tabas, yo ayudaré a tu madre.

Sandrine sigue a Margot. Ella no muestra ni sorpresa ni gratitud cuando Sandrine coge una de las asas de la cesta.

Juntas se acercan al Sena y Margot empieza a trabajar inmediatamente. Sandrine mira. Los gritos y las risas de las mujeres, mezclados con el ruido de sus palos sacudiendo la ropa, llegan muy lejos por encima del agua. Algunas mujeres están sentadas en

taburetes, otras, arrodilladas en los bancos de arena del río.

—Yo no tengo eso —dice Sandrine.

—¿Un palo? He traído dos.

Margot busca en la cesta y saca un palo de entre las ropas.

Sandrine se arrodilla en la arena y observa cómo trabaja Margot. Luego coge el palo y con toda la fuerza que lleva dentro bate las sábanas. El trabajo es muy pesado, pero no se detiene hasta que la cesta está completamente vacía, y tarda un buen rato. Cuando ha terminado se levanta con la espalda dolorida. Su vestido está empapado, se le pega al cuerpo.

—Ya está —suspira Margot aliviada. Camina junto al río, las manos en los riñones, estirando su espalda. Charla con algunas mujeres que, como ella, han terminado de lavar. Curiosas, observan a Sandrine. Sandrine oye mencionar su nombre, así como las palabras «prima» y «Tours». Las mujeres la saludan y sonríen.

Sin acercarse en ningún momento a ellas, Sandrine devuelve la sonrisa. Se aparta un mechón de pelo de la cara y lo esconde bajo su gorra. Se siente sucia y descuidada.

«Si madre me viera así», piensa de repente.

Mientras su mirada se pierde hacia la otra orilla del Sena, los ruidos que la envuelven se van haciendo cada vez menos audibles. Hay un carro, pero Sandrine ve una carroza. También ve a su madre y a Michelle, con sus faldas anchas y sus pelucas empolvadas. Michelle… Recuerda la primera vez que Michelle llevó peluca en una cena elegante. Ella era todavía demasiado joven y no paraba de reírse de Michelle. Estaba irreconocible.

—¡Yo jamás llevaré peluca! —decía.

Y ahora parece ser que lo que dijo se va a cumplir.

—¿Sandrine? —dice Margot con preocupación.

Despistada, Sandrine levanta la mirada.

—¿Vienes?

Sandrine asiente con la cabeza y sigue a Margot hacia casa.

Está tan agotada que casi no puede levantar el cesto de la ropa mojada. Cuando por fin llegan a casa, le duele tanto la espalda que apenas consigue estirarse.

Sandrine entra a trompicones.

—¿Por qué no te sientas un rato? —sugiere Margot, mientras empieza a colgar ropa hasta llenar el patio. El cuarto de atrás se queda a oscuras. Aún cuelga más ropa en la cocina así como en el cuarto de atrás. La ropa huele a tierra del Sena y hace que se forme vaho en las ventanas.

Durante la cena, Sandrine está tan agotada que la comida no le sabe a nada. La cuchara encuentra su boca automáticamente.

Cómo le apetecería un baño caliente, con aceites perfumados y quedarse flotando durante horas…

¿Dónde se lavarán los Lambertin? ¿En la cocina? Se estremece al pensar en la falta de privacidad. Cualquiera puede entrar en la casa sin más.

—¿Qué te pasa? —pregunta Maurice.

—Estoy tan sucia —dice Sandrine—, ¿dónde podría lavarme?

—En el barreño —dice Maurice—. Una vez a la semana nos bañamos todos en el barreño. Pero si quisieras bañarte esta…

—Una vez a la semana —le interrumpe Margot—. Eso quiere decir dentro de dos días. ¿Qué crees que cuesta calentar toda esa agua?

Maurice asiente, Philippe se ríe.

En cuanto anochece, Sandrine se retira a su cuarto. Le duelen los brazos y las piernas y tiene agujetas. Se acurruca entre las sábanas. La única ventaja de tanto bregar es que se duerme enseguida.

9

SANDRINE se despierta a media noche. Se queda mirando el techo, los ojos abiertos de par en par. En su cabeza resuenan retazos de una conversación. Recuerda la expresión de espanto en la cara de Julie: «¡*Mademoiselle* Sandrine, venga deprisa!».

Escucha la voz aguda y angustiada de su madre: «¡Vienen a por nosotros!».

«Por toda la ciudad están deteniendo a los aristócratas y se los llevan en carros».

«Barón, tiene que huir, todos ustedes también, ¡rápido!».

«Vaya a ver a esa gente en la calle de Francs-Bourgeois, a la familia Lambertin».

Y luego los golpes en la puerta, los chillidos y el grito agudo de Michelle cuando los soldados la cogen… Y ella, inmóvil, escondida en ese armario. ¿Debería haberse ido con ellos? ¿Hubiera sido mejor? Al menos hubieran estado juntos hasta el final. Pero ahora estaría muerta.

—Ya no hago más ese trabajo —dice Sandrine, cuando baja y se encuentra con la familia al día siguiente—. Me duele la espalda. Y mirad cómo tengo las manos…

Margot examina las manos estiradas de Sandrine. Los nudillos

están rojos y la piel está agrietada.

—Tengo un remedio para eso.

Margot saca un bote del armario y lo abre. Contiene una sustancia grasa de la cual emana tal peste, que Sandrine, asqueada, da un paso atrás.

—Funciona —insiste Margot, pero Sandrine se niega a usarla—. Tú sabrás.

Margot vuelve a cerrar el bote y lo deja en el armario. Sandrine se frota las manos agrietadas. La piel está muy seca y le tira.

«Ya se curarán», piensa. «Tendré que evitar mojarme las manos».

Irritada, aparta la ropa que aún está colgada en el cuarto de atrás y se va hacia la salita. Se asusta cuando alguien llama a la puerta de la cocina, que se abre un instante después. Una mujer delgada con el pelo largo y canoso entra en la cocina. Lleva un huevo en la mano. Observa a Sandrine con curiosidad. Inmediatamente después aparece Margot.

—¿Y quién es esta? —pregunta la mujer.

—Es mi sobrina de Tours —contesta Margot.

—¿Tu sobrina? —parece extrañada.

—Gracias por el huevo, Jeanne —dice Margot.

—Estamos en paz. Me lo habías prestado —responde Jeanne, y dirigiéndose a Sandrine le pregunta—: ¿Cómo te llamas, muchacha?

Margot se adelanta:

—Se llama Sandrine. Es la hija de Jacques, el hermano de Maurice.

—No me digas —dice Jeanne, examinando a Sandrine con mucho interés.

—¿No es muy fina para ser hija de Jacques?

—No sabía que conocieras tan bien a Jacques —dice Margot—. Que yo sepa, no le has visto nunca.

—No, pero me han hablado mucho de él —responde Jeanne.

Margot alza las cejas.

Sandrine esconde las manos detrás de la espalda. Aunque haya estado lavando ropa una tarde, todavía no tiene manos de trabajadora.

—Sandrine, ¿podrías ir a recoger a Pierre? Tiene que hacerme un recado —dice Margot, alertándola con los ojos.

Sandrine asiente con la cabeza. Y no se da prisa en volver.

Cuando regresa con Pierre, Jeanne ya se ha ido.

—Qué mujer tan cotilla —refunfuña Margot—. Ya va siendo hora de que hagamos algo contigo.

Sandrine mira sus uñas rotas.

—Si padre me viera así… —dice en voz baja.

—*Pa* —dice Margot.

Sandrine la mira asombrada.

—Si tu *pa* te viera así —la corrige Margot. Pronuncia la palabra «pa» con el acento de París, suena muy fuerte—. Repítelo.

—*Pa* —dice Sandrine.

Margot niega con la cabeza.

—Demasiado educado. Venga, seguro que sabes hacerlo mejor.

—*Pa* —repite Sandrine, imitando a Margot.

—Mejor. Repítelo más veces.

Margot se levanta y vuelve a sus quehaceres. Sandrine permanece sentada.

—*Pa* —masculla—, pa.

La palabra resuena en su cabeza: pa, pa, pa…

Sandrine sube corriendo las escaleras, hacia su habitación en la buhardilla… Cierra la puerta de un portazo y se deja caer en la cama. «Pa, pa, pa…».

Ya es mucho más tarde cuando Margot entra en su habitación sin hacer apenas ruido. Se sienta en el borde de la cama y esta cruje. Sin decir palabra acaricia el pelo de Sandrine. Al cabo de un buen rato Sandrine se da media vuelta y con cara de haber llorado mira a Margot. Margot le coge la mano.

—¿Bajas conmigo? —pregunta.

Sandrine accede. Con el dorso de la mano se restriega los ojos y sigue a Margot escaleras abajo. El resto del día permanece callada y se dedica a diferentes tareas domésticas. Durante la cena, que consiste en sopa aguada, Sandrine escucha con atención a los demás. Utilizan palabras que no conoce, y a veces le es difícil seguir la

conversación. Ella misma no dice gran cosa, pero cuando alguien le hace alguna pregunta intenta no usar su francés educado.

Con el paso del tiempo se va dando cuenta de que empieza a dominar el dialecto de París. Los días pasan de forma monótona Sandrine descubre que es mejor estar ocupada para superar el tedio de las interminables horas y recuerdos dolorosos. Durante gran parte del día Margot y ella se dedican a intentar resolver el problema cotidiano de conseguir algo de comer. Además, necesitan madera para encender el fuego, ya que el carbón es demasiado caro. Siempre queda colada por hacer, así como muchas otras tareas domésticas. Las manos de Sandrine son cada vez más ásperas, está más delgada y su estómago le pide continuamente comida.

Es consciente de que Margot la observa. De vez en cuando Margot le sonríe y, como no sabe muy bien cómo reaccionar, hace lo mismo.

Por la noche Sandrine se desvela a menudo. Entonces se pone la pulsera y las sortijas de su madre e imagina que vuelve a su casa. Está en su propia cama, en su habitación y escucha la voz de Julie cuando viene a vestirla. Otras veces huele el humo del tabaco de su padre. Sonríe hasta despertarse del todo.

La familia real ha sido encarcelada en la fortaleza del Temple y la noticia va de boca en boca. Por lo que cuenta Philippe, Sandrine entiende que en el nuevo gobierno, que se llama «La Convención», hay dos partidos: los jacobinos y los girondinos, y que estos discuten sobre cómo debe continuar la Revolución. Aunque a Maurice no le agrada, Philippe abandona a menudo el trabajo en el taller para participar en las reuniones de los parisinos revolucionarios, los *sans-culottes*, bajo el liderazgo de Jean Paul Marat, quien los representa en La Convención.

—Cada vez somos más fuertes, más poderosos —cuenta Philippe durante la comida. Sus ojos brillan de entusiasmo, como siempre que habla de Marat—. Los girondinos se oponen a que nosotros, los *sans-culottes*, tengamos voz y voto; sin embargo, los

jacobinos nos escuchan. Robespierre ha dicho que ellos nos necesitan a nosotros, el pueblo, y que defenderán nuestros intereses en cuanto obtengan el poder.

—Entonces, Robespierre puede estar contento, porque todo París apoya a los jacobinos —dice Maurice.

—La Convención ya no puede negar la existencia de los *sans-culottes* —dice Philippe satisfecho—. Y si los girondinos nos utilizan, no durarán mucho tiempo en el gobierno.

—En eso puede que tengas razón —afirma su padre—. Por lo menos una cosa han entendido bien esos jacobinos: que nunca debe ser ignorada la voluntad del pueblo.

—Todo eso está muy bien, y yo apoyo a los *sans-culottes*, pero no entiendo por qué tenéis que llevar esas pintas —dice Margot.

Repasa el aspecto de su hijo mayor con desprecio. No se ha afeitado ni lavado y lleva la ropa raída, un chaleco y unos pantalones de rayas desgastados. Pantalones largos, en vez de los elegantes pantalones a media pierna de los nobles.

—Si por Marat fuera, andaríais medio desnudos por las calles y estaríais llenos de piojos rascándoos todo el día —afirma Maurice, reforzando lo dicho por su mujer—. ¿No es posible ser buen patriota y lavarse a la vez?

—Yo también voy a ser un *sans-culott*e —grita Pierre.

—Ah si, ¿vas a dejar de afeitarte? —se ríe su padre.

—No te burles de él. Será un *sans-culotte* estupendo. Ya me encargaré yo —dice Philippe decidido.

—Sí —afirma Pierre entusiasmado.

—Tú te vestirás como es debido. De eso me encargaré yo —le avisa Margot.

Sandrine se ha perdido gran parte de la conversación. En su cabeza ronda un solo nombre: Marat. El hombre responsable de la muerte de sus padres, de la de Michelle y de Julie. Un hombre repugnante, con las piernas arqueadas y la cara delgada y pálida. Ha leído su periódico, *El Amigo del pueblo*, y ahora entiende que ha sido Marat quien ha azuzado al pueblo para que asesinasen a los aristócratas, argumentando que, de no hacerlo, la aristocracia habría

conspirado para escaparse de la cárcel y habría acabado con la Revolución. El pueblo de París marchó a las cárceles cegado por la ira. En las prisiones de la Abbaye, así como en la Force, en la Salpêtriére, en la Conciergerie, y finalmente en Bicètre, más de mil cien prisioneros han sido asesinados.

—¿Sandrine? —la llama Maurice.

Sandrine se sobresalta al oír su nombre.

—Ven un momento al taller. Estoy haciéndote unos zuecos, están en el torno.

—¿Zuecos?

—Sí, tus zapatos están rotos. En otoño te serán más útiles unos buenos zuecos.

Sandrine le sigue al taller.

—Mira —dice Maurice, y coge un par de zuecos. Distraídamente pregunta—: ¿Qué tal estás? ¿Te vas acostumbrando a vivir con nosotros?

Sandrine se encoge de hombros.

—Entiendo que no es nada fácil para ti.

Maurice le da una palmadita en el hombro.

—Margot se esfuerza para que te encuentres como en tu casa.

Sandrine se prueba los zuecos. Son duros y pesados.

—Colocaré un trozo de cuero suave en el empeine, así te dolerán menos los pies. Esta tarde los terminaré.

Un hombre grande entra en el taller. A Sandrine la cara del hombre le resulta familiar.

—Hola, Maurice. Vengo a recoger mis zuecos.

—Hola, Gaston. ¿Qué tal? —le saluda a su vez Maurice—. ¿Tienes un momento?

Sandrine se queda de una pieza. Gaston. ¿No es ese el hombre que las ayudó a Julie y a ella cuando encontraron a Pierre? Maurice sigue inclinado sobre el zueco. Cuando levanta la mirada, Sandrine le mira fijamente. Con sus ojos señala a Gaston. Maurice muestra sorpresa, pero luego frunce las cejas. Con un movimiento de la cabeza le indica a Sandrine que vuelva a la casa.

Demasiado tarde.

—¿Y quién es esa señorita? —suena la voz alegre de Gaston.

Maurice se incorpora.

—Gaston…

Maurice se esfuerza en reír.

—Te presento a mi sobrina, Estará con nosotros algún tiempo.

—Ah sí, ¿por qué?

Gaston saluda a Sandrine.

—Hola, soy Gaston Bourrier. De profesión herrero. Y tú te llamas…

—Eh… Sandrine —contesta Sandrine.

Si hubiera podido dar otro nombre. Pero Margot ya la presentó así a Jeanne. ¿La habrá reconocido Gaston? Angustiada, mira al hombretón que tiene delante.

Él la observa con interés.

—¿Sandrine? Bonito nombre.

Maurice empuja suavemente a Sandrine.

—Sandrine, quizá deberías ayudar a Margot. No ibais a…

—Hacer la colada —afirma Sandrine.

—Eso, hacer la colada. Date prisa.

—¿Más ropa que lavar? —resuena la voz de Gaston— Acabo de pasar por atrás y todo el patio estaba lleno de ropa tendida.

No paráis de lavar. Ja, ja, ja. Oye, muchacha, espera un momento. Me suenas de algo.

Sandrine le mira tímidamente.

—Me tengo que ir. Margot me espera.

—Sandrine, Sandrine… ¿dónde habré oído yo ese nombre? ¿Seguro que no nos hemos visto nunca?

—No, seguro que no…

—Es de Tours —la ayuda Maurice—. Así que me parece imposible.

—Vaya, eso queda muy lejos —afirma Gaston—. Anda, vete a ayudar a Margot. Parece que casi no puedes esperar. ¡Qué bien, una sobrina tan hacendosa!

Se ríe con ganas.

Sandrine se quita los zuecos. Con sus zapatos viejos en la mano

entra en el pasillo. A oscuras se los pone y, conteniendo la respiración, escucha el diálogo entre Maurice y Gaston. Es sobre todo Gaston el que habla, pero no de ella.

—¿Has oído? Han arrestado a más aristócratas. Fíjate, estaban ya casi en la frontera cuando fueron descubiertos. Ayer por la noche los trajeron a París. Era un tal conde de Charolais o algo así, con su mujer y sus hijos.

Sandrine aguza el oído. En cuanto Gaston sale, vuelve para hablar con Maurice. La tienda está vacía y él está inclinado sobre un zueco a medio terminar.

—¿Qué ha dicho Gaston? ¿Han detenido a más aristócratas?

No puede evitar que su voz tiemble.

Maurice levanta la vista.

—Sí. Parece ser que anoche trajeron a un conde y a su familia a París.

—¿Cómo se llaman?

—¿Qué cómo se llama el conde? Pues no sabría decirte exactamente. ¿Por qué?

—¿De Charolais? —insiste Sandrine—. Creo que he oído mencionar ese nombre.

—De Charolais…, sí, creo que sí —Maurice la mira atentamente—. ¿Los conoces?

—Si —Sandrine está pálida.

—Son amigos de mis padres.

—Oh.

—A ti todo esto no te importa nada, ¿verdad? Total, unos pocos aristócratas —dice Sandrine con voz trémula.

—No es verdad. Yo no quiero la sangre de esa gente —contesta Maurice tranquilamente.

—No, ¡pero tampoco te quita el sueño! —exclama Sandrine.

Encaminándose hacia el pasillo, coge una toquilla y sale a la calle atravesando la tienda.

—¡Sandrine! ¿Adónde vas? —grita Maurice.

Sandrine no contesta. Camina rápidamente en dirección al Sena. No debería ser tan difícil averiguar si son los amigos de sus padres o

no. Seguro que están registrados en alguna parte.

Empieza por la cárcel más cercana: la Conciergerie en la Ile-de-la-Cité. Pero una vez ha llegado delante de los altos muros se detiene. Es normal que la gente venga a consultar los registros de la prisión, tiene derecho a ello, pero ahora que está a punto de meterse en la boca del lobo, Sandrine tiene miedo. Agitada, pasa una y otra vez delante del campanario cuadrado. Los transeúntes la miran de soslayo. Ahora tiene que tomar una decisión: entrar o irse.

Se marcha.

De la otra margen del Sena llega un tamborileo amenazador que no ha cesado en todo el día. Arrecia a medida que se acerca a la plaza de Carrousel.

Aunque no quiere ir, algo la empuja. Como si hubiera perdido el control sobre sus piernas que, automáticamente, la llevan por el Quai de l'Horloge, cruzando el Pont Neuf hacia los jardines reales del palacio de las Tullerías, al otro lado del Sena. El tamborileo se aproxima. Tan cerca está, que hasta es capaz de distinguir gritos de júbilo.

Rodea las Tullerías para entrar en la atestada plaza de Carrousel, donde una plataforma destaca por encima de la multitud.

Allí hay una estructura extraña de madera con una cuchilla grande y oblicua. Sandrine no sabe lo que es, pero le produce escalofríos.

Junto al cadalso hay una fila de prisioneros, silenciosos y pálidos. Uno a uno son llamados por su nombre. Un muchacho joven es empujado al patíbulo. Suda terriblemente y cuando ve la enorme cuchilla empieza a gritar.

—¡No, no, misericordia!

El verdugo arranca el cuello de encaje de su chaqueta y le empuja hacia el tajo. Necesita a sus ayudantes para introducir la cabeza del joven en el agujero de la guillotina.

—No, señor verdugo. Espere. Quiero…

Chas.

La cuchilla oblicua baja zumbando. La cabeza del joven cae dentro de la cesta colocada delante del patíbulo. La sangre salpica y

la muchedumbre, fuera de sí, chilla enfervorizada. Y siguen las ejecuciones. En primera fila hay un grupo de repugnantes viejas haciendo punto. Cada vez que cae una cabeza las mujeres se levantan al unísono y piden a gritos un mechón de cabello.

En medio de toda esa gente, Sandrine observa incrédula lo que ocurre a su alrededor.

Cada vez que la cuchilla cae, ella baja la mirada. Una vez la levanta demasiado pronto y es testigo de cómo el verdugo muestra una cabeza a la gente que vitorea y chilla de alegría.

Sandrine examina a los hombres y mujeres que la rodean.

Viejos, jóvenes, niños… ¿Cómo es posible que todos se alegren tanto? ¿Cómo son capaces de mirar sin parpadear? ¿Acaso no es evidente que las personas que están siendo decapitadas no son criminales? A juzgar por la ropa que visten, todos ellos son aristócratas. Algunos son arrastrados hasta el patíbulo, otros suben sin ayuda. Unos pocos gritan «¡Viva el rey!» o cantan o hablan hasta que la cuchilla cae zumbando, pero la mayoría no es tan valiente. Se escuchan súplicas, gritos y peticiones de aplazamiento.

«¿Qué haría yo si estuviera en su lugar?», se pregunta Sandrine atormentada.

Horrorizada, reconoce a los amigos de sus padres: los condes de Charolais. Tienen dos niños pequeños, que también están en la cola. Para evitarles el espectáculo del decapitamiento de sus padres, les permiten pasar primero.

Sandrine no mira. Los niños lloran, llamando a sus padres.

Chas, chas.

Todo ocurre muy rápido. ¿No sentirán nada al morirse así?

Ahora le toca el turno a La condesa. La sigue su marido.

Chas.

Sandrine siente náuseas. Baja la cabeza y mira al suelo. Permanece inmóvil largo tiempo, hasta recuperar el control sobre sí misma. Luego levanta la cabeza con cautela. ¿Habrán terminado?

¿Podrá irse? No, la plaza sigue llena. Una chica joven sube los escalones hacia el cadalso. Sandrine no la conoce, pero debe de tener más o menos su edad. Esta vez se queda mirando, espantada. Los

ayudantes del verdugo apartan el cuello de la camisa de la chica. Tiene la espalda muy recta y mira por encima de la multitud que continúa enardecida.

Sandrine se estremece.

¡Michelle!

No, no es Michelle. El cabello de la chica es más oscuro y es más alta que Michelle. Sin embargo, Sandrine sigue viendo la cara de su hermana.

El verdugo coge a la chica del brazo y la pone de rodillas.

Con delicadeza coloca su cabeza encima del tajo. Sandrine se pregunta: «¿Cómo sería ver por última vez el cielo azul?, ¿cuál sería el último pensamiento…?».

Chas.

La cuchilla cae y suena un golpe sordo.

Traqueteando se acerca un carro, atestado de nuevos prisioneros. Todos tienen la cara de Michelle, de sus padres, de Julie.

Sandrine se seca las lágrimas. Por fin, llora, pero su llanto no le alivia. Se siente vacía y muy sola. Cuando se fija en la gente que la rodea se da cuenta de que no solo a ella le repugnan las ejecuciones.

Sandrine se abre camino entre el público. Sonámbula, vuelve a casa.

—¡Sandrine! —en cuanto entra en la cocina Margot se acerca a ella—. Maurice me ha dicho que te fuiste de repente sin decir nada. ¿Dónde has estado? Estábamos preocupados por si…

Cuando ve la cara llena de lágrimas de Sandrine, la abraza.

10

DESDE entonces Sandrine evita la plaza de Carrousel y las ejecuciones. Todas las noches se despierta, al menos una vez, siempre con la misma pesadilla: cómo acabaron con las vidas de su familia y de Julie. A veces sueña con el pasado. Sueña con las noches agradables, cuando la familia estaba reunida: las largas cenas, Michelle y ella, sentadas a la mesa, las espaldas rectas, riéndose en secreto de los invitados… Sueña con Poissy en verano…

Una noche se despierta de uno de estos sueños y no tiene ni idea de qué hora es. No le apetece nada abrir los ojos, no quisiera despertarse. Pero las imágenes soñadas se esfuman. El sentimiento de estar a salvo desaparece.

Sandrine se coloca de lado y aprieta su puño contra el estómago. Tiene hambre. La sopa aguada de anoche no ha podido acallar sus tripas. Lo único que siente es hambre. Es imposible volverse a dormir.

Pan…

Sandrine se sienta en el borde de la cama. La corriente que entra por la hendidura debajo de la ventana la hace tiritar de frío. Temblando, empieza a vestirse.

De repente ve a su madre sentada detrás de su tocador, mientras que una doncella empolva su peluca. Primero, con polvos normales, de los que se vendían en cajas, cuando aún se podían encontrar. Y

cuando ya era imposible conseguirlos, con harina.

¡Harina, fíjate!

Sandrine coge los zuecos en la mano y baja la escalera de puntillas. Se pone un abrigo gastado con capucha que le ha dejado Margot fuera pasa el sereno. Su voz monótona resuena en la calle:

—Son las cuatro, ciudadanos. Son las cuatro.

Sandrine abre la puerta de la cocina y entra en el patio, que está completamente a oscuras. Apenas hay más luz en la calle de Francs-Bourgeois. Hay alguna que otra farola que no produce mucho más que un pequeño haz de luz amarillenta.

Sandrine sale a la calle caminando deprisa, cruza la plaza Royale. En la calle de Birague se pone a la cola. Incluso a esta hora tan temprana hay gente que ha llegado antes que ella. La fila es tan larga que ya dobla la esquina hasta llegar a la calle de Faubourg Saint-Antoine. La gente, resignada y soñolienta, espera su turno. Algunos duermen de pie, pero en cuanto se mueve la cola no tardan en avanzar unos pasos. La fila avanza lentamente. Sigue siendo de noche. Sandrine avanza poco a poco hasta que entra en el haz de luz de una farola. Un poco más adelante, en la cola, una anciana encorvada la observa atentamente. Es la abuela Brillot, una vieja avispada, conocida en todo el barrio.

—¿No eres la sobrina del ciudadano Lambertin? ¿La sobrina de Tours?

Sandrine asiente con la cabeza.

—Creía que su hermano solo tenía hijos varones.

Sandrine no contesta.

—¿Te ha comido la lengua un gato, muchacha?

Sandrine está cansada y hambrienta. No está de humor.

—¿Acaso parezco un chico? —espeta.

La abuela Brillot se ríe.

—No, pero tampoco pareces una Lambertin.

—Creí que Maurice ya no veía a su familia de Tours —añade otra persona de la cola—. ¿No se había peleado con sus hermanos?

Es la vecina Jeanne. Lo que faltaba.

La cola se mueve lentamente hacia la tahona.

—Siga usted —dice Sandrine.

—¡Usted! —chilla Jeanne—. ¿Lo habéis oído?

Todo el mundo observa a Sandrine con desconfianza. Muy asustada, Sandrine se sube la capucha de su abrigo y mira hacia otro lado, esperando que la dejen en paz. Pero Jeanne se pone delante de ella. Empieza a disparar preguntas con tono amenazador.

—¿Por qué no te conocemos? ¿De dónde has salido así de repente? ¿Acaso eres una espía? ¿O una monárquica?

—¡No, no, de verdad que no!

A Sandrine le tiemblan las piernas.

Con las manos en jarras, Jeanne sigue insultándola.

—¡Es una aristócrata! ¡Una maldita aristócrata! ¡Cogedla! ¡Llevadla a los guardias, ellos sabrán qué hacer con ella!

De pronto un hombre fuerte se gira. Es Gaston. Observa a Sandrine. Luego dice con impaciencia:

—Mujer, cálmate. ¿No creerás de verdad que los Lambertin esconden a aristócratas? Su hijo es un buen *sans-culotte*. Conozco a la muchacha desde hace tiempo. ¡Hola, Sandrine!

Le guiña un ojo. Algo dubitativa, Sandrine le sonríe. Seguro que ahora la ha reconocido, ¿o aún no?

La algarabía disminuye. Jeanne sigue insultándola un rato mas, pero la gente ya no le presta atención.

A pesar del frescor del amanecer, Sandrine suda copiosamente. No se atreve a mirar a nadie a la cara. La calle aún está a oscuras. Detrás de ella la fila es ahora dos veces más larga.

Mucho más tarde, cuando el sol empieza a salir, a Sandrine le llega el turno. Al panadero Moulin solo le queda pan para Sandrine y para unas pocas personas más. Los demás tendrán que volver a casa con las manos vacías. Ya es de día y la desesperación y la cólera se reflejan claramente en los rostros hambrientos.

Sandrine esconde el pan debajo de su abrigo y se apresura a regresar a la casa. Hasta que no llega al patio no se tranquiliza.

Al entrar en la cocina oye las voces de la familia. Abre la puerta del comedor. Las voces la envuelven. Al parecer, Margot no ha conseguido pan. Philippe muestra su decepción maldiciendo.

Maurice parece abatido.

Sandrine intenta apoyarse en el marco de la puerta. Se encuentra muy rara, es como si flotara, tan ligera parece su cabeza.

—¿De dónde vienes? —Margot observa a Sandrine con asombro —. Pensaba que todavía estarías dormida.

Sandrine saca el pan de su abrigo. Le da el tiempo justo para dárselo a Margot antes de desmayarse.

Cuando se despierta se encuentra en el banco junto a la chimenea. Abre los ojos y solo ve caras de preocupación. Hasta Philippe parece estar asustado.

Pierre, arrodillado al lado del banco, gime:

—¿No se va a morir, verdad?

—Cállate, Pierre, ¿no ves que ha abierto los ojos?

—Deja al chiquillo —dice Maurice—. Se ha dado un susto de muerte.

Sandrine nota que Margot le acaricia la mano.

—¿Cuánto tiempo has estado haciendo cola? —pregunta.

La cara de Margot está muy cerca de la de Sandrine. Margot tiene los ojos grises y el rostro envejecido prematuramente.

—Más o menos desde las cuatro —susurra Sandrine.

Margot va a la cocina y corta un gran trozo de pan para Sandrine. Le pone un poco más de manteca de cerdo de lo habitual.

Las raciones normalmente se comparan, se miden con precisión, pero ahora nadie protesta.

—Me alegro tanto de que no estés muerta —dice Pierre cariñosamente—. ¿Tienes que quedarte acostada mucho tiempo, como Luison?

Sandrine quiere preguntar quién es Luison, pero la mirada perdida de Margot se lo impide. Pierre tiene aspecto de haber metido la pata y se aleja rápidamente al patio con sus tabas.

Sí, Luison, debió de ser la hermana. Y por la reacción de Margot no murió hace mucho. ¿Pero por qué nadie habla de ella?

Sandrine mira a Maurice, que vuelve al taller distraído, los hombros caídos. Philippe sigue a su padre, pero en el vano de la puerta se da la vuelta y se dirige a Sandrine.

—Esta noche hay una fiesta en el Palacio Real. ¿Te apetece venir?

Sandrine se sorprende ante una petición semejante y no sabe qué contestar.

—¿Quieres llevar a Sandrine a una fiesta? ¿Te has vuelto loco? —interrumpe Margot.

—No se debería mantener tan al margen de la gente. Así llama aún más la atención —argumenta Philippe—. ¿Qué me dices?, ¿te apetece?

—No —dice Sandrine.

—¿Por qué no?

—No tengo nada que celebrar. Y menos una fiesta en honor de la Revolución. ¿O acaso no se trata de eso?

—Sí.

—¿Y qué me ha traído de bueno a mí esa Revolución?

Philippe suspira.

—¿Cuántas veces tengo que explicarte que no tuvimos nada que ver con la muerte de tus padres? Eso fue obra del populacho.

—Fueron azuzados por Marat, eran *sans-culottes*. ¿Por qué siempre le echas la culpa a los demás? —pregunta Sandrine furiosa.

Philippe se defiende diciendo:

—¿No creerás que yo he estado en la puerta de la prisión con un hacha en la mano?

—Lo apruebas. Es lo mismo —insiste Sandrine.

Philippe ya no responde.

Margot se divierte observando a su hijo.

—¿Todavía te apetece llevar a Sandrine? —pregunta.

—Sí —dice Philippe— Quiero enseñarle lo que es la verdadera Revolución.

Suplicante, Sandrine mira a Margot.

—Acompáñale —indica ella.

Por la noche Sandrine y Philippe hacen el largo camino hasta el Palacio Real a pie. Sus jardines han sido abiertos al público. En las

galerías alrededor del jardín hay tascas y tabernas.

Como de costumbre, Philippe lleva un gorro frigio rojo. Es el distintivo de los jacobinos, el partido revolucionario que cada vez es más popular entre la gente de a pie, algo que ya ha aprendido Sandrine. Ella lleva un vestido sencillo de algodón, zuecos y una gorra blanca, decorada con lazos azules, blancos y rojos.

—Si vas a la fiesta, tienes que vestirte como las demás —había dicho Margot.

En los jardines del Palacio Real hay un ambiente agradable.

Nada más pasar la puerta, el estado de ánimo de Sandrine cambia. Es una noche bonita y las hileras de lamparillas de aceite difunden una luz alegre. Por todos lados hay gente riendo y charlando. Los dueños de las tabernas han colocado sillas y mesas en el jardín, la gente se saluda y bebe algo.

Es como si todo el mundo conociera a Philippe. Apenas llegan a una mesa, los detienen para saludarlos. Philippe devuelve los saludos amablemente y presenta a su prima, Sandrine, de Tours.

Sandrine se sienta al lado de Philippe en una rudimentaria mesa de madera.

—¿Te apetece tomar algo? —le ofrece Philippe.

Sandrine asiente con la cabeza.

Le sirve de una jarra un vino tan agrio que en nada se parece al exquisito vino de Borgoña que solía beber su familia. A pesar de todo, deja que Philippe le llene el vaso y toma un sorbo inmediatamente.

—Está bueno.

Philippe sonríe levantando su vaso.

—Por la Revolución.

Sandrine también levanta el suyo, pero de repente se asusta.

—¡Allí está Jeanne!

Philippe acompaña su mirada.

—Tranquila.

Sandrine no levanta los ojos de la mesa.

—¿Me ha visto?

—Si te comportas así, te verá. Venga, alegra esa cara.

Compórtate con normalidad —dice Philippe.

Aunque a disgusto, Sandrine obedece. Mira desafiante a Jeanne. La vecina parece sorprendida.

—Salúdala —sisea Philippe.

Sandrine la saluda, levantando la mano.

—Se está acercando —dice Sandrine nerviosa.

Philippe se levanta.

—Ven, vamos a bailar la Carmagnole. Hola, vecina.

Saluda alegremente a Jeanne llevándose a Sandrine. Jeanne no les quita ojo. Sandrine se esfuerza por sonreír, una sonrisa que Jeanne no devuelve.

—Venga, a bailar —anima a Sandrine.

—No sé cómo se hace. ¿Qué baile es este?

—La Carmagnole. Un baile nuevo, está bien, es salvaje. Haz lo que te dé la gana, porque todo está permitido.

Salvaje sí que es. Esto sí que es diferente de los pasos de baile comedidos que ella había aprendido. Bailando, Sandrine se queda casi sin aliento. Cuando por fin se deja caer exhausta y alegre en un banco de madera, ya no hay rastro de Jeanne.

Philippe observa las fachadas de las tabernas.

—Aquí es donde empezó todo. En estas tascas la gente se reunía y criticaba el antiguo régimen. Fue aquí donde Camille Desmoulins se subió a una mesa y animó a los demás para que denunciaran los múltiples abusos y que fueran a tomar la Bastilla.

Sandrine echa un vistazo a su alrededor, Todo el mundo lleva escarapela tricolor. La mayoría también lleva un gorro rojo, como Philippe. Hay tantos jóvenes como mayores, pero aquí no hay mujeres viejas y repugnantes, maldiciendo a diestro y siniestro, sino chicos y chicas de su edad. Hay mujeres con niños pequeños, padres jóvenes charlando y bebiendo. Sandrine ve a Gaston y le devuelve su saludo.

—Ese sí que es un hombre amable —dice.

—¿Gaston? Sí —afirma Philippe—. Además es un verdadero *sans-culotte*. Su hijo murió el invierno pasado. Ya tenía tres hijas cuando por fin nació el varón. Pero solo vivió unos meses, por falta

de dinero, de medicinas, de pan, de carbón y madera…

Sandrine observa a Gaston así como a todas esas personas a su lado que ríen y charlan alegremente. Sus caras parecen aún más pálidas a la luz de las lamparillas de aceite.

—¿Cómo es posible que aún puedan estar contentos? —pregunta en voz baja.

—Porque no han perdido la esperanza —contesta Philippe—. Ellos tienen fe en la Revolución. Creen en los derechos del hombre. En tiempos mejores…

—Pero todavía no tienen nada de comer.

—No, pero lo tendrán. Tampoco se puede pretender que La Convención acabe con todos los problemas de golpe. Se necesita tiempo.

—¿Podemos sentarnos aquí? —pregunta una joven.

—¡Por supuesto!

Sandrine hace un hueco para que la chica y sus acompañantes puedan sentarse en su mesa. La mujer lleva en sus brazos a una niña escuálida de unos dos años. La niña lleva una gorra, decorada con lazos azules, blancos y rojos. Tira de la manga de su madre y señala la gorra de Sandrine. Por encima de la cabeza de la niña la mujer y Sandrine se sonríen.

Sandrine se dirige otra vez a Philippe. Él la examina con atención.

—¿Qué pasa? —pregunta Sandrine extrañada.

—Has cambiado —dice Philippe.

—¿Por qué?

—Pues al principio te considerabas mejor que nosotros.

—No, mejor no, diferente —le corrige Sandrine.

Philippe se incorpora un poco y saluda a una persona que acaba de descubrir al otro lado del recinto.

—Un amigo —explica a Sandrine.

Hace una seña a su amigo, que se abre camino hacia ellos a través de la multitud ruidosa y animada. Sandrine frunce el ceño.

No es posible. Ese pelo moreno, esos andares… Se parece demasiado. Cuando se acerca el amigo de Philippe, está segura. ¡Es

él!

Enseguida está delante de ella y Sandrine mira directamente a los ojos de Nicolas.

11

NICOLAS no da ninguna muestra de haberla reconocido: Saluda afectuosamente a Philippe, y amablemente a Sandrine. Sandrine es incapaz de decir palabra. Solo mira fijamente a Nicolas.

Ha cambiado en estos tres años, se ha hecho un hombre. El chico de entonces, que era igual de alto que ella, le saca ahora más de una cabeza. Pero es él.

Durante la conversación que entablan Nicolas y Philippe no se dan cuenta de que Sandrine está callada. En un momento dado, Philippe pasa el brazo por encima de los hombros a Sandrine y dice:

—Venga, no deberíamos seguir hablando de política. Te presento a mi prima Sandrine.

Sin decir nada Nicolas y Sandrine se miran.

Nicolas la conoce con el pelo arreglado y recogido, mientras que ahora lo lleva suelto y le llega a los hombros. Y esos zuecos y el vestido sencillo de algodón… Aun así Sandrine no se hace ilusiones. La ha reconocido. Lo nota en sus ojos.

—Encantado de conocerte… Sandrine —dice.

Antes tenía que llamarla *mademoiselle* De Billancourt. La hija del señor.

Nicolas se sienta con ellos. Sus ojos se desvían continuamente hacia Sandrine.

—¿Vives en París? —pregunta.

Sandrine asiente con la cabeza.

—Es de Tours —añade Philippe.

—Ah sí, la Touraine… —dice Nicolas.

—Mis padres han muerto —dice Sandrine en voz baja— Ahora vivo en casa de Philippe.

—Entonces tenemos más en común de lo que pensaba —dice Nicolas—. También mis padres murieron. No deja de mirarla.

Sandrine abre la boca para contestar algo, pero la cierra de nuevo sin haber dicho nada. Philippe los observa a los dos.

Se levanta y dice:

—Ven, Sandrine, hemos venido a bailar, ¿te acuerdas?

Con decisión le coge de la mano y la lleva hacia un espacio abierto entre los árboles, donde la gente está bailando. Muy a su pesar Sandrine le sigue. El corazón le late con fuerza. Baila, sonríe a Philippe, pero mientras tanto no pierde de vista en ningún instante al muchacho moreno que se ha quedado solo en la mesa y los mira.

Al día siguiente, al inclinarse Sandrine sobre la tabla de lavar, escucha pasos en el callejón. Sabe inmediatamente que es Nicolas.

La noche anterior no tuvieron ocasión de volver a hablar.

Cuando terminó de bailar, Nicolas había desaparecido y poco después regresaron a casa. Sin embargo, le ha estado esperando toda la mañana.

Sandrine se incorpora, estirando la espalda, y aguarda a que los pasos lleguen al patio. Nicolas se asoma y se detiene. Sandrine se seca las manos en el delantal y esconde un mechón de pelo debajo de su gorra.

—No me mires de ese modo.

—No tienes por qué avergonzarte delante de mí, Sandrine —dice Nicolas entrando al patio—. Dios mío, casi no te había reconocido. Al principio tenía mis dudas; pero después recordé tu voz.

Incrédulo, mueve la cabeza.

Luego hay un silencio.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? —pregunta Nicolas.

—Conocí a esta familia por casualidad. A través de Julie.

—¿Julie?

—Mi doncella.

—Claro, tu doncella.

—Y mi mejor amiga.

—¿Te apañas sin tu doncella?

—Está muerta.

—Oh —dice Nicolas.

De nuevo hay un silencio incómodo.

—Igual que mis padres —sigue Sandrine— y mi hermana.

Nicolas masculla algo como que lo siente mucho. Sandrine se levanta y le mira fríamente.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes por mí? Creí que esa era vuestra intención hace tres años. ¿Acaso no estabas tú allí con un hacha en la mano?

—Pues no, no estaba armado. Además, jamás te hubiera puesto la mano encima, ni a ti ni a tu familia.

—No, preferiste mirar cómo los demás hacían el trabajo sucio.

—Eso es mentira.

—Eso es algo que nunca sabremos, ¿verdad? Llegasteis demasiado tarde, ya nos habíamos marchado —dice Sandrine—. ¿Sabes, Nicolas? Me he arrepentido muchas veces de no haber denunciado a tu padre. ¿Cuáles eran sus intenciones para con nosotros? Seguramente no muy buenas.

—Mi padre murió —dice Nicolas—. Se suicidó en el Loira el verano en el que huisteis, se ahogó.

—Oh.

—Entonces yo me vine a París —cuenta Nicolas—. Un primo de mi padre, Luc, tiene una taberna aquí. Confié en que no me dejaría en la calle y así fue. Pero no quiso acoger a mis hermanos.

—¿Dónde están, entonces?

—Encontré un sitio para cada uno de ellos antes de venirme a París.

—¿Dónde?

—Para mi hermana, Agnès, encontré trabajo en Tours, como sirvienta de una familia rica. Los pequeños están en un orfanato.

—Oh… —repite Sandrine.

—Agnès lo comprendió, pero los pequeños… No entendían nada cuando los dejé allí, en el orfanato. Les prometí que iría a buscarlos lo antes posible, pero de eso hace ya tres años. Me pregunto si me reconocerían.

—¿No has tenido noticias de ellos? —pregunta Sandrine.

—Agnès tiene a alguien que de vez en cuando le escribe una carta en su nombre. Pero a mí me resulta difícil encontrar a quien esté dispuesto a leérmela, por no hablar de escribir una carta de respuesta.

Sandrine deja caer la camisa que está lavando en el barreño.

Ve que Nicolas traslada su mirada desde la tabla de lavar a su delantal mojado. Seguramente está comparando la Sandrine de antes con la que tiene delante. Parece ser que ahora no le cuesta nada tutearla.

—Vives con los Lambertin. ¿Sabes que podrían ser decapitados por darte cobijo?

—Sí, lo sé.

Nicolas repasa el pequeño patio.

—¿Qué tal estás aquí?

Sandrine se encoge de hombros.

—Es buena gente.

—¿Pero…?

—No sé qué decirte. Me siento tan distinta. Por muy amables que sean, nunca me encuentro del todo en casa —Nicolas asiente con la cabeza. Animada por su comprensión, Sandrine sigue contando—: A veces estoy sentada en la mesa y de repente me vienen imágenes de mi casa…

—El cristal, la plata… —añade Nicolas.

—No, no es eso. Aunque a veces no entiendo cómo puedo estar comiendo apenas con un cuchillo y las manos… Pero, en fin, déjalo, no sabría explicártelo —suspira Sandrine.

—No, claro que no. Yo solo soy un pobre campesino analfabeto

que come con las manos. ¿Cómo podría entender semejante cosa? —dice Nicolas.

—¡No se trata de eso!

—No, seguro que no.

Nicolas mueve la cabeza y se da la vuelta.

¿Se marchará así, sin más?

—¡Nicolas! —grita cuando este abandona el patio. Nicolas vuelve la cabeza—. ¿Quieres que le escriba una carta a tu hermana? —se ofrece Sandrine.

Nicolas se encoge de hombros. Se da la vuelta y se marcha.

Sandrine suspira y oye sus pasos alejándose en el callejón.

El caluroso veranillo de San Miguel concluye abruptamente. El lluvioso y desapacible otoño trae más incomodidades de las que Sandrine jamás hubiera imaginado. El precio de la comida es prohibitivo. En septiembre aún no se notaba lo vieja que estaba la casa, ni lo fría que era con tantas corrientes de aire, pero ahora sí. La continua subida de los precios hace que cada vez haya más gente que no pueda pagar el alquiler. Quienes no pagan son puestos de patitas en la calle. Ella, afortunadamente, aún tiene cobijo.

—Yo todavía tengo esto —dice Sandrine una mañana lluviosa colocando las joyas de su madre en la mesa, donde Margot pela cebollas.

Margot deja el cuchillo sobre la mesa. Mira las joyas sin tocarlas.

—Podríamos venderlas o llevarlas a una casa de empeño —dice Sandrine.

—No hace falta.

Margot vuelve a ocuparse de las cebollas.

—¡Seguro que valen bastante dinero! —dice Sandrine.

—Ah sí, seguro. ¿Pero cómo pretendes explicar a la Guardia Nacional de dónde proceden estas cosas? —remarca Margot—. Vigilan las casas de empeño. Saben que todavía hay aristócratas en la ciudad.

—También tengo dinero —dice Sandrine—. Eso sí que lo

podríamos utilizar, ¿o tampoco?

Margot contempla las monedas que Sandrine deja rodar por la mesa.

—Sí —dice finalmente—, pero poco a poco.

Sandrine se deja caer en una silla. Aliviada, recoge las joyas de la rudimentaria mesa.

—Te agradezco el gesto de querer vender esas joyas. ¿Las llevabas muy a menudo? —pregunta Margot señalando las sortijas y la pulsera.

—Eran de mi madre.

Margot echa una cebolla pelada en un perol.

—Háblame de ella.

Sorprendida, Sandrine intenta recordar. ¿Qué podría contarle?

Nerviosa, busca algún ejemplo con el que conseguir la aprobación y el respeto de Margot. Pero no se le ocurre nada.

—Mi madre era muy guapa. Y tocaba muy bien el clavicémbalo. A mí también me enseñó a tocarlo.

Y habla de las cenas y de las veladas musicales que su madre organizaba y se escucha a sí misma. Margot atiende sin interrumpirla, pero Sandrine sabe que ambas piensan lo mismo. Finalmente, Sandrine se calla dejando una frase inacabada.

«Conozco mejor a Margot que lo que conocí a mi propia madre», piensa.

Margot levanta la mirada que estaba concentrada en la cebolla, pero Sandrine evita sus ojos. Juega con la pulsera de su madre. Se siente una gran traidora.

Un buen día Nicolas aparece de nuevo. Acompaña a Philippe a casa después de haber asistido a una reunión de los jacobinos.

—Tienes mala cara, muchacho —dice Margot, mirándole de forma crítica— ¿Tenéis suficiente comida tu tío y tú?

Nicolas se encoge de hombros.

—Entonces, supongo que no —constata Margot.

—Estoy acostumbrado —dice Nicolas.

—¿Ah sí? Pues esta noche cenas con nosotros.

—No, vosotros lo necesitáis más que yo.

—Hasta ahora no nos ha faltado comida ningún día —dice Philippe—. El problema es que es muy cara.

—No sabía que reparar zapatos y hacer zuecos diera para tanto —se ríe Nicolas.

Su mirada se cruza con la de Sandrine, que está contándole un cuento a Pierre. Al haberse callado de repente. Sandrine comprende que Nicolas ha adivinado cómo consiguen dinero los Lambertin.

«Otra cosa que también desaprobará, aceptar dinero de aristócratas», piensa Sandrine.

Se niega a mirarle y, como si nada hubiese ocurrido, sigue con su cuento.

—¿Sandrine, qué vas a hacer mañana? ¿Vas a la puerta de la ciudad o a la panadería? —pregunta Margot cuando están sentados a la mesa.

—Iré a la puerta —dice Sandrine.

—De acuerdo. Consigues mucho más de los campesinos que una vieja como yo —dice Margot.

—Mamá, tu no eres tan vieja —dice Pierre indignado—. Aún tienes dientes, la abuela Brillot no, ¡ninguno!

Todo el mundo se ríe.

Sandrine los observa. Sonríe, pero no lo hace de corazón. Tal vez algún día volverá a reírse como antes. A escondidas mira a Nicolas, ve que en su boca hay la misma leve sonrisa. Justo en ese instante Nicolas gira la cabeza y la mira a los ojos. Son solo unos segundos, los demás ríen todavía, pero para ella es suficiente.

Después de la cena, Sandrine está en la cocina aclarando platos y bandejas. Margot limpia el comedor. Despreocupadamente Nicolas entra en la cocina.

Sin más preámbulos pregunta, como queriendo entablar una conversación:

—¿Te levantas tan temprano todas las mañanas?

—Normalmente sí.

—¿Y vas cuando aún es de noche hasta la puerta, andando?

—Sí, en cuanto amanece llegan los campesinos a la ciudad, traen coles y otras cosas. Soy de las primeras en llegar.

Nicolas asiente con la cabeza.

—Me lo he pensado mejor —dice— y me gustaría que le escribieras una carta a mi hermana. ¿Todavía querrías ayudarme?

—Claro que sí.

Por todo París hay comedores de beneficencia sirviendo comidas calientes a los más necesitados, pero cada día hay más bocas que alimentar. En las entradas a la ciudad, así como en las fronteras con los países vecinos, prosiguen las detenciones de aristócratas que son llevados a la guillotina para ser «afeitados». Chas.

Allá rueda la cabeza de un señor mayor distinguido, culpable de haber nacido marqués hace sesenta años.

La condesa de Noailles es llevada a la guillotina en un carro descubierto. Las calles están repletas de gente vitoreando. Allí va esa señora tan refinada. Antes se paseaba en un carruaje elegante, demasiado creída para ni tan siquiera mirar al pueblo llano. Ahora se pasea en un carruaje muy distinto. Chas.

La condesa ha muerto. Seguida por un joven aristócrata que no para de gritar «¡Viva el rey!», «¡Viva el rey!» hasta que la cuchilla baja zumbando.

Mientras, los jacobinos mantienen animadas discusiones con los girondinos sobre el destino del rey Luis XVI, ahora el ciudadano Capeto. Cada noche, durante la cena, Philippe les pone al corriente del contenido de las discusiones.

—Los jacobinos exigen la pena de muerte. Es la única solución.

—No estoy de acuerdo —dice Margot, mientras sirve una sopa de cebollas—. ¿No podrían destituirle sencillamente?

—Según Marat y Robespierre un rey vivo siempre será una fuente de agitación —dice Philippe—. Un rey vivo puede volver a ocupar el trono, y entonces todo el esfuerzo habrá sido en vano. Solo cuando hayamos eliminado la casa real, podremos hacer realidad los lemas de libertad, igualdad y fraternidad.

—Hablas como si recitaras —dice Maurice.

—Eso es precisamente lo que hace —afirma Margot—. Repite lo que dicen los demás, que leen bonitas palabras escritas en un papel. Palabras, nada más que palabras. Mejor sería que fueran panes.

—Todo se andará —dice Philippe fervorosamente—. Los jacobinos son hombres de hechos. Los girondinos solo hablan de reformas. ¡Pero el pueblo y los jacobinos quieren que las cosas cambien!

—¿Tendríamos pan si muriese el rey? —pregunta Pierre.

—No —dice Margot.

—¿Por qué le quieren matar entonces?

—No lo harán —contesta Margot— Es decir, si son sensatos.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¡No has entendido nada! —exclama Philippe enfurecido.

—Yo no me limito a escuchar, también pienso —contesta su madre con brusquedad—. ¡Estamos hablando del rey! ¿Qué te crees que pasará si es asesinado por sus propios súbditos? ¡Se desatará una guerra!

—Por eso tenemos que permanecer unidos —dice Philippe, y sus ojos brillan, fanáticos—. Hasta ahora hemos contenido todos los ataques del extranjero. Ya nadie puede parar la Revolución.

¿Por qué pones esa cara ahora, madre? Estabas tan contenta cuando se tomó la Bastilla…

Margot suspira, está cansada.

—A lo mejor, si hubiese pan, volvería a creer en la Revolución. Pero no lo hay, ni jabón, ni azúcar, y eso es lo único que me interesa por el momento. Si lo consiguen los girondinos, bien, entonces apoyaré a los girondinos. Y si son los jacobinos los que me dan de comer, los apoyaré a ellos. Y si hace falta condenar al rey por eso, qué remedio. Pero, simplemente, no creo que esa sea la solución.

Inesperadamente Philippe pregunta a Sandrine:

—¿Y tú qué opinas?

—¿Cómo? —contesta Sandrine asustada. Había estado escuchando sin tomar partido—. No lo sé —dice finalmente.

—Pues ya va siendo hora de que te definas —dice Philippe.

—Creo que mucha gente ya no sabe qué pensar —remarca Maurice.

—Mamá, ¿me das un poco más?

Pierre levanta su plato. Margot araña con la cuchara el fondo de la sopera. Saca unos anillos de cebolla que pone en el plato de Pierre.

—¿Eso es todo? —dice Pierre decepcionado—. Aún tengo hambre.

—Ya no hay más —contesta su madre.

12

EN un día lluvioso y sombrío de diciembre de 1792 sacan al rey Luis XVI del Temple, rodeado por cientos de soldados a caballo. Le llevan en carruaje a las Tullerías, a su palacio, para allí ser juzgado. Medio París ha salido a la calle, a pesar de la lluvia incesante.

Sandrine se ha quedado en casa. Se sienta frente a la ventana contemplando los charcos en el patio. Se niega a ir a ver el paseo denigrante del rey. Su padre era ferviente monárquico. «El rey reina por la voluntad de Dios. Le debemos fidelidad», decía siempre. Recuerda cómo su padre no quiso huir al extranjero, porque el rey se había quedado en Francia.

Maurice permanece en el taller. Margot y Pierre sí que van a ver al rey. Quién sabe dónde está Philippe.

—Nadie aclamaba al rey —dice Pierre al llegar a casa, sacudiéndose el pelo mojado como un perro, y lo hace con tanta fuerza que las gotas salpican por todos lados—. Solo gritaban:

«¡Viva la República!» y «¡Vivan los jacobinos!».

—Nadie se atrevía a vitorearle —dice Margot rabiosa—. Creo que aún hay muchas personas partidarias del rey, pero hasta que no se sepa cómo va a terminar todo esto…

—¿Habéis visto al rey? —pregunta Sandrine.

—Lo hemos apercibido. Estaba escondido en el carruaje y se alejaba todo lo que podía de la ventanilla.

—¡Yo sí que lo he visto! —dice Pierre excitado—. Me he subido a una farola.

El pensamiento de Sandrine está con el rey Luis, que ahora estará siendo juzgado. Tendrá que defenderse ante personas que le odian. Juzgar a un rey parece increíble, pero también lo parecía el asesinato de tantos aristócratas: esos cuerpos que colgaban de los árboles en el campo… y esas brutales carnicerías a las puertas de las prisiones…

Sandrine se estremece. Le quedan pocas esperanzas para el rey.

Antes de que La Convención adopte una decisión transcurren varias semanas.

Están bajo cero y las calles de París se llenan de gente furiosa y hambrienta. Estallan revueltas por la hambruna.

A no ser que no le quede más remedio, Sandrine ya no sale a la calle, y si lo hace, siempre va acompañada de Philippe o Nicolas. Este viene a menudo de visita, Sandrine le ha ayudado a escribir la carta a su hermana, pero nunca se ven a solas.

En un desapacible día de diciembre, Sandrine, Philippe y Nicolas se topan con una revuelta popular. Hay mucha gente y es difícil saber lo que está pasando. Sandrine se pone de puntillas.

Destacando justo por encima de las cabezas de la multitud descubre a una mujer esquelética a la cabeza del grupo. Lleva a un niño escuálido en sus brazos. La multitud le sigue gritando, Sandrine distingue a la vecina Jeanne, a la abuela Brillot, a Gaston y a otros muchos conocidos. No sabe quién es la mujer con el niño, pero es evidente que cuenta con el apoyo de las personas que la siguen. Todos han perdido a algún niño o a un ser querido.

—¿Qué pretenden hacer? —pregunta Sandrine.

—Creo que irán al palacio —dice Nicolas—. No es el primer niño muerto que llevan hasta allí. Hay gente que sencillamente los deposita en las escalinatas de las Tullerías. Ven, vamos a verlo.

Deprisa siguen a la furiosa multitud. En la plaza de Carrousel, delante de las Tullerías, hay muchísima más gente.

—¡Muerte al traidor! —se oye por doquier.

—¡Pena de muerte para Capeto!

—¡Queremos pan!

En el palacio, en las tribunas de la Sala de Manège, donde se celebra el juicio al rey, se pronuncian los mismos gritos. En la calle hace mucho frío, pero nadie piensa en volver a casa. La masa que se ha reunido delante de las «Tullerías» sigue creciendo.

Las botellas de alcohol pasan de mano en mano.

—Ya llevan tres días debatiendo. ¿Aún no saben cuál será el veredicto? —dice Philippe impaciente.

Un hombre tocado con un sucio gorro rojo que está a su lado se dirige a él:

—Están haciendo el último recuento de votos. Dentro de nada harán público el resultado.

Sandrine mueve los pies para entrar en calor. Se sopla las manos y no protesta cuando Philippe le pasa un brazo por los hombros. Nicolas les echa una mirada para luego volver a fijarse en el palacio.

—Hace frío. ¿No quieres ir a casa? —le pregunta Philippe a Sandrine.

—No, todavía no —contesta Sandrine.

Cada vez hay más gente en la plaza de Carrousel. Ahora es tal el número de personas a sus espaldas, que continuamente son empujados hacia delante. Sandrine recibe un golpe en la espalda y casi pierde el equilibrio. Nicolas se pone detrás de ella y maldice a los tocones. Solamente el patíbulo, con la guillotina en lo alto, está libre de gente.

La petición de pena de muerte se escucha cada vez con más fuerza; las acusaciones, cada vez más violentas, se ensañan con la figura del rey. De pronto, un silencio sepulcral se instala en la plaza de Carrousel.

—¡Shh, shh! —se oye de vez en cuando.

También en la Sala de Manège reina el silencio. Se aprecia una voz muy tenue que se dirige a las tribunas. Sandrine retiene la

respiración. Se ha dictado sentencia…

En las primeras filas, las más próximas a la Sala de Manège, empieza a haber movimiento. Se escuchan gritos, el veredicto corre como un reguero de pólvora por la plaza repleta.

—¡Pena de muerte! ¡Pena de muerte para el Capeto!

—¡La mayoría ha votado a favor de la pena de muerte!

En algún lugar se escuchan gritos de unos pocos monárquicos:

—¡Indulto para el rey!

Muy pálida, Sandrine se dirige a Philippe y Nicolas. Estos cierran el puño, lo alzan al cielo y gritan y vitorean como los demás:

—¡Muerte al rey! ¡Muerte al rey!

Sus ojos brillan de emoción.

—¡Indulto, indulto! —se escucha en otra esquina.

Despistada, Sandrine mira a su alrededor. ¿Se puede estar a favor de la Revolución y al mismo tiempo querer salvar la vida del rey? Mucho se teme que no.

La noche de la víspera de la ejecución, la familia Lambertin y Sandrine están sentados alrededor del fuego. Nadie dice nada.

—Yo no lo quiero ver —dice Sandrine.

—Si nos quedamos todos en casa, levantaremos sospechas —apunta Margot.

—Seguro que asiste Philippe —comenta Maurice—. Y yo además tengo un negocio que atender.

«Ellos tampoco quieren ir», piensa Sandrine.

Por la noche no pega ojo. Piensa en sus padres, en Michelle, en Julie. ¿Hubiera podido evitar su muerte el rey? Sandrine escucha el viento depositando aguanieve en las ventanas. «Os echo de menos», piensa. «¡Os echo tanto de menos!». Cierra los ojos y muerde sus labios con fuerza.

En el piso de abajo escucha a Pierre tosiendo. Lleva ya varias noches así, pero ahora la tos parece peor.

Se abre y cierra una puerta. Las tablas de madera crujen por el peso de alguien que pasea de un lado a otro. Oye una tos áspera,

luego una voz preocupada. Sandrine se incorpora rápidamente. Descalza, baja a la habitación de Pierre. Margot está sentada en la cama con su hijo en brazos. Pierre está muy congestionado y después de cada ataque de tos casi se queda sin aliento.

Margot mira a Sandrine. Su rostro está marcado por el miedo.

—Tiene fiebre muy alta. Maurice y Philippe han ido a buscar al médico.

Sandrine se sienta a su lado y, preocupada, mira a Pierre. Con ojos febriles él le devuelve la mirada.

—Sandrine…

Sandrine coge su mano.

—El médico te curará, cariño.

—¡No, el médico no! —Pierre mueve la cabeza presa del pánico —. ¡No quiero! ¡No quiero, mamá!

—Tranquilo, hijo —le intenta calmar su madre—. No te hará daño. Te dará un jarabe, nada más.

—¡Y bichos! ¡Igual que a Luison! ¡No quiero esos bichos, me dan miedo! —aúlla Pierre a voz en grito. Los ojos de Margot se llenan de lágrimas.

Alguien hace mucho ruido al subir la escalera. Es el ciudadano Palard, el médico, que entra en el cuarto de Pierre, seguido de Maurice y Philippe.

—¿Qué tal está? —pregunta Maurice preocupado.

—Se está poniendo peor —murmura Margot.

El médico deposita su maletín negro en el suelo y reconoce a Pierre. Mientras, Margot reza en voz baja.

—Fiebre alta —constata el médico—. ¿Ha recogido su orina?

Margot asiente con la cabeza.

El médico vierte la orina en una botella de cristal y la observa a contraluz.

—El color es normal —dice finalmente—. Eso es buena señal, pero hay que bajar la fiebre. Probablemente habrá cogido frío, habrá bajado a los pulmones y está débil. Necesita tomar verdura y leche.

Nadie dice nada.

El médico extrae un bote lleno de negras sanguijuelas de su

maleta. Pierre empieza a chillar y a dar patadas al médico cada vez que este se acerca. Entre Maurice y Philippe tienen que sujetar al niño para que el médico pueda colocar las sanguijuelas en el cuerpo de Pierre. Pierre grita como si en ello le fuese la vida. Se retuerce de dolor. Las sanguijuelas se adhieren a su piel y se llenan de sangre succionando así los malos humores.

—¡Mamá, no! ¡Mamá, no! ¡Quítalas! ¡Sandrine! —grita entre sollozos Pierre.

Sandrine ni siquiera se ha dado cuenta de que ella también está llorando. No se aparta de Margot. El médico por fin devuelve las sanguijuelas al bote. Pierre está tumbado en la cama, agotado de tanto llorar. Antes de marcharse, el médico aún le da un jarabe para bajar la fiebre. Maurice le acompaña a la puerta.

—Venga, todos a la cama. Mañana hay que madrugar —dice Margot afónica—. Yo me quedo con Pierre.

—Pero tú tienes que ir a por pan —dice Maurice preocupado.

—Ya lo haré yo —dice Sandrine rápidamente.

Margot la mira con gratitud. Sandrine pone su mano en el hombro de la mujer mayor.

—Por favor, llámame si hay algún cambio o si me necesitas.

Margot asiente con la cabeza sin dejar de atender a Pierre.

Sandrine sube a la buhardilla y se mete en la cama. Tiene los pies helados. Se acurruca temblando bajo la manta. A pesar de todo se duerme inmediatamente, pero no por mucho tiempo.

Todavía es de noche cuando una mano en su brazo la despierta.

—Sandrine —dice Margot en voz baja.

Sandrine se incorpora de un sobresalto, «Ha muerto», piensa.

Aterrorizada, mira a Margot.

—Está dormido —la tranquiliza Margot—. Iré yo a por el pan. ¿Te quedas tú con Pierre?

Sandrine salta de la cama. Se viste deprisa y va a la habitación de Pierre. Este casi no se mueve, pero cuando toca suavemente su frente, nota que está ardiendo.

Suspirando de forma casi inaudible, Sandrine se deja caer en la silla junto a la cama de Pierre. Sé cortar carne y servir pescado como

dicta la etiqueta, sé tocar muy bien el clavicémbalo y sé hacer reverencias con gran «educación y elegancia», piensa con amargura. «Habría sido mejor que me hubiesen enseñado a curar niños enfermos».

Las horas pasan muy lentamente. Pierre empieza a gruñir y a moverse en sueños. Cuando se despierta está ardiendo. Sandrine no entiende nada de lo que dice y murmura Pierre delirando.

Se turna con Philippe para poder dormir un poco más, pero no consigue pegar ojo. Finalmente se vuelve a levantar y baja.

Coloca las cucharas y los platos de barro en la mesa. Después se acerca al taller. Desde allí se ve la calle. Una niebla espesa envuelve las casas. A Margot todavía no se la ve por ningún lado.

La calle está desierta. No se oye un ruido.

De pronto se sobresalta, Sandrine se acuerda de que hoy van a decapitar al rey. Pero acto seguido vuelve a pensar en Pierre.

Al fin llega Margot, empapada por la aguanieve. Ha conseguido un pedazo de pan, lo deja sobre la mesa y sube disparada a ver a Pierre, que está llamándola a voz en grito.

Philippe baja con cara de preocupación y se sienta a la mesa.

Maurice se une a ellos. Esta mañana Sandrine es quien corta el pan.

Cuando Maurice y Philippe se van a trabajar se queda sola.

Recoge la mesa, va a por agua a la fuente y lava cucharas y platos. Hace la colada. Unas horas más tarde Margot baja. Tiene aspecto de estar agotada.

—Se ha dormido —anuncia.

Echando una ojeada a su alrededor, comprueba que Sandrine ha hecho todas las tareas del hogar. Sandrine siente que este es el momento adecuado para hacer la pregunta que le ronda la cabeza desde hace meses.

—Háblame de Luison.

—Luison… —la cara de Margot se crispa.

Sandrine ya se arrepiente de haber hecho la pregunta cuando Margot se acerca a un mueble de la sala, abre un cajón y saca un retrato.

—Esta es Luison. Poco antes de morir. Ese invierno cumplió diez años.

Sandrine coge el retrato. Ve una chica delgaducha y pálida que no aparenta los diez años que tiene. Es rubia y tiene los ojos azules. Igual que ella.

—La noche que estuve aquí yo no la vi —dice Sandrine.

—Estaba en cama, enferma —explica Margot—. Enfermaba a menudo. Por eso encargamos este retrato.

—¿Cuándo murió exactamente? —pregunta Sandrine delicadamente.

—El invierno pasado. Ese invierno murió mucha gente.

«El invierno pasado», piensa Sandrine. Es verdad que hizo mucho frío. «Michelle y yo nos quejábamos sin cesar por tener la nariz y los pies fríos».

—Lo siento —dice, casi más a sí misma que a Margot.

Margot la sonríe fugazmente.

—Oigo a Pierre —dice, y sube a su habitación.

Sobre las diez Sandrine está cortando leña en el patio. Justo en ese instante empiezan a oírse redobles de tambor a lo lejos.

Baja el hacha incorporándose. El tamborileo persiste. Amenazador y monótono. Y de repente, el silencio. Un silencio que a Sandrine le produce escalofríos. Contempla el hacha en sus manos.

El rey ha muerto.

Decapitado por su propio pueblo. Es extraño, pero casi no siente nada. De pronto le viene a la mente la hermana de Nicolas, Agnès, tan zanquilarga y con el perol lleno de hojas pretendiendo hacer caldo.

En la calle se escuchan gritos exaltados.

—¡Se acabó, ya está!

Sandrine corre por el callejón, los zuecos resuenan en los adoquines, y abre la puerta de la entrada. Por todos lados se abren puertas y la gente se apresura para salir a la calle.

—¡Ha muerto! ¡El rey ha muerto!

En las tabernas la gente canta. Un grupo enorme de fanáticos

enardecidos corre por la calle. Lanzando sus gorros frigios al aire gritan:

—¡Viva la República!

Abrazan a todos los que encuentran por el camino y gritan entusiasmados. Cogidos del brazo, recorren las calles acercándose a Sandrine. Ella retrocede rápidamente por el callejón, cierra la puerta y echa el cerrojo. Entra en la cocina y cierra la puerta violentamente. Se quita los zuecos y sube las escaleras de puntillas hacia la habitación de Pierre. Está sentado en la cama y su madre le está dando de comer. Margot gira la cabeza y ve a Sandrine en el quicio de la puerta.

—Buenas noticias —anuncia Margot radiante—. Le ha bajado algo la fiebre.

13

AUNQUE la fiebre ha bajado, Pierre sigue débil. Pasa casi todo el día en la cama. No soporta el pan basto y negro. Cada vez que lo prueba le dan retortijones, hasta que se niega a tomar bocado.

Sandrine ve que está cada vez más delgado. Pasa muchas horas a su lado en la cama. Se acuerda de las aventuras de Robinson Crusoe, que le encantaba leer durante las largas noches de invierno, y ahora se las cuenta a Pierre.

Poco después Italia, España y los Países Bajos declaran la guerra a Francia por el bárbaro magnicidio cometido. Todos los varones en edad de servir marchan al frente para defender la patria.

El gobierno abre talleres donde las mujeres son empleadas confeccionando uniformes para los soldados. Solo están exentos quienes acreditan no poder ausentarse por motivos familiares o de trabajo. Ahora Sandrine ya no tiene tiempo para contarle las aventuras de Robinson a Pierre, porque todas las mañanas va a una iglesia abandonada que ha sido acondicionada como taller.

Está lejos, en el barrio de la Madeleine, cerca de la plaza de la Révolution, donde ahora está instalada la guillotina.

Calentándose los dedos con el aliento, Sandrine pasa por la calle de Saint-Honoré. Al pasar echa un vistazo a la taberna donde trabaja Nicolas, pero no le ve.

Hace frío. La lluvia se alterna con aguanieve. Grandes carteles,

llamando al pueblo de París a cumplir con su deber cívico alistándose, son levantados por el fuerte viento y vuelan por la calle.

Sandrine escucha pasos rápidos tras ella. Asustada, mira atrás.

Le alcanza la vecina Jeanne.

—¿Vas al taller?

Jeanne escruta a Sandrine rápidamente y sus ojos se clavan en la escarapela tricolor que lleva en su abrigo.

Sandrine asiente con la cabeza.

—No has olvidado tu escarapela… qué astuta —dice Jeanne.

—Tengo prisa, llego tarde —Sandrine acelera el paso.

—Ya lo sé; yo también voy al taller —dice Jeanne.

Sandrine suspira inaudiblemente. Lo que le faltaba.

—¿No eres lavandera? —pregunta.

—Sí, pero lavando no me gano la vida y menos ahora que no hay jabón —replica Jeanne. Su cara amigada tiene aspecto amargado —. ¿Sabes?, los girondinos tienen la culpa. Están tan ocupados hablando de la guerra que se olvidan de nosotros. Ya va siendo hora de que los jacobinos los echen.

Sandrine permanece callada, no piensa discutir de política, y mucho menos con Jeanne.

—Dime, ¿por qué te fuiste de Tours? ¿No echas de menos a tus padres? —pregunta Jeanne.

—Mis padres han muerto.

—Oh —Jeanne frunce Las cejas—. No lo sabía, Margot nunca me lo dijo.

—No es algo de lo que nos guste hablar.

A Sandrine no le cuesta nada hacer que su voz suene apagada.

Solo con pensar en su padre, su gran tripa y su peluca de coleta…

—Ya… —dice Jeanne.

Sandrine nota que Jeanne no le quita los ojos de encima.

Siente que su aguda mirada la traspasa.

Cuando llegan a la iglesia ya hay varias mujeres trabajando, en la mesa hay grandes rollos de tela oscura. Con ella harán uniformes para los soldados franceses. Sandrine intenta mantenerse alejada de

Jeanne, pero ella la sigue como una lapa. Incluso consigue ocupar un sitio justo enfrente de Sandrine.

Sandrine sabe bordar figuras preciosas: mariposas, flores, animales. Pero coser uniformes es otra historia. Durante muchas noches se ha quedado despierta con Margot, que le ha enseñado a hacer ojales y dobladillos. Se apaña en el taller, pero no tiene la misma habilidad que las demás mujeres.

Le tiemblan los dedos cuando intenta enhebrar una aguja. A través de sus pestañas observa a Jeanne. Afortunadamente está ocupada cortando tela. No debería permitir que esa mujer la ponga tan nerviosa. Manos a la obra. Sandrine acerca unos pantalones a medio hacer y empieza a trabajar.

—Muchacha, no eres muy eficaz —dice Annette, la encargada, inclinándose sobre Sandrine— Si pones las perneras una encima de otra, las unes cosiendo. Luego tendrás que descoserlo todo. Deja que te enseñe. Esta pernera la colocas así y la otra de otra manera.

—Juraría que nunca ha cosido un botón —dice Jeanne, actuando como si estuviera sumamente sorprendida—. ¿No te enseñó a coser tu madre? ¿O es que teníais costurera?

Sandrine se pincha. Reprime un grito y mientras chupa la sangre, la mano de Jeanne sale disparada sobre la mesa cogiendo la de Sandrine.

—Duele, ¿verdad? Tu piel es tan delicada… A tu edad las yemas de mis dedos ya estaban totalmente perforadas —dice punzante.

—Quizá porque eras muy torpe cosiendo —replica Sandrine.

Las demás mujeres se ríen a carcajadas. Jeanne se sienta. De momento no la molestará más, pero seguro que sigue sospechando.

A las cinco, cuando ya se pueden ir a casa, Sandrine se hace la remolona para darle tiempo a Jeanne a que se vaya. Sandrine es una de las últimas en abandonar la iglesia.

—Por fin. Pensaba que nunca saldrías.

Nicolas se descuelga de un pilar en el portal de la iglesia.

Sandrine está cansada, pero ahora su cara se ilumina.

—He venido a buscarte —dice Nicolas—. ¿Te parece bien?

—¡Pues claro que sí!

Hay mucha gente en la calle. A esta hora las fábricas se sacian y el populacho vuelve de las ejecuciones en la plaza de la Révolution. Nicolas la coge de la mano para alejarla del jaleo. Enseguida, una vez en la orilla del Sena, suelta su mano, muy a pesar de Sandrine. Detrás de ellos se sigue escuchando el traqueteo apagado de los carros que abandonan la plaza de la Révolution, llenos de cuerpos decapitados.

Sandrine se estremece.

—Has tenido suerte de que te acogieran los Lambertin —dice Nicolas.

—Sí, ellos son todo lo que me queda —dice Sandrine en voz baja—. ¿Sabes una cosa? Ahora me doy cuenta de cuánto le debo a Margot. Si ella no me hubiera dado cobijo en su casa, no habría tenido a donde ir. Seguramente me hubieran arrestado.

—Me alegro de que no haya sido así —dice Nicolas.

Sandrine le mira sorprendida.

—Pero lo que les hicieron a los demás te trae más o menos sin cuidado —afirma Sandrine.

—Eso no es verdad —dice Nicolas—. ¿Pero no es igual de espantoso lo que los aristócratas nos hacían? ¿Que te pudieran ahorcar sin más, por cazar furtivamente una liebre del amo?

¿Que tuvieras que arrodillarte al pasar el señor en su carroza, y que si te negabas te azotaran? ¿Acaso no era eso horrible? Murieron tantas personas por malas cosechas e impuestos abusivos como ahora en la guillotina. Pero eso no era tema de conversación. Por lo menos no entre los aristócratas.

Sandrine se da cuenta de que aflora de nuevo el viejo rencor de Nicolas.

—Recuerdo un día que estábamos trabajando en el campo mi padre, mis hermanos, Agnès y yo. Recogíamos heno, hacía mucho calor. Era un día bochornoso y mi padre dijo que teníamos que darnos prisa porque se acercaba una tormenta. Había que recoger la paja lo antes posible, porque si no, los animales iban a pasar hambre durante el invierno. Hasta los más pequeños estaban trabajando duramente. Y entonces apareció tu padre. Sentado en lo alto de su

caballo nos ordenó que fuéramos con él inmediatamente. Agnès podía quedarse, pero nosotros teníamos que cazar ranas en la fosa del castillo de Poissy. Le molestaba mucho a nuestro señor que de noche las ranas croaran tanto —en la voz de Nicolas se nota el sarcasmo—. Toda la tarde estuvimos chapoteando en la fosa del castillo cazando las estúpidas ranas. Bajo una lluvia incesante, porque mientras tanto la tormenta había empezado a descargar. Ya podíamos olvidarnos de la paja para los animales, porque era imposible que el trabajo lo terminara Agnès sola. Al menos, teníamos la esperanza de poder comernos las ranas, pero no, tuvimos que llevarlas a la cocina del castillo.

Sandrine suspira. Ahora recuerda a Michelle quejándose de que el croar de las ranas no la dejaba dormir. Y a su padre, anunciando que había dado orden de capturar las ranas. También se recuerda a sí misma encantada, cenando ancas de rana; sin pensar ni por un momento en quiénes las habían cogido.

La emoción le impide hablar. Únicamente cuando confía de nuevo en su voz dice:

—Cómo nos debes de haber odiado.

—Odiaba a tu padre —dice Nicolas—. ¡Y tenía razones para ello! —¡Nos dejaba morir miserablemente!

—Ya, ya lo sé —dice Sandrine—. Mi padre cometió errores, grandes errores. Pero tú no lo has conocido como yo le conocí.

También era amable, gracioso y… y se preocupaba.

—Sí, de vosotros tal vez.

—Sí, de nosotros. Y de su personal. Todos le querían.

—¿Todos? ¿También ese criado que estaba obligado a quedarse a la intemperie, colgado de vuestra carroza? ¿Y las criadas, que el día que volvíais a París se encontraban una vez más sin dinero ni comida?

—A lo mejor tú despreciabas a mis padres, pero eran mis padres y yo los quería. Les echo de menos —dice Sandrine con voz temblorosa—. Tampoco te repito lo que tu padre intentó hacerme.

Esa flecha da en la diana. Nicolas empalidece.

—Quien te hizo eso no era mi padre. Por lo menos no el que yo

conocía. Estaba tan amargado, tan enfadado. No sé, pero creo que de repente fue demasiado para él. Las circunstancias…

—¡Tonterías! —le interrumpe Sandrine—. ¡Era tu padre! ¡Igual que era mi padre el que os maltrataba! Eso a mí me disgusta, pero también he aprendido que nunca se llega a conocer a una persona por completo.

Hay un largo silencio. Se les acerca un carro por detrás haciendo mucho ruido. Viene de la plaza de la Révolution, se dirige al cementerio.

Sandrine y Nicolas se alejan de la calzada, pisan el barro en la orilla del río, apartando la mirada de la espantosa carga que lleva.

—Tengo miedo —dice Sandrine—. Ojalá pudiera volver a Poissy.

—¿Y entonces qué? —dice Nicolas—. Es imposible volver a vivir en el castillo.

—No hace falta. Sería completamente feliz con una casa pequeña y con un trozo de tierra que cultivar. Ya no hay impuestos y los bosques ahora pertenecen al pueblo. Por lo menos eso es algo que ha conseguido la Revolución.

Nicolas sonríe.

—¿Y tú vas a labrar el campo, a sembrar?

—Sí, ¿por qué no? ¿Acaso no estoy haciendo la colada en el Sena?

—Me cuesta imaginármelo. Por lo menos en Poissy.

—¡Nicolas! ¿Todavía tengo pinta de hija heredera?

—No, pero lo sigues siendo. Se pueden abolir las clases sociales, pero es imposible actuar como si nunca hubieran existido.

Sandrine calla un instante.

—Pues ese es tu problema —dice.

Entran en una bocacalle y sin cruzar palabra llegan a la calle de Francs-Bourgeois. Nicolas se para delante de la puerta.

—No me interpretes mal, Sandrine. Me impresiona lo bien que te has adaptado. Lo que pasa es que todavía no me acostumbro a llamarte Sandrine en vez de *mademoiselle*.

Sandrine asiente con la cabeza.

—¿Te recojo mañana? —pregunta Nicolas.

—Sí, por favor.

—Hasta mañana entonces, Sandrine sigue a Nicolas con la mirada mientras se aleja.

Cuando este no ha cruzado todavía la calle, se gira hacia ella.

Sorprendidos, ambos se ríen.

Sandrine atraviesa el callejón hacia el patio con una sonrisa en los labios. Entra por la cocina. Pierre está tumbado en el banco cubierto por una manta.

—¡Sandrine, mira lo que me ha regalado la vecina Jeanne!

Pierre le enseña un juguete. Sandrine saluda a Maurice y a Margot, que están hablando sentados a la mesa.

—¿Has trabajado mucho, chiquilla? —pregunta Maurice.

Sandrine asiente con la cabeza.

—Nicolas me ha acompañado hasta casa.

—Me alegro —dice Margot.

—¡Sandrine! —la llama de nuevo Pierre.

Sandrine se acerca a él y se sienta en el borde del banco.

—¿Qué te han regalado?

—¡Mira! —Pierre le enseña una pequeña instalación de madera.

La cuchilla oblicua no está afilada, pero cae como las de verdad.

—¡Y esto también! —Pierre coge una muñeca con faldas anchas y peluca empolvada. Pone la cabeza en el tajo y tira de una cuerda, lo que hace que la cuchilla caiga y corte la cabeza—. Pero se puede volver a poner, ¿ves? —Pierre vuelve a colocar la cabeza en su sitio —. Y mira, ¡tengo muchas más!

Sandrine contempla la colección de muñecas aristócratas. Sus oídos zumban, y le empieza a doler mucho la cabeza.

—Pero mamá no me deja jugar con el regalo —dice Pierre.

—Efectivamente. Y te he explicado por qué. Tíralo, Pierre. Que no lo vuelva a ver por aquí —ordena su madre.

Apenado, Pierre lo mete debajo del banco.

Esa noche, antes de acostarse, Sandrine se queda largo rato delante

de la ventana. La calle está desierta. Los talleres y las tiendas están cerrados, la gente está reunida en sus casas.

Al otro lado de la calle pasa un hombre sin rumbo. Cruza y se detiene en la calzada.

—¡A tomar por saco la Revolución! —grita.

El eco de su voz resuena entre las fachadas de las casas.

—¡A tomar por saco la Revolución! ¡A la m…!

¿Pero qué hace? Sandrine no puede creer lo que oye. Te pueden detener solo por ir sin escarapela por la calle, así que, imagínate lo que podrían hacerte por decir semejantes cosas. ¿Por qué no se marcha rápidamente? ¿Por qué se queda allí? Igual viene la Guardia Nacional.

Preocupada, Sandrine contempla la oscura calle.

—¡A tomar por saco! —grita el hombre una vez más. Y sigue su camino dando tumbos.

Se escuchan pasos rápidos. Sandrine retiene la respiración. Ya está. En un santiamén el hombre está rodeado por soldados de la Guardia Nacional. Le cogen bruscamente del brazo llevándoselo a una de las muchas prisiones que hoy en día abundan en París. El gobierno revolucionario no tardó en convertir los múltiples monasterios y palacios abandonados en cárceles. A pesar de todo, parece ser que esas prisiones de emergencia no dan abasto de lo abarrotadas que están. Desde hace algún tiempo ya no son solo aristócratas a los que se detiene… París ha empezado a cansarse del ruido continuo de la guillotina y comienza a protestar.

Sandrine se va a la cama. Lentamente se pone el camisón y se esconde debajo de las mantas. Pero no consigue conciliar el sueño. Oye pasos en la calle y aguza el oído. Todas las noches teme que esos pasos se detengan frente a su puerta. Despabilada, mira al techo. Oye cómo Maurice verifica las cerraduras. Los pasos de Margot suenan en la escalera.

Entonces dan unos golpes en la puerta. No son golpes ordinarios, sino un redoble amenazador, acompañado por voces.

Sandrine se incorpora asustada. Paralizada por la angustia, espera.

Se escuchan gritos. Aporrean la puerta de nuevo.

—¡Abran, en nombre del pueblo!

Sandrine salta de la cama. Sus ojos repasan rápidamente la pequeña habitación.

¡La ventana! No, imposible. Aunque pudiera salir por la pequeña abertura, nunca sobreviviría a una caída desde el tercer piso. Apoya la espalda contra el frío cristal de la ventana y sus pensamientos corren como si tuviera fiebre. ¡Dios mío, las joyas!

Deprisa, hurga en la parte baja del armario, coge la bolsa con las sortijas y la pulsera de su madre. Sus manos tiemblan cuando abre el ventanuco y las contraventanas. Cuelga la bolsa de un grueso clavo en la parte exterior de una de ellas y vuelve a cerrarlas.

Suenan pasos en la escalera.

Paralizada, Sandrine espera.

Margot entra en su habitación. Aparenta estar tranquila; pero, sin embargo, su sonrisa parece forzada.

—Sandrine, baja. Van a registrar la casa. Tranquila, hija mía. ¡No tienen ninguna prueba!

Pero no hacen falta pruebas para ser detenido y ellas lo saben.

Apoyándose en la barandilla, Sandrine baja las escaleras vestida con su largo camisón de algodón. Al pasar Margot la coloca una toquilla en los hombros.

Abajo se escuchan los pasos de los soldados, las preguntas incisivas del sargento y la voz tranquila de Maurice.

Margot aprieta la mano de Sandrine para animarla y entonces entran en la salita. A duras penas Sandrine consigue reprimir un grito de susto. Hay soldados con bayonetas en la sala, abriendo cajones y armarios y poniéndolo todo patas arriba. Pierre se ha pegado a su padre, mientras que el sargento interroga a Maurice.

—Mi hijo no está en casa. Él es miembro de la Guardia Nacional. ¡No entiendo qué están haciendo aquí! ¡Somos ciudadanos honrados y buenos patriotas! —dice Maurice.

—Alguien dio aviso para que registráramos esta casa a fondo —dice el sargento—. ¡Por algo habrá sido! ¿Y quién es esa?

Todas las miradas se dirigen a Sandrine.

—Es mi sobrina. Vive con nosotros; es huérfana —dice Maurice.

El sargento se acerca a Sandrine.

—¿Nombre?

—Sandrine Lambertin —susurra Sandrine.

—¿Edad?

—Dieciséis años.

Durante unos segundos el sargento mira fijamente a Sandrine. Ella es la primera en bajar los ojos.

—Registrad toda la casa —ordena el sargento.

Los soldados suben marcando el paso. Sandrine escucha cómo lo ponen todo patas arriba por encima de su cabeza. Pero por mucho que buscan, no se oye ningún grito de júbilo.

Sandrine se da cuenta de que ni siquiera saben qué es lo que buscan. Solo que tienen orden de registrar la casa. Se sienta en el banco junto a la chimenea y acerca a Pierre, que está temblando. Sandrine le abraza y sonríe para tranquilizarle.

Parece ser que el sargento está impaciente. Irritado por no obtener resultado alguno, empieza a registrar la casa en persona.

Abre un pequeño armario en la sala y vacía su contenido. Varios ejemplares viejos de El Amigo del Pueblo caen al suelo.

Los soldados descienden la escalera. El sargento levanta la mirada.

—¿Y…?

—Solamente esto, ciudadano.

Uno de los hombres muestra la gorra con los lazos tricolores de Sandrine.

—Mmm. Una buena patriota, ¿no es así?

El sargento se planta delante de Sandrine. Así parece aún más grande y amenazador.

—¿De dónde vienes? ¿Quiénes eran tus padres? ¿Cómo murieron? A ver, ¿vas a abrir la boca de una vez o qué?

La garganta de Sandrine está seca. Nerviosa, se lame los labios y tartamudea:

—Soy de Tours…

—¡Es mi prima favorita! —Exclama Pierre de repente—. Siempre me hace regalos. ¡Mira lo que me ha traído hoy!

Se agacha y saca algo de debajo del banco.

El sargento observa atentamente el juguete con la cuchilla oblicua.

—¡Y esos también! —Pierre saca las muñecas de detrás de una almohada y coloca una de ellas debajo de la guillotina—. Si se hace esto, se cae la cabeza. Pero puede colocarse de nuevo.

El sargento echa un vistazo a la pequeña guillotina y luego a Sandrine. Sandrine le devuelve la mirada. Esta vez no baja los ojos.

—Por ahora nos vamos —dice el sargento—. Pero os vigilaremos.

—A lo mejor mi hijo puede averiguar quién ha sido el gracioso que nos ha denunciado —dice Maurice.

—De eso ya nos encargaremos nosotros. Estamos demasiado ocupados como para perder el tiempo en falsas acusaciones. ¡Aunque de esto último no estoy tan convencido!

El sargento echa otra mirada amenazadora. Da una orden breve a sus soldados y se marchan.

Margot deja escapar un suspiro entre los dientes. Maurice se seca el sudor de la frente. Sandrine nota que sus músculos empiezan a relajarse y su cuerpo empieza a temblar. Se coge del brazo del banco para no caerse.

Pierre está sentado con la guillotina de juguete en el regazo y mira alternativamente a sus padres y a Sandrine.

—Se me había olvidado tirarlo —dice en voz baja.

A Sandrine le entra una risa nerviosa y aprieta al niño contra su pecho.

Se quedan un rato juntos. Maurice coge una jarra de aguardiente. Llena las copas hasta el borde para olvidarse del susto.

—Así dormirás bien —dice a Sandrine.

Cuando Sandrine está de nuevo en su habitación, recoge la bolsa de las joyas y se deja caer sobre la cama, agradecida de dormir en casa y no en una sucia cárcel. Durante la noche le asaltan sueños angustiosos de detenciones y guillotinas, que la atormentan tanto

que se levanta de madrugada. Se viste deprisa, coge la bolsa con las joyas de su madre y la esconde debajo de su corpiño. Margot ya está haciendo cola delante de la panadería; su abrigo ya no está en el perchero.

Embozada en un abrigo oscuro, Sandrine sale. Atraviesa la plaza Royale bajo los árboles, luego camina por la calle de Birague hacia la calle de Faubourg Saint-Antoine, pasando frente a las largas colas de gente que espera conseguir algo que llevarse a la boca.

Aliviada, atisba el rio entre las casas. Se apresura hacia la orilla embarrada y saca la bolsa con las joyas. Las saca una a una. Acariciándola, deja pasar la pulsera entre sus dedos. Se pone las sortijas por última vez. Luego lo tira todo de una brazada a las aguas turbias del Sena.

14

EL verano de 1793 es sofocante y pasa lentamente. El calor aplasta la ciudad como una manta. Las calles están repletas de largas filas de carros llenos de prisioneros. El asesinato del líder revolucionario Marat a manos de una chica joven, Charlotte Corday, ha provocado una oleada de detenciones. Los jacobinos están convencidos de que se está tramando una conspiración contra la Revolución. Cualquiera que en algún momento de descuido haya criticado a Marat, es arrestado. La guillotina casi no da abasto con tantas ejecuciones.

Allí va el príncipe Philippe de Orléans, miembro del Club de los Jacobinos. En su día repudió su propia clase social para ayudar al pueblo. Pero eso ahora da igual. Su crimen consiste en llevar sangre noble en sus venas. Muere tranquilo y sereno. Muy diferente a *madame* Du Barry, la amante del rey Luis XV, quien es arrastrada a la fuerza al patíbulo y atada antes de ser ajusticiada.

—¡Por favor, clemencia, señor verdugo! —suplica— Un momento, señor verdugo, yo…

La cuchilla baja zumbando y su cabeza cae dentro de la cesta.

Subo al patíbulo Olympe de Gouges, defensora de los derechos de la mujer. Una pelma, según los jacobinos. Durante todo el trayecto en el carro, Olympe no paraba de dirigirse a la multitud, animando al pueblo a liberarse de los nuevos tiranos.

Chas. Olympe se calla para siempre.

Un grupo de científicos caídos en desgracia no deja de hablar y reír durante el trayecto hacia el patíbulo, como si estuviera yendo al teatro. Uno de ellos está leyendo y pone un marcapáginas en el libro cuando tiene que dejar la lectura. Se levanta impasible, entrega el libro a un compañero que está a su lado y sube al patíbulo.

—¡Viva el rey! —saluda al público.

El verdugo pone su cabeza en el tajo.

¡Chas!

La gente se divierte mucho cuando el verdugo hace bailar un instante la cabeza recién cortada cogida por el pelo.

El verano sigue siendo muy caluroso. Alrededor de la plaza de la Révolution hay un continuo y nauseabundo olor a sangre. Es un alivio cuando comienza el otoño y la lluvia limpia la plaza. Sandrine evita la plaza de la Révolution. Desde la visita aquella noche ya no ha vuelto a dormir bien. Durante mucho tiempo se sentía segura en casa de los Lambertin. Ser detenido y juzgado era algo que les pasaba a los demás. Ahora tiene la sensación de que hubieran colocado la guillotina en la calle de Francs-Bourgeois.

El domingo, Sandrine libra.

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunta Philippe.

Sandrine no responde de inmediato. En realidad, espera que Nicolas la venga a buscar para dar un paseo junto al Sena, o tal vez para remar un rato. Algunas veces aparece sin previo aviso, pero otras ella se queda en casa esperando en vano todo el domingo. Nunca dijo a la familia Lambertin que ya conocía a Nicolas de antes. Sandrine está casi convencida de que si Margot lo supiera, prohibiría que volvieran a verse. Una palabra mal elegida de Nicolas, o una simple referencia a su pasado, podría delatarla. Además es mucho más fácil hacer borrón y cuenta nueva.

—En realidad, lo que más me apetecería es salir de la ciudad —

suspira Sandrine—. Al bosque de Boulogne o algo parecido.

—Eso es imposible —dice Philippe tranquilamente—. Te he conseguido papeles, pero para salir de la ciudad hay que pasar controles minuciosos… No, es demasiado peligroso.

—Ya lo sé —dice Sandrine.

—Podríais hacer otra cosa. Ahora se está divinamente en los Campos Elíseos —dice Margot.

—A mí me apetece más otro sitio —dice Sandrine.

—¡Por supuesto! ¡Dime dónde! —la anima Philippe.

—Quiero ir a casa.

Una hora más tarde están en la calle de Varenne. Sandrine se queda absorta mirando la puerta que da acceso al patio. Por encima del alto muro ciego tan solo se aprecia una parte de la casa.

La pintura está desconchada, los cristales están sucios. El aspecto desolador de la casa provoca una gran impresión en Sandrine.

Ensimismada, se ve a sí misma, a sus padres y a Michelle entrando al patio en carroza. Repara en las ventanas que dan al patio. Sin esfuerzo alguno puede recordar los cuartos que se esconden detrás de ellas. Lentamente Sandrine da la espalda a la puerta de entrada. La chica que vivía allí se ha convertido en una extraña. Ya no la reconoce.

—Háblame de tus padres y de tu hermana —dice Philippe cuando vuelven a casa.

Sandrine le mira sorprendida.

—¿Cómo era tu hermana? ¿Se parecía a ti?

—Michelle tenía tres años más que yo. Cuando eres pequeña eso es mucho —dice Sandrine—. Sin embargo jugábamos mucho juntas. Qué remedio; no teníamos a nadie más.

—¿Nunca veíais a otros niños?

—En París sí. Había noches de baile, o íbamos al bosque de Boulogne. Siempre con Julie, por supuesto. Pero en Poissy no teníamos a nadie. No nos dejaban jugar con los niños del pueblo.

—¿Y eso no te molestaba?

—Era todo lo que conocía, pero de haber sabido lo que me perdía…

—¿Qué?

—De haberlo sabido me habría dado pena.

Hubiera conocido mejor a Nicolas. Pero por supuesto no lo dice en voz alta.

Sandrine y Philippe caminan tranquilamente por la calle de Bourgogne hacia el Sena Hace un día de otoño precioso. Brilla el sol; hay muchos paseantes. También en la orilla del río hay mucha gente.

Sandrine y Philippe se acercan al puente que lleva a la plaza de la Révolution. Incluso allí, alejados como están, se escucha el redoble de los tambores y el bullicio del público. Aunque es un ruido que se oye todo el día, y aunque uno se tropieza con prisioneros con las cabezas afeitadas al cero en toda la ciudad, a Sandrine le cuesta acostumbrarse a ello. Y sabe que ella no es la única. Oye lo que la gente dice entre dientes cuando hace cola en las panaderías, ve que cada vez son más los parisinos que vuelven la cara al pasar por la plaza de la Révolution las rutas de los carros son modificadas a menudo, porque los ribereños se ponen nerviosos al ver tantos paseos de la muerte.

Al otro lado del Sena, Philippe coge a Sandrine por el brazo y la lleva a un pequeño parque en la Cours de la Reine. Los paseantes se sientan en los bancos que hay debajo de los castaños, aun con el riesgo de que de repente les caigan unas castañas encima de la cabeza. El suelo está cubierto por envolturas verdes reventadas. Sería un lugar agradable para descansar un rato si no fuera por las vistas que tiene a la plaza de la Révolution.

—Me apetece más seguir hacia los Campos Elíseos —dice Sandrine.

—Sí… —Philippe observa a las personas arremolinadas en la plaza.

El patíbulo de la guillotina sobresale por encima de las cabezas de la multitud. Justo en ese momento cae una cabeza y se escuchan

aclamaciones llenas de rabia.

—A veces me pregunto qué diablos estamos haciendo —masculla Philippe.

—¿Qué? —Sandrine piensa que no le ha entendido bien.

—Antes pensaba que mi hermana no habría muerto si la Revolución hubiera llegado antes. No estábamos tan mal en casa, pero para una niña enfermiza como Luison simplemente no había suficiente. Ni había suficiente leche, ni verduras frescas, ni dinero para medicinas. Y entonces llegó ese invierno, ese maldito invierno largo y frío… —mueve la cabeza—. Cuando ella murió estaba tan furioso. La Revolución acababa de empezar, todo cambiaría. Yo lo creía firmemente. A partir de entonces cuidarían de los niños como Luison. Pero no ha sido así. No ha cambiado nada. ¿Qué están haciendo en La Convención? ¿De qué están hablando sin cesar, mientras cada vez más gente se muere de hambre en las calles? ¿Ves ese restaurante?

Con la cabeza indica en dirección a los caminos de arena de los Campos Elíseos.

Entre los árboles se vislumbra un edificio.

—Es el Restaurante La Guillotina —dice Philippe—. Allí nuestros grandes líderes cenan todas las noches. Filete a la guillotina, por ejemplo. Me han dicho que el menú no solo contiene platos convencionales, sino también los nombres de quienes han decapitado ese día.

Se establece un silencio que solo es interrumpido por el barullo que hace la plebe en la plaza de la Révolution.

—Ven —Philippe coge la mano de Sandrine—. Aquí hay demasiada gente.

Entran en el camino de los Campos Elíseos. El susurro de la brisa en los árboles, sus hojas amarillas y marrones que revolotean sobre su cabeza, tienen un efecto calmante sobre Sandrine.

El aire está preñado de olor a tierra húmeda y a hojas en descomposición.

Sandrine respira hondo. Aún no se ha recuperado de su sorpresa. ¡Philippe tiene dudas acerca de la Revolución! Le

encantaría hacer más preguntas, pero no aquí. Los Campos Elíseos están llenos de viandantes que pasean, comentando alegremente las ejecuciones que acaban de presenciar en la plaza de la Révolution. En el sendero hay niños correteando con aros y debajo de los árboles hay gente disfrutando del sol otoñal.

Una vez que han encontrado un sitio tranquilo, Sandrine le pregunta:

—¿Sabes ya quién nos denunció al Comité de Seguridad?

—No. Estuve investigando en el ayuntamiento, pero no encontré nada. Probablemente fue una denuncia anónima. ¿Has visto el buzón de madera que está colgado en el Louvre? Allí cualquiera puede depositar una nota con una acusación.

Entonces se acerca más a Sandrine.

—Esta semana hicimos una redada —dice—. Era de noche y la gente ya se había acostado. Dijeron que eran unos enemigos de la Revolución muy peligrosos, sospechosos de traición y de tramar una conspiración contra los jacobinos. Teníamos que detenerlos y encontrar cuantas más pruebas mejor. Fue fácil: dos espadas, cruzadas y colgadas en la pared. Esas personas, una pareja ya mayor, estaban de pie en la sala, en camisón y gorra de dormir, y nos juraron que esos sables estaban allí como decoración. Que siempre habían estado allí, mucho antes de la Revolución: Yo los creí.

—Pero los demás no.

—No. Ellos incluso consideran un cuchillo romo de cocina un arma letal.

—¿Y tú qué dijiste?

—Nada. ¿Qué iba a decir? ¿Que era una prueba ridícula? ¿Qué por la marca en el papel pintado se veía que, efectivamente, las espadas habían estado allí durante años? En realidad daba igual: no había necesidad de prueba alguna para detener a esas personas. Que a vosotros no os llevaran durante la redada fue solo porque sabían que yo era miembro de la Guardia Nacional. Si no, os hubieran arrestado, con o sin pruebas.

—¿Te gustaría dejar el Comité de Seguridad?

Philippe no contesta inmediatamente.

—De vez en cuando arrestamos a personas que son realmente culpables, individuos que quieren obstaculizar la Revolución y que quieren volver al régimen anterior, con la aristocracia a la cabeza. Pero a menudo tengo mis dudas acerca de la culpabilidad de la gente. ¡Y no hay nada que yo pueda hacer! Me convertiría en sospechoso inmediatamente. Además, no conviene que empiece a llamar la atención, sería peligroso para ti. Así que, aunque quisiera, no podría dejar el Comité de Seguridad. Sería una traición. Y más ahora, que tienen intención de ascenderme a oficial.

—¿Oficial? ¡Nada menos!

—Sí, Robespierre está muy contento conmigo. ¿Te lo imaginas? ¡Robespierre! Me gustaría ver su cara cuando se dé cuenta de que todo este tiempo he estado escondiendo a una aristócrata.

—Contra tu voluntad —dice Sandrine.

—Pero no por mucho tiempo ha sido así —Philippe toca fugazmente su cabello—. ¿Vamos a casa? Si no, mi madre va a preocuparse.

Sandrine asiente con la cabeza y acepta el brazo que le ofrece Philippe.

Cuando llegan a casa Nicolas y Pierre están en el patio jugando.

—¡Gano yo! —grita Pierre—. ¡Mira, Sandrine! ¡Mi disco ha llegado más lejos!

—Solo por un poco —apunta Nicolas.

—¡Que no! ¡Mucho más! ¡Míralo! ¡Philippe, mira!

Pierre se ha puesto colorado de la emoción.

—Sí, el tuyo está más lejos. Pero a mí sí que no me ganas.

Philippe coge un disco y lo tira. Chillando, Pierre acepta el desafío. Justo cuando quiere tirar el suyo, Philippe le hace cosquillas en el costado. El patio se llena de risas y gritos.

Nicolas le hace una seña a Sandrine. Le sigue hacia dentro.

En la cocina dice:

—Tengo algo para ti.

Asombrada, Sandrine acepta un paquete marrón. Lo abre y mira el libro que tiene entre las manos.

—¿Un libro?

—Sí, ¿no te gusta leer?

—Sí. Mucho. ¡Qué detalle!

—Lo compré por una razón muy especial.

Nicolas coge el libro y lo hojea. Cuando llega a la página que estaba buscando lo devuelve a Sandrine.

—Por eso.

Sandrine mira fijamente el retrato de un hombre mayor. Tiene una cara ancha y cejas pobladas que le hace más huraño y malhumorado de lo que es en realidad. Lleva cuello de encaje y una peluca de coleta empolvada. Es igual a su padre. Sandrine se queda absorta mirando el retrato. Se muerde el labio para contener el llanto.

—Estaba pasando por esos puestos de libros en el Pont Neuf y vi que alguien hojeaba el libro —cuenta Nicolas—. Cuando vi el retrato, me quedé esperando hasta que aquel hombre devolvió el libro y entonces lo compré inmediatamente.

Sandrine le dedica una cálida sonrisa.

—Gracias —dice.

Nicolas devuelve la sonrisa. Durante un tiempo se quedan así, inmóviles, y cuando levantan la mirada Philippe está en el vano de la puerta.

—Mira lo que me ha comprado Nicolas.

Sandrine le enseña el libro.

—Ah, sí.

Hojea el libro, se lo devuelve a Sandrine con brusquedad y entra en la sala sin mirar siquiera a Nicolas. A Sandrine no se le ha escapado que de repente el buen humor de Philippe se ha desvanecido.

15

NICOLAS cierra la puerta de la taberna tras de sí. No cesa de llover y el agua se abre camino en forma de riachuelo embarrado por lo que antes era la calzada de la calle de la Convención, como fue rebautizada la calle de Saint-Honoré por La Convención. El letrero de la taberna de hierro se columpia azotado por el viento.

Nicolas se da la vuelta. Detrás de la barra Luc está enjuagando tazas y llamando la atención a clientes que se están peleando.

Hay mucha gente en la taberna. Hay mucha algarabía, la gente bebe y juega a las cartas. A lo lejos suenan los tambores y la gente deja de hablar. Dos carros de estiércol traquetean al pasar.

Nicolas mira la calle por encima de su hombro. Ve pasar unas caras pálidas con cabezas rapadas, todo muy rápido, como un relámpago, para desaparecer de nuevo.

En la cantina la gente vuelve a hablar como si nada hubiera pasado. Nicolas sigue con sus tareas.

Debería de estar acostumbrado ya. Desde que se introdujo la Ley de los Sospechosos, a finales de septiembre, hay un trasiego de gente que es sacada de sus casas por el mero hecho de ser sospechosa, tanto de día como de noche.

Cualquiera que haya criticado a La Convención, y sobre todo a Robespierre, el líder de los jacobinos, es sospechoso. Robespierre vive justo enfrente de la tasca. Nicolas le ve pasar muy a menudo; es

un hombre bajo con una peluca de coleta, siempre vestido de forma impecable con una chaqueta verde oliva con mangas de encaje de Malinas.

Los familiares de emigrantes, los que han sido amigos de aristócratas y aquellos que simpatizan con las víctimas de la guillotina también son sospechosos. Los girondinos son muy sospechosos porque dudaron en decapitar al rey. Y ahora los detienen por orden de los jacobinos y los encierran en el antiguo palacio de Luxemburgo.

Nicolas está limpiando las mesas, ve que se abre la puerta de un empujón. Una figura empapada entra deprisa. Es Philippe.

—¡Philippe! Siéntate. ¿Qué se te ofrece? —le saluda Nicolas.

—Nada. Tengo que hablar contigo —dice Philippe.

—¿Ahora? Hay bastante jaleo.

—Ahora.

Philippe empuja a Nicolas hacia el fondo de la taberna, Luc le mira inquisidor, Nicolas se encoge de hombros. En el cuarto trasero Nicolas está enfrente de Philippe.

—¿Qué? ¿Qué quieres?

—Tienes que abandonar París.

—¿Por qué?

—Estás en la lista.

Nicolas empalidece.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que he hecho?

—Nada —dice Philippe—. Por eso estoy aquí. Para avisarte.

Parece ser que alguien te ha denunciado.

Nicolas se deja caer encima de un barril vacío. Le tiemblan las piernas.

—¿A quién diablos le interesa denunciarme a mí?

—Puede ser cualquiera. Tal vez un cliente. La ciudad está llena de soplones.

Nicolas se frota los ojos, intentando aclarar las ideas.

—¿Y ahora qué?

—Puedo ayudarte a abandonar París. Coge tus cosas y procura cobijo en otro sitio. Yo te conseguiré un pase falso.

—Espera un segundo. ¿Dónde duermo esta noche?

—Tendrás que buscarte un sitio tú mismo. No puedes venir conmigo. Los guardias nacionales también nos vigilamos unos a otros. El otro día, al lado de la puerta norte, mataron de un tiro a un oficial de la Guardia Nacional por dejar escapar a dos aristócratas.

—¿Y por qué crees que me dejarán salir a mí? No es suficiente tener papeles. Hoy en día tienes que explicar exactamente por qué quieres salir y cuándo piensas volver.

—A excepción de los campesinos. Ellos entran y salen todos los días. ¿Acaso tú no eres campesino?

Lentamente Nicolas asiente con la cabeza.

—Entonces… Conoces el campo, así que no podrán desenmascararte con preguntas insidiosas. Yo requisaré un carro para que puedas abandonar la ciudad —dice Philippe.

Desesperado, Nicolas se mesa el cabello.

—De acuerdo —dice.

—Ve mañana por la tarde, sobre las seis, a la taberna La Bastilla, al lado de la puerta de Saint-Antoine —dice Philippe—. Yo procuraré que haya un carro en el patio.

—¿Puedes conseguir un pase tan pronto?

—Eso no debería ser un problema. Ah sí, antes de que se me olvide, tu ropa. Mi padre seguramente tiene un par de zuecos para ti. ¿Tú qué tienes?

—Todavía guardo mi vieja camisa.

—Estupendo. Será suficiente.

Philippe se marcha hacia la puerta de atrás del bar.

—¡Philippe! —dice Nicolas.

Su amigo se da media vuelta.

—Gracias.

Philippe se toca su gorro rojo jacobino y abre la puerta. Nicolas le sigue mientras se aleja. Después sube las escaleras de dos en dos para recoger sus cosas.

—¿Lo habéis oído? La viuda del Capeto va a ser juzgada. Ya iba

siendo hora. Lo han aplazado demasiado tiempo. Es un desperdicio todo ese pan tan valioso que le dan —dice Jeanne.

Sandrine levanta la mirada de los pantalones a los que está haciendo el dobladillo. La mayoría de las mujeres está de acuerdo. Sus rostros son duros y convulsivos, marcados por una vida llena de preocupaciones y penuria.

Sandrine piensa en la reina María Antonieta. Sin duda podría haber gastado mejor todo el dinero que despilfarró tan alegremente en vestidos y fiestas, pero ahora está pagando muy caro esa vida lujosa. Desde hace meses, la reina está en la Conciergerie, encerrada en solitario. Su marido fue decapitado, y solo le permiten ver a sus hijos una vez al día, a través de una ventana alta cuando los niños salen al patio. No puede hablar con ellos ni tocarlos, y eso sabiendo que probablemente le queda poco tiempo de vida.

Sandrine se estremece. Y pensar que ella creía estar sola.

Cuando son las cinco, sale corriendo. Busca por todas partes pero no ve a Nicolas por ningún lado. Decepcionada, Sandrine sigue su camino. Nicolas casi nunca falla. Ojalá no le haya pasado nada… Dobla una esquina y de repente aparece Nicolas.

Sandrine ahoga un grito.

—¡Me has asustado! —dice—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me esperas aquí?

Preocupada, mira a Nicolas. Está muy pálido y tiene mal aspecto, parece estar huyendo.

—Me están buscando —dice Nicolas—. Philippe me ha dicho que estoy en la lista. Esta tarde ha venido a avisarme.

—¿Qué?

La sangre desaparece de sus mejillas.

—Mañana a estas horas me ayudará a escapar de París. En un carro.

Nervioso, Nicolas se mesa el cabello.

—No te puedo acompañar hasta tu casa. A lo mejor a ti también te vigilan. No tengo ni idea de quién me ha denunciado. Y tampoco sé por qué.

A Sandrine se le nubla la vista.

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Adónde vas a ir? —susurra.

—Vuelvo a Poissy. Iré a ver qué tal están mis hermanos. A lo mejor puedo instalarme en la antigua finca arrendada de mis padres. Y si no, ya encontraré algo.

Sandrine está tan aturdida que apenas es consciente de lo que está diciendo. ¡Nicolas se marcha!

—Llévame contigo —dice con insistencia.

Nicolas la mira con asombro.

—¡Lo digo en serio! ¡Llévame contigo! —Suplica Sandrine—. Podría ayudarte en la granja.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —pregunta Nicolas con ansiedad.

—Claro que Lo digo en serio —dice Sandrine.

Nicolas niega con la cabeza.

—Es demasiado peligroso, Sandrine. Los controles en las salidas de la ciudad son muy rigurosos.

—¿Acaso crees que corro menos peligro quedándome aquí?

¿Te has olvidado de la redada? No nos metieron a todos en la Force, en la Abbaye o en el Luxemburgo de puro milagro. ¡Y todo por mi culpa!

—Philippe te protegerá.

—Ah sí, ¿por cuánto tiempo? ¿Cuándo empezarán a sospechar de él? —Sandrine le coge el brazo con insistencia—. ¿Qué sabes tú de estar despierta todas las noches? ¿De no atreverse a dormir, por miedo a que de repente la Guardia Nacional se presente en casa? ¿Qué sabes tu de escuchar pasos en la calle, y de ni siquiera atreverse a respirar hasta que hayan pasado de largo? ¡Tengo la sensación de que la palabra «noble» está escrita en mi frente!

Nicolas permanece callado durante un largo rato.

—Ven mañana sobre esta misma hora a la taberna La Bastilla —dice por fin—. Ponte ropa de abrigo.

Al día siguiente Sandrine solo tiene que trabajar por la tarde. Por la mañana ayuda a Margot y no sabe si confiar en ella o no. Está tan ensimismada que apenas se da cuenta de que Margot la está

hablando.

—¿Qué te pasa? —pregunta Margot.

Sandrine se sobresalta.

—Estás tan distraída. ¿En qué estás pensando?

—Nicolas está en la lista —dice en voz baja Sandrine.

La sonrisa de Margot desaparece.

—¿Lo dices en serio?

—Philippe le ha avisado. Le ayudará a huir.

—Por eso estás tan pálida. Te gusta mucho ese muchacho, ¿verdad?

Sandrine asiente con la cabeza.

—Entonces deberías alegrarte de que pueda huir —dice Margot seriamente.

—Y lo hago.

«¿Le digo que pienso acompañarle? No, mejor no decir nada. No vaya a ser que Margot me lo impida».

Después de la comida, Sandrine tiene que darse prisa para no llegar tarde a la iglesia-taller. Sin embargo, va primero al taller de zapatería. Observa a Maurice que está sentado en la mesa de trabajo con unas tiras de cuero. Levanta la mirada y sonríe.

—¡Que sea provechoso el trabajo, muchacha!

—Gracias. Adiós, Maurice.

Sandrine se da la vuelta.

—¡Venga, Sandrine! ¿Por qué tardas tanto? ¡Vas a llegar tarde! —le dice Margot.

Sandrine abraza a Pierre acariciándole.

—¡Eh, déjame! —grita Pierre.

—Adiós, Margot —dice Sandrine.

—Adiós, hija.

Margot la mira con atención.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

Dudando solo un instante, Sandrine también abraza a Margot.

—¿Sabes?, nunca te he dado las gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Ni falta que hace. Este es tu hogar, tu casa —insiste Margot.

—Sí —responde Sandrine quedamente.

Se intercambian sonrisas. Sandrine coge su abrigo y va al patio. En el último instante vuelve la vista atrás. Margot está en el vano de la puerta de la cocina. Su rostro muestra preocupación.

16

La tarde transcurre desesperadamente lenta. Hace frío en la iglesia. Rachas de lluvia azotan las ventanas. A las cinco Sandrine abandona el taller con prisa. Sigue lloviendo pero ya no tanto.

Sandrine se protege la cabeza con la capucha y empieza a andar.

Con cuidado, para evitar los riachuelos de lodo, sigue la misma ruta a su casa, igual que siempre. Entra la calle de Faubourg Saint-Antoine; pero, allí donde normalmente gira, sigue recto.

Mantiene la cabeza cubierta con la capucha, también cuando ya ha dejado de llover.

Solo cuando se acerca a la taberna La Bastilla se tranquiliza.

Se quedará esperando al otro lado de la calle hasta que venga Nicolas a buscarla. La gente la observa, así que decide caminar de un lado a otro. Después de un rato ve cómo Philippe sale del callejón al lado de la taberna. Se marcha sin reparar en ella.

¿Dónde estará Nicolas? ¿Por qué tarda tanto? Impaciente, Sandrine no aparta los ojos del callejón. ¡Allí está!

Nicolas aparece solo un instante para llamar su atención.

Rápidamente Sandrine cruza la calle embarrada y atraviesa el callejón, hacia la parte de atrás de la tasca. Tal y como Philippe había prometido, allí hay un carro. La carga, desperdicios de verdura, está protegida contra los elementos por un toldo de lino.

Nicolas se apoya en el carro. Lleva una camisa de campesino y

un gorro rojo. Su cara está pálida, su mirada tensa.

—¿Estás lista? —dice con voz extraña.

Sandrine asiente con la cabeza.

—¿Philippe te ha conseguido un pase? —pregunta.

—Sí, mira. Está bien, ¿verdad?

Nicolas le enseña el documento.

—Está bien, sí. Entonces nos podemos ir, ¿no? —pregunta Sandrine.

Nicolas afirma.

—¿Vas abrigada? Bien. Échate en el suelo del carro, debajo de los desperdicios. Seguramente quitan el toldo en la puerta para poder registrar la carga, pero no creo que vayan a quitar toda esta porquería. Hazte lo más pequeña posible y no te muevas hasta que yo te lo diga, ¿vale?

Sandrine asiente, está blanca como la nieve.

Nicolas la coge de los hombros.

—Todo irá bien —dice. La besa brevemente pero con firmeza en los labios y la suelta de nuevo. Sandrine se esconde todo lo que puede debajo de los restos de verduras. Escucha cómo Nicolas le echa todavía más basura encima y luego lo tapa todo con el toldo. Sandrine no ve nada debajo de tanta porquería. Se tapa la boca con la mano. Los desperdicios huelen que apestan, pero lo peor es casi no poder respirar. Para evitar el pánico piensa en el beso que Nicolas le acaba de dar. Toca sus labios suavemente. El carro se pone en marcha. Sandrine nota cómo giran y pasan despacio por el callejón. Otro giro. Ahora están en la calle, camino a la puerta de la ciudad. Sandrine tapa su cara con el brazo para protegerse de las verduras y mondaduras podridas. Hay poco aire debajo de los desperdicios y lo poco que hay lo gasta enseguida. Sandrine nota cómo empieza a marearse. «Aguanta», se dice a sí misma, «luego estaremos libres». El carro se detiene. Ahora están en la fila. Se acuerda de la cola inmensa de carros parados delante de la puerta de la ciudad.

¡Cuántas veces ha estado allí para comprar comida de los campesinos, deseando que la llevaran fuera de la ciudad!

—¡Alto! —alguien grita.

El oficial de la guardia es un hombre alto, con el cabello liso y grasiento. Lleva una levita larga y altas botas negras. Nicolas intenta sostener la mirada al oficial, queriendo aparentar tranquilidad.

—¿Qué llevas en el carro? —ladra el oficial.

—Desperdicios, ciudadano oficial —dice Nicolas, con educación pero no demasiado sumiso—. Mondaduras, verduras que no he podido vender. Nada especial.

—Eso ya lo decidiremos nosotros.

El oficial ronda el carro y le mira firmemente.

—¿Y cómo es que a ti no te conozco?

—Probablemente conoce a mi madre. Ella pasa todos los días.

Pero está enferma, por eso he venido yo.

—Así que tu madre. ¿Y qué aspecto tiene?

—Pues tiene el cabello canoso, lleva gorra blanca. Ah, ¡y le falta un diente! —dice Nicolas, como si fuera un dato decisivo.

A casi todas las mujeres de esa edad les faltan algunos dientes.

—Pelo canoso, gorra blanca. Menuda ayuda. ¡Papeles!

El oficial hace un gesto imperativo con la mano. Nicolas le entrega su salvoconducto. Cambia de postura despreocupadamente, contesta el saludo imaginario de otro campesino y levanta la mano a alguien a lo lejos, que se sorprende. Mientras tanto, mira de reojo al oficial.

—Hmmm —dice el hombre.

Nicolas alarga su mano, pero aún no le devuelve los papeles.

—¡Bájate! —ordena el oficial—. Quiero saber qué es exactamente lo que llevas en el carro. Levanta el toldo.

—Vale, de acuerdo —dice Nicolas. De un salto se baja del carro, quita el toldo y cambia algunos puñados de desperdicios de verdura de un lado para otro—. Porquería, nada más que porquería. Lo damos a los cerdos en casa, ¿sabe? Nadie lo quiere ya.

El oficial hace una señal a sus guardias. Un soldado con pantalones deshilachados y camisa sucia se acerca al carro y pincha los desperdicios con su bayoneta aquí y allá. Nicolas se apoya en el carro con descuido, se saca suciedad de debajo de las uñas, esperando oír un grito de Sandrine. Su corazón, mientras tanto,

empieza a golpear su pecho.

Tanto el oficial como el guardia se alejan un poco del carro.

Discuten entre ellos en voz baja mientras señalan a Nicolas y a la carga en el carro. Nicolas se sienta de nuevo en el pescante y coge las riendas.

El oficial se acerca a él y le devuelve su documentación. Después de echar un último vistazo largo e intenso dice:

—Adelante.

Nicolas toca su gorro rojo en señal de saludo, coge las riendas, toca con ellas la grupa del caballo y el carro pasa por debajo de la puerta.

—¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido! —resuena en la cabeza de Nicolas.

La sangre le zumba en los oídos. Le encantaría ahora espolear al caballo para que siguiera el camino al trote, pero se arrastra con el mismo paso lento. Justo cuando quiere sisear algo a Sandrine, se escucha una voz imperativa en el aire.

—¡Alto!

Nicolas mira atrás. No será para él…

—¡Alto! —se oye de nuevo—. ¡Vuelve!

La alegría de Nicolas se torna en pánico. ¡Huir! ¡A todo galope! No, eso sería una locura. Le adelantarían enseguida. Habrá que volver entonces. A lo mejor no ocurre nada y le dejan marchar de nuevo…

Con la garganta seca de miedo, Nicolas hace girar el carro y retorna.

—He actuado precipitadamente —dice el oficial con una sonrisa sardónica—. Me parece que te sobran muchos desperdicios en una ciudad donde nadie tiene nada de comer. ¡Vaciad la carga, muchachos!

Nicolas se baja del carro de un salto. Su postura despreocupada ha desaparecido. Cada vez hay más desperdicios en los adoquines. La sangre abandona la cara de Nicolas.

Cerca de ellos se forma un corrillo de espectadores curiosos.

Nicolas percibe cómo un trozo del abrigo de Sandrine se deja

entrever entre las mondaduras.

—Dios en el cielo, si de verdad estás de nuestro lado, ayúdanos ahora —reza en su interior, cerrando los ojos, ya que no se atreve a mirar. Cuando oye unos gritos de triunfo los vuelve a abrir, divisando el carro y la cara asustada de Sandrine que asoma entre los desperdicios. Manos ásperas de soldados la arrastran del carro. Se cae en los adoquines y bruscamente la ponen de pie.

Enfurecido, Nicolas quiere atacar al oficial al mando, pero los soldados se lo impiden a patadas. Cuando levanta la vista la punta de una bayoneta apunta a su garganta.

—Os detengo en nombre de la República por comportamiento sospechoso. ¡Lleváoslos! —ordena el oficial.

Sandrine y Nicolas son esposados y devueltos a su propio carro. Escoltados por cuatro guardias, vuelven a entrar en la ciudad.

Una multitud los persigue, tirándoles desperdicios encima, mofándose de ellos y maldiciéndolos.

Sandrine mira fijamente a las tablas donde hace un instante aún estaba tumbada. Apenas oye los chillidos de la gentuza que sigue el carro. Todavía no entiende muy bien lo que ha ocurrido.

Todo ha pasado muy deprisa. En un momento se creía libre; en el siguiente, su sueño se desvaneció como una pompa de jabón.

Apenas se atreve a mirar a Nicolas. Es culpa suya. Sin ella, Nicolas hubiera escapado.

El trayecto a la cárcel parece durar horas. Solo cuando entran en la calle de Tournon, Sandrine levanta la cabeza. Frente a ella están los poderosos muros del palacio de Luxemburgo. Estuvo allí alguna vez, con sus padres y Michelle, a invitación del conde de Provence. Pero el conde huyó, el gobierno revolucionario confiscó el palacio y ahora se utiliza como cárcel.

De la garita salen dos centinelas con grandes perros. Levantan sus linternas para poder ver los prisioneros en el carro. Los perros gruñen enfurecidos.

—¡Adelante!

Dando tumbos, entran en el patio desigual del Luxemburgo.

Sandrine y Nicolas son arrastrados del carro y empujados hacia

el interior por una puerta grande. En una esquina hay un hombre sentado detrás de un escritorio. Ni siquiera levanta la mirada cuando Sandrine y Nicolas entran en el vestíbulo. Grandes manos les cachean. Después son llevados ante el secretario.

—¿Nombre? —pregunta abrupto el hombre detrás de la mesa.

—Nicolas Bailly.

El secretario escribe su nombre en el registro de la prisión.

—¿Nombre?

—Sandrine… Bonnet.

El funcionario lo apunta. Un carcelero entra en el vestíbulo haciendo sonar un manojo de llaves. Al igual que el secretario, lleva pantalones negros y chaleco rojo; también lleva un gorro rojo muy sucio sobre su larga cabellera, con una escarapela.

—Seguidme —dice el carcelero.

Sandrine y Nicolas, con sus manos aún atadas a la espalda, siguen al hombre por un pasillo, suben una escalera y pasan por más pasillos. Se abren y cierran múltiples verjas ruidosas.

Es obvio que el palacio se viene utilizando desde hace un tiempo como prisión. Entre las paredes se ha instalado un aire viciado e insalubre. Los pasillos, que antes eran alegres y luminosos, ahora están en penumbras por estar las ventanas tapadas.

—Entrad aquí.

El carcelero abre una puerta estrepitosamente y deja que Sandrine entre primero. Nicolas la sigue y el guardián cierra la puerta. Sandrine se queda inmóvil en un cuarto relativamente grande y luminoso; es uno de los salones del antiguo palacio antes de la Revolución. Decenas de ojos la observan con curiosidad y compasión. Hay un grupo de mujeres leyendo o bordando en una larga mesa. Los hombres se agrupan en las esquinas y al lado de las ventanas del cuarto.

—Anda, vamos.

El guardián conduce a Sandrine y a Nicolas a través de la sala, hacia un largo pasillo con muchas puertas. Todas ellas están abiertas.

—¡Aquí hay sitio para ti! —dice el carcelero.

Libera a Nicolas de sus esposas y le empuja hacia la celda vacía. Indica a Sandrine que siga caminando, doblando una esquina hacia otro pasillo. Se detienen delante de una celda pequeña. Hay alguien tumbado en un colchón de paja dando la espalda a la entrada.

—Esta es para ti.

Se da media vuelta y se marcha haciendo sonar el manojo de llaves.

Sandrine se queda parada en el vano de la puerta. Cada músculo de su cuerpo se resiste a entrar en ese calabozo húmedo y asqueroso. Aparentemente, los presos pueden moverse libremente, así que no hace falta que entre. Por lo que ve tampoco separan a las mujeres de los hombres. Así al menos podrá ver a Nicolas. Este pensamiento le alivia algo, haciendo que recupere el control sobre sus músculos, y consigue por fin entrar lentamente en la celda. Aparte de dos jergones de paja hay una mesa, dos sillas y un orinal. Y con eso, el cuarto está lleno.

La mujer que estaba tumbada gira la cabeza. Una cara poco tranquilizadora observa a Sandrine. Durante largos segundos se miran mutuamente, fijamente. Después, la mujer le da la espalda de nuevo. Sandrine huye de la celda. Atraviesa el pasillo deprisa.

A medio camino se encuentra con Nicolas y se abrazan en silencio.

Sandrine está todavía demasiado conmocionada para poder llorar y no es capaz de articular palabra. Es como si su garganta se hubiera cerrado a cal y canto. No consigue reunir las fuerzas para entablar contacto con los demás prisioneros, ni Nicolas tampoco. Se quedan allí, pegados el uno al otro, en el pasillo sombrío, hasta que el toque de queda les obliga a volver a sus propios cuartos. Con una tranca de madera el carcelero lleva a los presos por los pasillos. Nicolas desaparece en su calabozo. Sandrine aguanta hasta que la puerta de su celda se cierra. Su compañera está sentada en el jergón de paja, las rodillas levantadas. Sandrine la ignora. Se deja caer sobre su colchón, la cara contra la pared, y así se queda, paralizada por la miseria.

17

SANDRINE apenas consigue dormir en toda la noche. El fino y asqueroso jergón de paja está plagado de piojos y le produce un intenso dolor de espalda. ¿Cómo es posible que, al principio, la cama en casa de los Lambertin le pareciera dura e incómoda?

Durante las largas horas a oscuras y en silencio le vence el pánico, que, hasta entonces, había podido reprimir. Está encarcelada. Será llevada ante el tribunal. Va a encontrarse cara a cara con el fiscal general, Fouquier-Tinville. Escuchará la condena a muerte.

Ahogando un grito, se incorpora asustada, fijando su mirada en la oscuridad. Espera hasta que su corazón se calma, para volver a tumbarse. ¿También estará despierto Nicolas? Seguro que sí.

Sandrine cierra los ojos e intenta apartar de su mente la imagen de la guillotina. Finalmente conciba el sueño y cuando se despierta está amaneciendo.

Al despertar, y durante un instante, Sandrine está despistada y desubicada, pero enseguida reconoce su celda. Tumbada boca arriba, lucha contra la oleada de desesperanza que la invade. La mujer en el otro colchón de paja ronca. Sandrine permanece inmóvil hasta que oye pasos y voces en el pasillo. Son los guardianes abriendo las puertas.

—¡Hora de levantarse! —gritan.

Sandrine se levanta. Pasa la mano por la falda para deshacer las arrugas y se peina con los dedos. Como si en cualquier momento fuera a salir, se coloca la cofia. Detrás de ella se incorpora también su compañera de presidio. Ya no parece estar tan agotada, ni tiene ese aire pasivo. Solamente ahora Sandrine se da cuenta de que es mucho más joven de lo que pensó al verla por primera vez. Rondando los treinta quizá.

La mujer la saluda, inclinando la cabeza.

—Buenos días —dice Sandrine.

La mujer se ríe, pero no suena muy alegre.

—Supongo que sí —contesta—. Buenos días. Soy Cécile Pontier.

—Sandrine… Bonnet.

Cécile se percata del instante que duda antes de contestar.

—¿Bonnet? Pues estupendo, chica. A mí me da igual. Se pone de pie y también alisa su falda.

—¿Cómo estoy?

—Bueno, creo que bastante bien.

—Bien. Eso es importante en mi profesión, ¿sabes? —dice Cécile.

—¿Y cuál es tu profesión?

—Digamos, que doy mucho amor. A todo el mundo.

—Oh.

—A veces, hasta a estos asquerosos cerdos que nos amargan la vida aquí —dice Cécile—. Es la única manera de conseguir algo de vez en cuando.

Sandrine no sabe qué decir y mueve la cabeza.

—¿No te habré asustado? —pregunta Cécile—. ¿No serás una aristócrata, verdad?

—¡No, no!

—Bueno, tranquila. A mí no me importa. Hay muchos por aquí, aunque ninguno lo admite. Si no, serían los primeros. ¿Me acompañas?

Cécile precede a Sandrine por el pasillo saludando aquí y allá a las mujeres que salen de sus celdas. Por el camino presenta a

Sandrine a las demás.

—Esta es Sandrine Bonnet. Sed amables con ella, acaba de llegar.

Van hacia el pequeño patio, donde hay una bomba de agua, allí las mujeres se pueden lavar. Las mujeres se peinan unas a otras, bajo la estrecha vigilancia de los carceleros y sus grandes perros, y se acicalan entre sí, a falta de espejo. Después se dispersan. Unas retoman a sus cuartos, otras caminan por los pasillos. Sandrine vuelve con Cécile al salón, donde anoche la gente estaba reunida. Está buscando a Nicolas, pero no le ve.

—¿Has podido dormir un poco, hija?

Una mujer rubia, algo mayor, mira amablemente a Sandrine.

—Pues no mucho —dice Sandrine.

La mujer le pone la mano en el hombro.

—Soy Amélie Dupont. ¿Por qué no te sientas un rato con nosotros?

Conduce a Sandrine hacia un grupo de gente sentado al lado de la ventana. Una niña de unos diez años está hojeando un libro a la luz pálida de la mañana, que entra por los cristales sucios.

—Esta es mi hija Juliette —dice Amélie Dupont—. Y estos son los señores de Châtelard.

Una mujer joven, con el cabello castaño y rizado, saluda amablemente a Sandrine.

—Llámame Josette. Este es mi marido, Geoffrey.

Por la manera cortés de Geoffrey de levantarse ante Sandrine, Sandrine se da cuenta de que no se trata de gente común.

—¿Tocas algún instrumento, Sandrine? —pregunta Josette con interés.

Sandrine piensa en el clavicémbalo, ante el que ha pasado tantas horas.

—No —contesta. Sus ojos siguen buscando a Nicolas.

—A menudo tocamos música por las tardes —dice Geoffrey.

«¡Es una locura! Están esperando su muerte y aquí están, hablando de música».

Sandrine mira hacia la puerta por donde entra un chico moreno.

Rápidamente se disculpa y se acerca a Nicolas.

—Sandrine…

Nicolas ni siquiera sonríe. Las marcas de una noche sin dormir están muy visibles en su rostro. Muy cerca uno del otro se acurrucan junto a la ventana.

—¿Sabes quiénes más están aquí? —dice Nicolas en voz baja— Vergniaud, Hébert, Chaumette y los demás girondinos. Llevan ya cuatro meses encerrados.

—¡Cuatro meses! —susurra Sandrine.

—Las prisiones están de bote en bote. El tribunal no da abasto con tantas acusaciones. Igual pasan meses antes de que tengamos que comparecer en juicio. No deberíamos perder la esperanza, Sandrine. He tenido una interesante conversación con mi compañero de celda, ese hombre de allí. Esto tiene que acabar, si los líderes se mandan mutuamente a la guillotina…

Sandrine apenas oye lo que Nicolas dice. Mira fijamente al hombre que Nicolas indicó con la cabeza.

—¿Ese hombre mayor con el pelo blanco es tu compañero de celda?

—Sí.

—¡Le conozco! Es el marqués de Harcourt —dice Sandrine, empalideciendo.

Nicolas observa al marqués, que no mira ni una sola vez hacia Sandrine.

—¿Te conocía bien?

—Venía a casa cuando mis padres organizaban cenas y bailes.

Nunca hablé con él, pero seguro que sabe quién soy.

—No necesariamente. Tú no sabes cuánto has cambiado. Y aquí eres Sandrine Bonnet. Solo tienes que insistir en ese nombre —la tranquiliza Nicolas.

Sin embargo, Sandrine está preocupada y le da la espalda al marqués.

La mañana pasa lentamente. Los reclusos se dedican a hacer pequeñas tareas. Los que tienen la suerte de poseer más de una prenda, lavan la falda o los pantalones del día anterior. Algunos

limpian espontáneamente las estancias para mantener el sitio habitable. Asombrada, Sandrine observa que el otrora orgulloso y arrogante marqués de Harcourt va a por agua al patio y juega una partida de damas con un sastrecillo, como si fueran hermanos. No importa si eres de alta o de baja cuna.

Los que están en el gran salón, tienen que abandonarlo a medio día para dirigirse por los pasillos hacia otro salón.

—¿Qué ocurre? —pregunta Sandrine asustada.

—Es hora de comer —la tranquiliza Cécile.

Desde todos los rincones afluyen los prisioneros. Hasta que se llena el comedor, estos son vigilados estrechamente por los carceleros. La gran estancia tiene aspecto gastado por el uso. Las mesas están sucias y por doquier hay restos de comida en el suelo.

—Es del grupo anterior —dice Cécile—. Somos más o menos mil los prisioneros. Así que comemos en tres turnos. A ver si adivino: sopa, verduras en agua y carne de cerdo con col.

Se cumple su adivinanza.

—Es siempre lo mismo —dice una mujer morena, sentada frente a Sandrine—. La única diferencia consiste en que un día hay más pelos en la sopa que otro.

Resignada, retira todo lo que no debería de estar flotando en la sopa.

Sandrine mira a Nicolas, que, siguiendo el ejemplo de la mujer, empieza a comer sin más. De repente, se acuerda de las primeras comidas en casa de los Lambertin. Recuerda cómo le resultaba casi imposible tragar esa comida basta y sin gusto. Coge su cuchara y come sin mirar.

Después le duele la tripa y tiene que utilizar el orinal maloliente en su celda muy a menudo. La mujer morena, que se llama Marie-Rose, la compadece.

—Los primeros días te vacías —dice—. Después te acostumbras. Ay, ¿me podrías hacer un favor? ¿Me sujetas la lana?

Muestra una gran madeja de lana roja. Sandrine consiente y coloca la lana en sus manos. Marie-Rose convierte la madeja en un ovillo rápidamente.

—Mi tía me manda de vez en cuando algo. Así me entretengo. Hago calcetines, porque tengo los pies muy fríos por la noche. —Mira a Sandrine, interrogándola—: Y tú, ¿por qué estás aquí?

—Solo quería salir de París —dice Sandrine.

—Sin tener los documentos en regla, supongo. Y ese chico guapo, ¿es tu novio? Cécile, la prostituta con quien compartes la celda, también tenía un novio aquí. Le arrestaron porque había salido sin escarapela. Anoche vinieron a buscarle, justo antes de llegar vosotros —Marie-Rose calla un momento—. Mi hermano se fugó al extranjero. Desertó del ejército. Seguíamos escribiéndonos, pero mis cartas fueron interceptadas en la frontera. Me detuvieron, acusándome de estar en contacto con un traidor a la patria.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Todo el verano. Ya no faltará mucho para que me toque.

—A veces algunos son absueltos —dice Sandrine.

—Si, a veces.

Marie-Rose sonríe fugazmente.

El día transcurre lentamente. No falta gente con quien hablar. Todos quieren saber, a través de Sandrine y Nicolas, cómo están las cosas fuera de los muros de la prisión. Sus compañeros de confinamiento lanzan gritos de espanto cuando oyen decir que la reina María Antonieta fue llamada a comparecer ante el Tribunal Revolucionario. Decepcionados, se escabullen cuando Sandrine y Nicolas no consiguen tranquilizarlos, apostando por un rápido final de la Revolución.

Tan amontonados están, que pronto Sandrine termina por conocer a los demás reos.

Hace amistad con Marie-Rose, de quien Sandrine sospecha que es de noble cuna, por su voz suave y educada, su manera elegante de andar y decenas de otros pequeños detalles. También hace amistad con Cécile, aunque todas esas amistades solo lo sean superficiales. Nadie es quien dice ser y nunca se sabe si lo que te cuentan es la verdad. Marie-Rose niega ser aristócrata y Sandrine no hace más

averiguaciones. A su vez, Marie-Rose no le hace preguntas delicadas. Solo Cécile parece honesta. De vez en cuando Sandrine ve cómo desaparece con uno de los carceleros. ¿Quién hubiera dicho que algún día iba a tratar a una fulana?

Al caer la tarde, estando todos juntos bajo la última luz del día, de pronto la verja pesada y grande se abre chirriando.

Se produce un silencio sepulcral.

En los pasillos y celdas suena una campanilla estridente y monótona. Se levantan todos a la vez y bajan las escaleras hacia el exterior.

Vernet, el jefe de los carceleros, está en el patio con una lista en las manos. Detrás de él hay un carro descubierto, flanqueado por soldados de la Guardia Nacional.

Sandrine siente el miedo a su alrededor. Ve cómo Josette coge la mano de su marido. Amélie Dupont abraza a su hija. Sus ojos se mueven angustiados de un lado para otro.

Todos observan inmóviles a Vernet, quien comienza a leer en voz alta los nombres apuntados en un papel. Quien es nombrado da un paso adelante, siendo separado inmediatamente de los demás. En una cola cada vez más larga, esperan hasta que ha terminado la lectura de la lista.

—¡Jean-Pierre Fleury, treinta y cinco años, abogado, acusado de insultar a Robespierre!

—¡Josette de Châtelard, treinta años, acusada de conspiración contra la Revolución!

—¡Geoffrey de Châtelard, treinta y tres años, antiguo peluquero del duque de Coigny, acusado de conspiración contra la Revolución!

—¡Amélie Dupont, treinta y nueve años, costurera, acusada de dar refugio a monárquicos!

La lista parece interminable. El eco de los nombres resuena en el patio. Finalmente, Vernet calla.

Los desafortunados disponen de quince minutos para despedirse y para recoger sus cosas de las celdas. Josette y Geoffrey no se mueven. No necesitan más que el uno del otro.

A Amélie le cuesta liberarse del abrazo apretado de Juliette.

Besa a su hija y la empuja hacia los brazos de Marie-Rose.

—Por favor, cuida de ella —dice en voz baja.

—¡No! —grita Juliette—. ¡Mamá!

—¡Por aquí! —ordena el carcelero.

Amélie Dupont le acompaña. Su hija esconde la cara en el cuerpo de Marie-Rose.

Inmóvil, Sandrine observa cómo ayudan a los prisioneros nombrados a subir al carro. Un último saludo, una última mirada, una mano en alto. La gran verja se abre chirriando y el carro sale traqueteando sobre los adoquines.

Durante minutos Sandrine no se mueve. Tiene mucho frío, aunque su frente está ardiendo. Se percata vagamente del gimoteo de Juliette. Sandrine gira la cabeza y de repente ve la cara lívida de Nicolas. Abrazándose muy fuerte, vuelven a entrar.

18

Lo peor son las noches. A menudo Sandrine está despierta, envuelta en la más plena oscuridad. Escucha la respiración de Cécile, los pasos huecos de los guardias haciendo sus rondas por los pasillos, un lamento que surge en algún lugar, y entonces tiene que hacer un esfuerzo para no gritar.

Durante el día hace lo mismo que los demás. Cualquier tarea es buena para ahuyentar la idea de la guillotina. Escriben poemas, hacen teatro o música, o cotillean como si estuvieran en sus propios salones. Cualquier oportunidad es aprovechada ávidamente para interrogar a los recién llegados. A través de ellos, y de los vendedores ambulantes, conocen la noticia de la ejecución de la reina María Antonieta. Su muerte provoca una oleada de compasión entre los prisioneros. Sin embargo, hacia las seis, cuando el carro entra en el patio, nadie piensa en otra cosa que no sea en salvar su propio pellejo.

Cuanto más tiempo transcurre, más miedo tiene Sandrine de escuchar su propio nombre algún día. Todos los días, al reunirse en el patio, coge la mano de Nicolas y no la suelta hasta que Vernet baja la lista.

Sandrine hace amistad con Valérie Malesherbes. Es una chica de su misma edad, que junto a sus padres y a su hermana ha sido detenida bajo sospecha de conspirar con el enemigo, aunque nadie

sepa de qué enemigo se trata.

Para escapar del aburrimiento, Sandrine le pide prestado una aguja e hilo a Valérie y con ellos borda en su falda figuras llenas de ingenio.

—¡Qué bonito! —exclama Valérie, llena de admiración—. ¿Dónde has aprendido a hacer esto?

Asustada, Sandrine deja de bordar.

—Pues de mi madre, era costurera —dice después de un breve silencio.

El mes de octubre es muy lluvioso y noviembre empieza con frío. Anochece cada vez más temprano. El cuarto grande que utilizan como salón solo se ilumina parcialmente. Hay una lámpara de araña y unas lamparillas de aceite colocadas en los nichos de las ventanas. Tanto el «salón» como las húmedas celdas son difíciles de calentar y cuando empiezan las primeras heladas, los prisioneros pasan frío.

Todos los días hay familiares que se agolpan ante la verja grande de entrada con la esperanza de vislumbrar a un marido, a un hijo o una hija encarcelados. Quien aún tiene dinero o joyas fuera de la cárcel, pide a sus familiares que lo traigan para sobornar a los guardianes. Por un anillo valioso o una bolsa de dinero los carceleros están dispuestos a tirar unas mantas de más en alguna que otra celda.

Sandrine y Cécile se mantienen calientes por las noches acurrucándose una junto a la otra.

—No es justo que solo algunos de nosotros podamos sacar provecho de tener ropa extra —protesta el marqués de Harcourt—. Propongo que los que tengan dinero ayuden a los demás compañeros.

Todos están de acuerdo.

Sandrine mira al marqués. Qué poco queda del distinguido señor de antaño. Su piel es de un blanco transparente, surcada de pliegues y arrugas. Sin embargo, es su cambio de actitud lo que más le sorprende. Recuerda sus comentarios desdeñosos acerca de la

gente de a pie, su indiferencia para con su pobreza. Al igual que su padre…

Y, mientras tanto, nuevos prisioneros ocupan las plazas libres.

Uno de ellos le da un susto de muerte.

—¡Claire! —susurra—. ¡Claire de Vincennes!

—¿La conoces? —susurra Nicolas a su vez.

—Sí, vivía cerca de nosotros, en la calle de Grenelle. No la veía mucho, porque tiene unos años más que yo. Pero Michelle la conocía bien.

Preocupada, Sandrine se muerde una uña.

Parece ser que el marqués de Harcourt no la ha reconocido, pero con Claire ya puede abandonar toda esperanza. Cuando se cruzan sus miradas, Claire la contempla durante un tiempo antes de apartar la vista. Pasados unos días, de repente, Claire se dirige a Sandrine, quien está en un alféizar leyendo un libro que le ha regalado el marqués de Harcourt.

—¡Eres tú de verdad!

Sin ser invitada, Claire se coloca a su lado en el banco de madera. Sandrine la mira con cara de no entender.

—¿No eres Sandrine? —dice Claire, de repente insegura.

—Sí, me llamo Sandrine… Sandrine Bonnet. Pero a ti no te conozco.

—¿Sandrine Bonnet? ¿No… no eres Sandrine de Billancourt?

—Pues no.

Claire la mira incrédula. Sandrine sonríe amablemente.

—Que sí —dice Claire decididamente—. Estoy segura. Entiendo que no quieras ser reconocida, así que no insistiré. Pero las dos sabemos que tú no te llamas Bonnet.

Sandrine se encoge de hombros y sigue leyendo. Pero Claire no ha terminado aún.

—Habíamos huido a tiempo —dice—. Pero hemos sido tan imbéciles de volver. Mi padre estaba preocupado por la casa. Había oído que las pertenencias de los fugados pasarían al Estado, así que quería volver. Pensó que no correríamos ningún riesgo mientras se comportara de manera revolucionaria. Y así fue. Hemos vivido todo

ese tiempo en la calle de Grenelle, como si nada. Hasta que entraron a la fuerza. Ni siquiera nos dieron una razón.

Sandrine baja el libro.

—Entonces, ¿dónde están tus padres?

—Los llevaron a la Force.

—¿Y por qué a ti no?

—Allí ya no había sitio.

—Oh…

Sandrine evita cometer el error de preguntar por su hermano François. Claire tampoco dice nada. A lo mejor espera que Sandrine todavía se delate con una pregunta o comentario imprudente. Finalmente Claire se marcha, con gran alivio por parte de Sandrine.

—¿Y…?

Nicolas se acerca deambulando.

—No está convencida —dice Sandrine preocupada.

—Pues tampoco tiene por qué. Mientras que no te dé la lata.

Nicolas se sienta a su lado. Sandrine se apoya en él.

—¿Qué estaríamos haciendo ahora, si hubiéramos conseguido escaparnos? —dice distraída.

—¡No deberías pensar en eso!

—¡No puedo pensar en otra cosa! ¿Tú nunca piensas en Poissy?

—Claro que sí, continuamente.

—¿No podemos actuar como si estuviéramos allí? Así sería como si nos hubiéramos fugado de verdad, como si estuviéramos en casa —dice Sandrine.

Nicolas suspira. Si hay algo en lo que no quiere pensar es en su casa, pero Sandrine tiene un aspecto tan penoso. Tiene la cara muy chupada y los ojos apagados.

—Veo continuamente el pueblo y los campos. ¿Te acuerdas del campo de girasoles detrás de vuestra finca? —Sandrine suspira.

—Sí…

Sandrine nota el dolor reflejado en el rostro de Nicolas. Le abraza y apoya su frente en la suya.

Cuando levanta la mirada, a través de la ventana, ve volar una gaviota. Las alas blancas se mueven lentamente en el cielo gris, por

encima del patio, hasta desaparecer más allá de los muros del Luxemburgo.

—¿Adónde crees que vas cuando te mueres? —pregunta Sandrine sin soltar a Nicolas.

—No lo sé.

—Antes creía que existía el cielo —dice Sandrine, triste—. Ahora ya ni siquiera sé si creo en Dios.

—Creo que el alma vuelve al lugar donde ha sido feliz en vida —dice Nicolas.

—Yo era feliz en Poissy —contesta Sandrine.

Nicolas sonríe.

—Entonces, nos veremos allí.

En una noche fría de diciembre, Sandrine se despierta sobresaltada. Escucha pasos en el pasillo, se gritan unos nombres, las puertas de las celdas se abren estrepitosamente.

¡Un transporte nocturno!

Con la respiración entrecortada, Sandrine aguarda, esperando que los guardianes pasen de largo su celda. Se detienen. De pronto, se abre la puerta. Sandrine y Cécile se protegen los ojos de la repentina luz de una linterna. En el vano de la puerta se perfila la silueta negra de uno de los guardianes.

—¿Cécile Pontier?

—Sí.

—Levántate y prepárate. Serás trasladada a la Conciergerie.

—Estoy lista.

Cécile abraza a Sandrine. Sin decir palabra, abandona la celda y sigue al carcelero. Sandrine oye los pasos apagarse en el pasillo.

Allí y allá se abren más puertas estrepitosamente.

Al día siguiente todo el mundo está muy abatido. Se llevaron a decenas de compañeros la noche pasada. A lo largo del día sus plazas son ocupadas por una nueva remesa de presos. Ellos cuentan que Fouquier-Tinville tiene el firme propósito de limpiar a fondo las cuarenta cárceles abarrotadas de París. Tanto en la Force, en el

Temple como en el Luxemburgo, se acusa a los prisioneros de estar tramando una revuelta. Para facilitar las cosas, son acusados y condenados en grupo. Las cárceles se vacían rápidamente.

Así que, desde ese momento, todo el mundo vive aún más sobresaltado.

—Antes, por lo menos, sabíamos que hasta las seis no nos iban a molestar —dice Valérie consternada—. Ahora ni siquiera tenemos ese consuelo.

En cualquier momento del día se escucha a los carros entrar al patio. Cada vez que la verja pesada se abre chirriando, el pánico se apodera de los prisioneros. Sandrine está continuamente esperando oír su nombre o el de Nicolas, pero cada vez obtiene un día más de respiro.

Escucha el nombre de Marie-Rose. Se despiden rápida pero intensamente. Un beso, unas palabras al oído como despedida y el carro se la lleva.

Sandrine pasea con Valérie por los corredores de la cárcel, es invierno y hace frío. Al final del pasillo aparece un guardia.

—¡Llama a tus padres y a tu hermana! —le grita a Valérie.

—¿Por qué? —pregunta Valérie asombrada.

—Para ir a la Conciergerie.

De repente todo el color abandona la cara de Valérie. Sandrine coge a su amiga y la sujeta.

—¿Y yo? —susurra Valérie—. ¿No me lleváis a mí?

Corre por los pasillos buscando a su familia. Sandrine se acerca hacia el patio, donde vuelve a oírse el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines. Una vez más, oye a Vernet leyendo los nombres en voz alta.

Sandrine pasa por la celda de Nicolas, que tiene vistas al patio.

El marqués de Harcourt está al lado de la mesa y extiende sus pertenencias en ella.

—Ha llegado otro transporte —dice Sandrine.

—Lo sé, Sandrine. Yo también estoy en la lista.

—Oh… —su respiración se corta.

—A todos nos llega el día —el marqués la mira amablemente y

totalmente tranquilo—. Estoy preparado. Ya me quitaron a mi mujer, e hijos no tengo. Por eso te quería dar esto como recuerdo.

Le entrega un anillo de oro con escudo.

—Me lo regaló tu padre por mi cumpleaños. Ahora me gustaría dártelo, para que de vez en cuando pienses en mi.

Sandrine le observa aturdida.

—Cuidado con Claire —dice el marqués, serio—. La he visto escribir una carta al fiscal general, Fouquier-Tinville. No me extrañaría nada que intentara traicionarte para conseguir salvarse a sí misma. Hasta siempre, Sandrine.

Se inclina sobre su mano; sus labios no la tocan por poco, como dicta la etiqueta. Luego alisa su chaleco, como si estuviera a punto de salir a cenar, y abandona su celda.

Sandrine siente que sus piernas flaquean. Está mareada y busca apoyo en el marco de la puerta. En el patio, mientras tanto, se sigue pasando lista.

¡Nicolas!

Aterrorizada, Sandrine corre por el pasillo y baja las escaleras hacia el patio. Allí están todos, unidos por un silencio angustioso. Los desgraciados que ya fueron llamados son empujados al carro. Los ojos de Sandrine vuelan en búsqueda de Nicolas.

Nicolas forma parte de un grupo de espectadores.

Un enorme alivio reemplaza el terror de Sandrine, que se acerca a Nicolas y le coge de la mano.

A los padres y a la hermana de Valérie los ayudan a subirse al carro.

—¡No, no! —grita Valérie—. ¡Llevadme a mí también! ¡Llevadme a mí también! Se precipita hacia el carro e intenta subir.

—A ver, ya basta —ladra la voz del guardia, haciéndola bajar.

Vernet se acerca.

—Déjala acompañarlos —dice—. De todas maneras, le tocará a ella dentro de poco.

Gritando, Valérie cruza el patio hacia el carro, se sube y se lanza en brazos de sus padres. A Sandrine se le asoman las lágrimas a los ojos. Mira a Nicolas, cuyos ojos están enrojecidos.

—¡Sandrine Bonnet, antes De Billancourt, dieciséis años, acusada de traicionar a la República!

Paralizados, Nicolas y Sandrine se miran mutuamente.

—Sandrine Bonnet, antes De Billancourt —suena de nuevo.

Ha llegado la hora.

Sandrine se adelanta. Casi no se lo puede creer. Gira la cabeza y descubre a Claire. Ella está mirando en su dirección, pero evita sus ojos.

—¡Todo el mundo cinco minutos para prepararse! —grita Vernet.

Sandrine no puede moverse. Ve cómo se acerca Nicolas. Abre los brazos y la abraza lo más fuerte que puede. No se dicen nada.

Así se quedan infinitamente.

—¡Se acabó, vamos! —ordena el carcelero.

—Durante un instante más se abrazan. Nicolas la besa una y otra vez. Sus ojos oscuros están cerca de los de Sandrine.

—Poissy —susurra.

—Poissy —repite en voz baja Sandrine.

—¡Venga, vamos! —dice el carcelero, irritado.

Sin ayuda, Sandrine se sube al carro, al fondo del todo. Está al lado del marqués de Harcourt, que la coge de la mano inmediatamente. Rodeados por soldados de la guardia, abandonan el patio. Sandrine mira a Nicolas. Su espalda siempre tan recta está ahora algo encorvada. Le devuelve la mirada todo el tiempo que puede.

De un golpe fuerte, y haciendo mucho ruido, la verja se cierra. El carro se pierde en la calle entre la multitud.

19

LA carreta va dando tumbos por la calle de Tournon.

Comienza el anochecer de una tarde de invierno. La gente se apresura por las calles bajo la nieve. Con amargura, Sandrine constata que nadie levanta la mirada cuando el carro pasa a su lado. Pero ¿cuántas veces volvió ella misma la cabeza o miró hacia el suelo? Y ahora es ella quien está en el carro. Mañana le espera el proceso; pasado mañana, la guillotina.

Unos escalofríos recorren su espalda hacia sus piernas y brazos. Nota cómo se han erizado los pelos de su nuca.

El marqués de Harcourt le aprieta fuerte la mano.

A lo lejos se oyen los gritos de un grupo numeroso de gente.

Sandrine no les presta atención. Entran en una calle larga y estrecha y el bullicio se acerca cada vez más. A media calle, unas mujeres les cierran el paso chillando.

—¡Pan! ¡Dennos pan!

—¡Queremos pan! ¿Dónde esta nuestro pan?

El oficial de la escolta hace un intento por dar la vuelta, pero ya es demasiado tarde. La calle es demasiado estrecha y están rodeados por mujeres furiosas.

Los prisioneros miran a su alrededor con miedo, pero las mujeres no dirigen su furia hacia ellos. Ni siquiera les hacen caso, tan acostumbradas están ya al interminable trajín de los carros.

—Estamos en medio de una revuelta —dice el marqués de Harcourt a Sandrine—, mira, no hay salida.

La esperanza hace brillar sus ojos. Pero a nadie de entre la multitud se le ocurre liberar a los presos. Solo les preocupa una cosa: comer. Sandrine lee un cartel pegado en la pared, anunciando suministro gratuito de pan. El oficial de la guardia, montado a caballo, rodea furioso el carro e intenta dispersar a la gente con su látigo. En balde, hay demasiadas personas. Los caballos están intranquilos, relinchan y mueven las cabezas al ser fustigados.

—¡Esposad a los prisioneros y sacadlos del carro! —grita el oficial a sus soldados por encima del barullo. ¿Acaso tiene miedo de que la multitud se vaya a interesar por el carro y por su carga?

Sandrine está sentada en la parte trasera del carro y es la primera en ser esposada. Unas bruscas manos de soldado atan una cuerda alrededor de sus muñecas, pero no muy prieta. Un tirón de su brazo y de pronto está sobre la nieve. Nota que alguien la coge fuerte por el antebrazo y la lleva hacia un callejón oscuro a través de la multitud entre apretones y empujones.

¿Por qué han entrado allí? ¿Y dónde están los demás? Sandrine observa a su acompañante cautelosamente. Es el propio oficial. Eleva unos pantalones negros de paño y una faja tricolor sobre su uniforme.

—Rápido —jadea.

¿Por qué le es familiar esa voz?

Sandrine levanta de nuevo la mirada, pero está demasiado oscuro como para poder ver la cara del oficial.

El callejón conduce a una calle mal iluminada, acto seguido se introducen en otro callejón oscuro. Es entonces cuando, finalmente, se ríe triunfante, cuando Sandrine cree reconocer al oficial. Al quedar bajo un haz de luz, Sandrine observa al guardia y exclama:

—¡Philippe!

—¿Aún no te habías dado cuenta? ¡Lo hemos conseguido, Sandrine! ¡Eres libre!

Otra vez esa risa triunfante. ¡Libre! Sandrine empieza a marearse. Coge el brazo de Philippe y este la sujeta rápidamente.

—¿Estás bien? —la mira preocupado.

—Sí, sí, sigamos.

Temerosa, mira hacia atrás, pero nadie los persigue. Los gritos de la multitud se han quedado lejos.

Cruzan el Pont Neuf deprisa y se dirigen a la Ile-de-la-Cité.

Sandrine sigue a Philippe por un laberinto de callejuelas viejas, hasta entrar en una calle estrecha, llena de miserables chabolas.

Solo hay unas pocas casas decentes y Philippe se detiene delante de una de ellas. Es una guarnicionería oscura y con aspecto abandonado.

—Esta casa está deshabitada —dice Philippe—. Nadie nos va a encontrar aquí.

Saca una llave del bolsillo, abre la puerta y deja que Sandrine entre primero. Sandrine vacila en subir las escaleras envueltas en la más plena oscuridad.

—Sigue, y te paras delante de la primera puerta que encuentres —dice Philippe detrás de ella. Sandrine no ve ninguna puerta en absoluto. Todo está en tinieblas. Philippe la adelanta y abre la puerta a tientas. Entra y rápidamente enciende unas lamparillas de aceite. Sandrine mira el cuarto, prácticamente vacío. Solamente hay unas pocas sillas y un armario a punto de derrumbarse. Philippe cierra la puerta con llave, se acerca a Sandrine y la abraza con fuerza. Sandrine, a su vez, le devuelve el abrazo.

—Gracias a Dios —es lo único que dice Philippe.

—Todavía no me lo acabo de creer del todo —dice Sandrine—. Ya me estaba preparando para la guillotina.

Philippe estudia su cara.

—Tienes aspecto de estar hambrienta.

—Lo estoy, pero no creo que ahora pudiera tragar nada.

Sandrine se ríe temblorosa y después rompe a llorar. Philippe deja que se desahogue y le da palmaditas de consuelo en la espalda.

—Ya ha pasado todo, ya ha pasado —repite una y otra vez.

Después de un rato, Sandrine empieza a calmarse y se libera del abrazo de Philippe.

—Tal vez te encuentres mejor una vez te hayas lavado —dice

Philippe— Deberías quitarte ese horrible olor a prisión. Mira, allí hay ropa limpia.

Hay una falda marrón, una blusa gris y un pañuelo blanco de fina tela, colgados encima de una silla.

¡Ropa limpia!

Philippe entra en el pasillo e indica en dirección a un cuarto estrecho que linda con él.

—Allí está la cocina.

Sandrine coge la ropa limpia, mientras Philippe se retira a la habitación contigua. Sandrine se quita el vestido sucio, el mismo que ha llevado durante semanas. Es un alivio poder lavarse y cambiarse de ropa.

—Eso está mejor —dice Philippe una vez que ha terminado—. ¿Sabes que apenas te reconocía cuando estabas sentada en el carro?

El recuerdo del carro le produce escalofríos.

—¿Ha sido una casualidad esa revuelta por el pan? —pregunta Sandrine.

—¿Tú qué crees?

—¿Pero cómo has conseguido organizado?

—Pues nada, simplemente dejando caer a diestro y siniestro que había llegado un transporte de comestibles y que iba a haber un reparto gratuito de pan.

Sandrine piensa en las caras famélicas de la gente y no le extraña su furiosa decepción.

—¿Y ahora qué?

—Tenemos que salir de París. Mis padres y Pierre ya abandonaron la ciudad hace unos días. Pero hay que darse prisa; las puertas de la ciudad se cierran en poco más de media hora.

Sandrine se queda paralizada.

—¿Y Nicolas?

—Sandrine, lo siento, pero no puedo hacer nada por él.

Sandrine le mira con estupor.

—¿Por qué no? ¡A mí me has salvado!

—Sí y la Convención no tardará en descubrirlo. A lo mejor ya se han percatado. ¿No entiendes que ahora ya no puedo acercarme al

Luxemburgo? —argumenta Philippe.

—Ha sido apenas una hora —dice Sandrine—. Aún tenemos tiempo.

—Sandrine, es demasiado peligroso. La gente que entra y sale es controlada muy detenidamente.

—¡Pero tú eres oficial!

—¿Y qué? Solo Fouquier-Tinville puede entrar y salir a su libre albedrío, sin control. E imagínate que pudiera entrar, ¿después qué? ¿Crees que sencillamente podría salir con Nicolas?

A Sandrine le cuesta contener sus lágrimas. Se deja caer en una silla destartalada. Por un instante, solo por un pequeño instante, tenía la esperanza vertiginosa de que Philippe también hubiera tramado algo para liberar a Nicolas.

—Lo siento, Sandrine —dice Philippe en voz baja—. También es amigo mío.

—Ya lo sé —dice Sandrine con la voz tomada por la emoción—. Ya intentaste salvarle una vez. Y lo hubiera conseguido, si yo no me hubiera empeñado en acompañarle. Quizá ni siquiera debería pedírtelo, pero también arriesgaste tu vida por mí…

—Eso es otra cosa. Arriesgaría mi vida por ti todas las veces que fueran necesarias —Philippe se arrodilla a su lado—. Cuando descubrí que te habían detenido, me dio un vuelco el corazón.

No volvías a casa y cuando supimos de una nueva detención en la puerta de la ciudad, mi madre empezó a sospechar inmediatamente. No perdí el tiempo y averigüé quiénes eran exactamente los detenidos. Desde ese momento he hecho lo imposible para evitar que vuestros nombres aparecieran en la lista. He hecho extraviar vuestros expedientes, pero aun así tu nombre apareció en la lista. Tu nombre verdadero: De Billancourt. Alguien te traicionó.

—Claire. Para obtener su absolución.

—Pues no le ha servido de mucho. Sigue encarcelada —dice Philippe.

Nicolas también. Sandrine sacude la cabeza, escondiendo la cara entre sus manos. Philippe la mira con tristeza.

—Estás pensando en Nicolas —dice.

—Sí… no hay manera de liberarle, ¿verdad?

—Lo siento…

Hay un largo silencio lleno de tristeza. Fuera resuenan las siete campanadas de Notre Dame.

—Tenemos que irnos —dice Philippe.

Sandrine se restriega los ojos.

—¿Adónde vamos?

—A la Provenza, tengo familia allí.

Sandrine mira la ventana, donde un torbellino de copos de nieve contrasta con el cielo negro. Pero lo que Sandrine ve son el castillo de sus antepasados, el retrato de sus padres en el vestíbulo, las altas torres con vistas a las vides.

—Quiero ir a casa —susurra—. Quiero ir a Poissy.

Philippe la observa en silencio.

—De acuerdo —dice—. Iremos a Poissy.

Lentamente Nicolas abandona el patio del Luxemburgo, sube las escaleras y atraviesa el largo pasillo. En su celda se deja caer encima del jergón de paja y mira fijamente al infinito, los ojos como platos, los labios exangües. Se tapa los oídos con las manos, pero sigue oyendo el golpe que dio la verja al cerrarse detrás del carro.

Un gran desaliento le paraliza.

Sandrine se ha ido. Lo que ahora le espera son días interminables, sin la menor esperanza de volver a oír su voz, ni ver su cara jamás. Si al menos le hubieran llamado a él también…

Poco a poco la celda oscurece. Los pasillos se quedan desiertos. A estas horas prácticamente todo el mundo está en el salón.

De vez en cuando pasa un carcelero, que echa un vistazo en la celda para ver lo que está pasando. En el patio resuena una voz furiosa. Vernet contesta en voz baja y sumisa. Eso no es normal.

Algo debe de haber ocurrido. Pero a Nicolas ya todo le da igual.

Agotado, se tumba en el jergón de paja. Nota un bulto. Nicolas tira de la manta, pero no consigue deshacer el bulto. Se incorpora y

retira del todo la manta. Atónito, ve que hay unos pantalones negros encima de su colchón y, debajo de este, un gorro rojo y una camisa gris iguales a los que llevan los guardias.

Perplejo, Nicolas contempla la ropa. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

Y entonces todo su cuerpo empieza a temblar. De repente se le ocurren miles de suposiciones. No sabe muy bien qué pensar, pero sí entiende que a lo mejor este es el milagro que ya no esperaba.

¡Deprisa! Podría pasar un carcelero en cualquier momento.

Tiene que salir antes del toque de queda y antes de que cierren las celdas.

Se coloca el gorro rojo medio tapándose la cara, cruza la puerta y se asoma al pasillo, haciéndose lo más invisible posible.

No hay nadie. Casi todos los prisioneros deben de estar todavía en el salón, porque allí hay luz y un fuego. Probablemente los carceleros estén jugando a los dados en su propio cuarto.

Nicolas se escapa de su celda. Sus pasos suenan huecos en el pasillo desierto. Pegado a la pared, se apresura a la salida.

Oye pasos.

Alguien se acerca por el fondo del pasillo. Nicolas tiene el corazón en un puño. Preferiría darse la vuelta, pero se esfuerza en seguir caminando tranquilamente. De pronto reconoce al hombre que se acerca a él. Es el fiscal general, Fouquier-Tinville.

Nicolas le saluda sumiso y quiere seguir su camino, pero Fouquier-Tinville se detiene.

—¿Adónde vas? —quiere saber.

Levanta su linterna revisando a Nicolas.

—He terminado mi guardia, ciudadano —balbucea Nicolas.

Su espalda está empapada con un sudor frío.

—¿Sabes quién soy yo?

—Por supuesto, ciudadano Fouquier-Tinville.

—¿Y has terminado tu guardia? Tanto mejor. ¿Sabes dónde vive Robespierre? De acuerdo, tienes que llevarle una carta. Acompáñame.

El fiscal general se da la vuelta, deshaciendo el camino andado.

En el cuarto de guardia hay dos carceleros sentados en una mesa. Sobre ellos hay una luz intensa. Educadamente, los carceleros abren paso al fiscal general. Nicolas se queda esperando en el vano de la puerta. Deprisa, Fouquier-Tinville escribe una nota. La lacra y se levanta.

—Se han escapado unos prisioneros durante el transporte a la Conciergerie, así que es urgente —dice, entregándole la carta a Nicolas.

—No creo que me dejen pasar, ciudadano —dice Nicolas, la voz insegura.

—No te preocupes —Fouquier-Tinville se adelanta a Nicolas, bajando las escaleras. Los cerrojos se descorren y las puertas se abren. Como en un sueño, las verjas se abren chirriando. Los perros de los guardias son espetados para que no se acerquen. El corazón de Nicolas late tan fuerte que apenas puede respirar. Sigue a Fouquier-Tinville cuando cruza el patio. Allí hay muchos guardias. Vernet, furioso, camina de un lado para otro, dando largos pasos.

Nicolas vuelve la cara a los guardias y sigue a Fouquier-Tinville con grandes zancadas despreocupadas. Sus zuecos crujen en la nieve.

Fouquier-Tinville se para delante de la ventanilla en la garita.

—¡Abran, dejen paso! ¡Orden oficial! —ordena.

Los carceleros observan asombrados a Nicolas. No le conocen, pero cualquiera le hace preguntas al fiscal general.

Se abre la pequeña puerta en la verja y Nicolas sale a la oscura calle cubierta de nieve.

20

PHILIPPE recoge sus cosas rápidamente.

—Vámonos —dice—. Ya son las siete y media; en media hora se cierran las puertas.

Sandrine no tiene nada que llevar consigo. Su viejo vestido, aún preñado de olor a prisión, se queda allí donde se lo quitó: en la cocina.

—Ven.

Philippe le coloca un gorro rojo a Sandrine. Le coge de la mano y la guía escalera abajo en plena oscuridad, abre la puerta y, cogidos del brazo, salen a la calle. Un oficial y su novia, dos buenos patriotas. La nieve cae en grandes copos. El manto blanco reluce en la noche. Sandrine respira hondo, dando bocanadas para que entre el aire frío en sus pulmones. Comparado con la peste repugnante de la cárcel, las calles de París casi huelen bien.

Philippe detiene una carroza por el camino; quedan justo dos plazas libres. Sandrine se sienta en una esquina, escondida dentro de su abrigo. Confía ciegamente en Philippe.

La carroza pasa por la calle de Tournon. Sandrine mira fijamente los muros del Luxemburgo, los ojos le arden. La alegría que siente por su libertad entra en conflicto con la enorme tristeza que siente al haber perdido a Nicolas. Sigue mirando hasta que un torbellino de nieve ya no deja ver el edificio cuadrado.

Philippe pone su mano sobre la de Sandrine.

—Lo siento —dice en voz baja—. He hecho lo que he podido.

—Ya lo sé —le contesta Sandrine, la voz apagada.

En la puerta de la entrada sur se está preparando su cierre nocturno. Un guardia implacable para la carroza. Las bayonetas se alzan.

—¡Alto! ¡Papeles!

El cochero entrega su documentación al guardia. El soldado la lee, estudia al cochero con la mirada y se la devuelve. Luego abre la puerta de la carroza.

—¡Papeles!

Se entregan carnets y salvoconductos.

—¿Valentín Rosier? ¿Quién es? ¿Motivo del viaje?

El caballero mayor, sentado enfrente de Philippe, explica los motivos de su viaje con pelos y señales.

—De acuerdo.

Le devuelven sus papeles.

—¿Philippe Lambertin? ¿Motivo del viaje?

—Voy a visitar a mi familia en Orléans con mi novia —dice Philippe tranquilamente.

El soldado mira el uniforme de oficial de Philippe. Revisa su documento y después el de Sandrine.

—¿Mireille Lavoisier? ¿Es ella?

—Así es.

El soldado cierra la portezuela y hace un gesto al cochero.

—¡Adelante! ¡Viva la República!

—Viva la República —contesta el cochero, obediente.

Chasca con la lengua y los dos caballos se ponen en marcha.

La carroza pasa por la puerta y sigue el camino endurecido por las heladas, dirección a Orléans.

Tranquilo, aunque esperando que le llamen de vuelta en cualquier momento, Nicolas cruza la calle de Vaugirard. Calma, tranquilo, no empieces a correr ahora. «No les hagas sospechar», se dice a sí

mismo. No vuelve la mirada ni una sola vez. Pasa por la calle de Tournon entre una espesa cortina de nieve. Un fuerte viento del nordeste le golpea la cara. Así vuelve en sí.

¡Está libre!

¿Pero ahora qué? ¿Adónde ir? Da igual, mientras que sea en dirección contraria al Luxemburgo. No se detiene hasta llegar a la orilla del Sena. En el agua flotan témpanos que hacen crujir los pilares de los puentes de madera. A lo lejos destacan las torres sombrías de la Conciergerie contra el cielo nocturno.

¡Sandrine!

Nicolas se detiene y mira las torres por encima de los gruesos muros, estremeciéndose. Abatido, se mete las manos en los bolsillos. Allí hay algo. Nicolas lo saca y contempla sorprendido la llave que tiene en la mano. Probablemente se trata de la llave de la casa del dueño del traje. ¿Pero qué significa la nota adjunta?

A la luz de una farola, Nicolas la lee por encima. Contiene el dibujo de una isla, que reconoce como la Ile-de-la-Cité por el esbozo de Notre Dame. Abajo, se indica una calle con el dibujo de una farola. Una flecha apunta hacia una casa con un dibujo de una silla de montar.

Nicolas mira fijamente la nota que tiene en la mano. No entiende exactamente lo que quiere decir, pero sí que no va dirigido a los carceleros. Y que tampoco era casualidad que el traje se encontrase debajo de sus mantas.

Solo hay un posible responsable: ¡Philippe!

Una alegría salvaje se adueña de Nicolas. ¡Si ha arriesgado el pellejo por él, seguramente lo habrá hecho también por Sandrine!

De repente se acuerda de las palabras de Fouquier-Tinville: se escaparon unos prisioneros durante el transporte, así que corría prisa el encargo.

¿Sería posible que Sandrine fuera uno de esos prisioneros? La esperanza vuelve a relucir.

Repasa de nuevo la nota, ahora con más atención, y llega a la conclusión de que Philippe ha indicado la calle de la Lanterne.

Porque esta se encuentra cerca de Notre Dame.

Nicolas se acerca al Pont Neuf pegado a las sombras de las casas altas y cruza el puente. Aliviado, deja que le absorban las oscuras calles de la Ile-de-la-Cité. Sin ningún problema encuentra la calle de la Lanterne.

Un letrero de guarnicionería le indica dónde entrar. Con los dedos helados hace girar la llave en la puerta al lado de la tienda.

Se abre. Delante de él se encuentra una escalera oscura. Nicolas cierra la puerta tras de sí y sube por ella.

¡Sandrine!

Tiene que controlarse para no gritar su nombre.

La escalera le lleva a un pasillo sin alumbrar. A tientas encuentra una puerta y una cerradura. Detrás de la puerta reina la tranquilidad. No se escuchan pasos, nadie pregunta quién es.

Nicolas empuja la puerta y entra en la habitación. Hay algunas lamparillas de aceite, que Nicolas enciende con el yesquero que encuentra a su lado. Asombrado, mira a su alrededor.

La habitación está casi vacía, solo hay unas pocas sillas cojas.

Nicolas entra en un pequeño pasillo que llega a la cocina. En el suelo hay un vestido que reconocería entre miles. Lo recoge y huele el olor familiar de la cárcel.

¡Sandrine! ¿Dónde está? ¿Y dónde está Philippe?

Nicolas abre los muebles de la cocina y encuentra un pedazo de pan y una lechuga marchita. En el pequeño dormitorio que linda con la cocina encuentra unos pantalones de rayas y un chaleco negro sobre la cama. Encima de la ropa hay una bolsa de cuero. Nicolas la coge y vuelca su contenido. Las monedas suenan al caer de su mano.

Dinero, ropa, ¡han contado con él!

Suenan las campanas de Notre Dame. Ocho campanadas repican en la Ile-de-la-Cité, Nicolas vuelve al salón. Se acerca a la ventana, observando la ciudad desierta debajo.

Son las ocho; las puertas de la ciudad están cerradas.

De repente comprende: ¡se han marchado!

Ahora mismo estarán saliendo de la ciudad o quizá ya han podido abandonar París. Está convencido de que Philippe no ha contado nada de su fuga a Sandrine y también entiende por qué.

Abatido, Nicolas se deja caer encima de una silla destartalada.

De pronto le entran dudas: ¿Estuve de verdad en la lista? ¿No sería una excusa de Philippe para que abandonara la ciudad, lejos de Sandrine? Su amistad se enfrió bastante cuando Sandrine vino a vivir con los Lambertin. Sí, debe de ser eso. Philippe quería perderle de vista y él cayó en la trampa con los ojos cerrados.

Que le acompañara Sandrine debió de echar por tierra los planes de Philippe.

Repentinamente da la espalda a la ventana y camina hacia la habitación. Se quita el traje de carcelero y se pone el pantalón de rayas. Solo entonces ve que hay algo más. Sorprendido, retiene la respiración.

¡Un pase!

Nicolas se sienta en el borde de la cama y da mil vueltas al documento. ¡Ahora puede salir de París!

Aunque esta noche ya no. Tendrá que esperar a que amanezca, cuando vuelvan a abrir la puerta.

Nicolas se tumba en la cama. Hay solamente una manta fina.

Con ropa limpia y la manta subida hasta la barbilla intenta dormir. Sin embargo, no concilia el sueño durante gran parte de la noche.

Se levanta temprano y sale de la casa. Todavía es de noche.

Una nueva capa de nieve esconde el barro y la suciedad y da a las estrechas calles un aspecto limpio.

Nicolas respira hondo. Al respirar, el aire frío hace que su sangre circule con más fuerza. Vuelve su determinación. Philippe aún no ha ganado.

Nicolas camina deprisa. No se acerca a la puerta de Saint-Antoine a propósito, sino a la del lado sur de la ciudad. La posibilidad de que le reconozcan los soldados de la puerta de Saint-Antoine es escasa, pero aun así no quiere arriesgarse.

La entrada sur ya está abierta. Los primeros carros de campesinos ya circulan por las calles. Nicolas camina un poco más lentamente. Solamente ahora se da cuenta de que ni siquiera conoce el nombre escrito en su documento.

Mira a los soldados que se pasean delante de la puerta e intentan entrar en calor moviendo los pies. Su corazón se dispara.

Con cara de indiferencia, Nicolas se acerca al guardia. Los soldados dejan de pasearse de un lado a otro. Sus rostros atentos, levantando bayonetas.

—¡Nombre!

Nicolas saca sus papeles. El soldado estudia el documento escrupulosamente. Con los ojos escruta la ropa de *sans-culotte* de Nicolas.

—Has salido pronto —dice.

—Ayer visité a mi familia, pero salí demasiado tarde. La puerta ya estaba cerrada —Nicolas se encoge de hombros—. Bueno, tampoco es tan grave. Ya era de noche y hay un buen camino hasta Chartres.

—Efectivamente. Yo me iría cuanto antes.

El soldado le devuelve los papeles.

—Gracias —Nicolas saluda, tocándose el gorro rojo—. ¡Viva la Revolución!

Los soldados repiten sus palabras y le abren paso. Las bayonetas bajan. Nicolas pasa la puerta. Ni demasiado rápido ni demasiado lento. No mira atrás. Su corazón ahora se ha disparado de verdad, pero esta vez nadie le llama para que vuelva.

Un poco más adelante da comienzo el bosque. Nicolas fija la mirada en el perfil oscuro del mismo.

A lo lejos se oye el traqueteo de un carro de campesino. El tipo de carro que utilizan en París para llevar a los prisioneros.

Nicolas acelera el paso. Jadea.

El camino es apenas transitable por las roderas profundas en el barro helado. Nicolas camina por el borde. El carro se acerca.

Nicolas llega donde los primeros árboles y luego el bosque le traga. Respira aliviado. El carro ahora está muy cerca de él. Con precaución mira atrás. Parece ser un carro normal, de campesino.

No hay motivo para correr.

Nicolas se aparta del camino. Todos los músculos de su cuerpo están tensos. El carro gira traqueteando. El campesino en el

pescante le saluda tocándose el gorro. Con prudencia, Nicolas devuelve el saludo. Sigue alerta.

El carro le adelanta y Nicolas deja escapar su aliento. Pero en la siguiente curva el carro se para. Nicolas avanza lentamente.

Sería sospechoso darse la vuelta ahora. Cuando está muy cerca, el campesino se gira hacia él. Echa un vistazo a los zuecos de Nicolas, rellenos de paja.

—¿Quieres subir? —pregunta.

Nicolas respira aliviado.

—Con mucho gusto —dice, y se sube al pescante.

—¿Adónde vas? —pregunta el campesino.

—A Poissy, cerca de Tours.

—No voy tan lejos. Pero te llevaré un buen trecho —contesta el campesino. Con las guarniciones toca la grupa del huesudo caballo y el carro se pone en marcha.

Epílogo

AUNQUE ha habido muchos cambios en los más de doscientos años que transcurrieron desde la Revolución Francesa, aún es relativamente fácil reconocer el París del siglo XVIII; sobre todo en el Marais, un barrio con calles estrechas y altas casas grises. En el Museo Carnavalet, una antigua casa señorial del Marais, se encuentra una exposición dedicada a la historia de París en general y a la de la Revolución Francesa en particular.

Aunque suene extraño, la guillotina fue diseñada como una pena capital alternativa más humana. El doctor Guillotine estaba tan preocupado por los criminales, que hasta entonces eran decapitados con hachas desafiladas, que inventó un instrumento que permitía separar la cabeza del tronco de un solo golpe, rápido e indoloro. No sabremos jamás si realmente era indoloro, pero sí que era muy rápido. Solamente en el periodo del 21 de diciembre de 1793 al 27 de julio de 1794, un poco más de medio año, cayeron 2.400 cabezas. Y eso tan solo en París. En todas las grandes ciudades de Francia había un patíbulo con su guillotina.

La guillotina de París estuvo ubicada en varios lugares. El pueblo de París la vio por primera vez en la plaza de Grève, el lugar tradicional de ejecución en París. Después fue trasladada a la plaza de Carrousel y durante los días más gloriosos del gobierno de La Convención estaba en la placa de la Révolution (hoy plaza de la

Concorde). Allí continuaría al concluir este libro, en el invierno de 1793, mientras la Revolución seguía. Durante los últimos coletazos de la Revolución, en junio y julio de 1794, la guillotina fue trasladada a la plaza del Trône Renversé (la plaza del trono derribado), la actual plaza de la Nation.

Desde julio de 1793 las cuarenta cárceles de París nunca estuvieron vacías. Las cartas de prisioneros de esta época que se conservaron son conmovedoras. Son los relatos de testigos que, desde el ventanuco de su celda, ven cómo se llevan a sus compañeros a la muerte. Son las últimas palabras de adiós de un marido a su mujer, de una madre a sus hijos, y también muchas veces son intentos de sobornar al fiscal general, Fouquier-Tinville. Está claro que Fouquier-Tinville se tomaba su trabajo en serio. Después de la Revolución se encontraron algunas de estas súplicas, el dinero todavía intacto.

Finalmente la Revolución acabó con sus propios hijos: los grandes lideres políticos empezaron a desconfiar y los más bocazas mandaron a los demás a la guillotina. Después de haberse quitado de en medio a todos sus adversarios políticos, Maximilien de Robespierre, el líder de los jacobinos, se convirtió en un ser todopoderoso. Era tan fanático que pareciera que quisiera mandar a la guillotina a toda Francia.

Pero no solo tenía amigos en su partido. La mayoría de los jacobinos temían por sus propias cabezas y no se atrevían a criticar a su líder. Hasta que, finalmente, se levantó Cambon, el tesorero, y acusó al mismo Robespierre. Cuando este quiso defenderse, le gritaron de todos lados: «¡Abajo con el tirano!». El líder de la Revolución fue detenido y llevado a la cárcel, donde intentó suicidarse. Lo único que le quedó de ese intento fue una mandíbula rota. El 28 de julio de 1794 él mismo perdió la cabeza en el patíbulo y con ello se terminó el derramamiento de sangre; pero también la Revolución, que eclipsó tantos ideales y esperanzas para un futuro mejor.

El pobre pueblo tuvo que esperar bastante más hasta que llegara ese futuro mejor. A pesar de haber diezmado a los aristócratas,

muchos que habían huido volvieron a Francia. Más tarde, un soldado desconocido del ejército revolucionario dio un golpe de Estado. Se hizo grande bajo el nombre de Napoleón Bonaparte.

Aunque la Revolución Francesa al principio no trajo muchas mejoras al pueblo francés, supuso el comienzo de nuestro actual sistema de derecho. Bajo el mandato de Napoleón la legislación fue cambiada radicalmente. El poder de la aristocracia se desmoronaba cada vez más y poco a poco surgió algo parecido a una democracia. Y con eso, la Revolución Francesa, a pesar de degenerar en injusticia y derramamiento de sangre, consiguió su objetivo.

Los *sans-culottes*, a los que pertenece Philippe en este relato, fueron fervorosos partidarios de la Revolución y se distinguen conscientemente de la aristocracia por su ropa descuidada. Su nombre significa literalmente «sin pantalones», refiriéndose a los elegantes pantalones de media pierna de la aristocracia. Por otra parte, los jacobinos pertenecían al partido revolucionario más extremo, que consiguió el poder gracias al apoyo masivo del pueblo. Debe su nombre al monasterio de los Jacobinos, donde el partido se reunió al principio de la Revolución. Finalmente, los girondinos eran revolucionarios moderados, que fueron acusados de traición en 1793 por los jacobinos; veintiuno de sus miembros fueron decapitados. Los girondinos deben su nombre al río Gironde (Carona, en el suroeste de Francia), de donde provenían los representantes de este partido.



SIMONE VAN DER VLUGT: (de soltera Watertor) nació en Hoorn (15 de diciembre de 1966-) Escritora holandesa especializada en la novela histórica para jóvenes y también en el thriller psicológico.

Comenzó a escribir a una edad temprana, enviando su primer manuscrito a un editor a los 13 años. Su primera novela publicada (*El amuleto*, 1995, una novela histórica sobre la persecución de brujas, para niños) fue escrita mientras trabajaba como secretaria en un banco. Continuó escribiendo diez novelas históricas más para adultos jóvenes.

En 2004, Van der Vlugt escribió su primera novela para adultos, *The Reunion*, un thriller de suspenso psicológico. A esto le siguieron otras seis novelas policiales independientes. En 2012 comenzó una serie de historias de detectives protagonizadas por Lois Elzinga, con sede en Alkmaar.

Van der Vlugt vive con su marido y sus dos hijos en Alkmaar.